

COLECCIÓN QUEVEDO
ANÉCDOTAS Y DECIRES

LA MOJIGANGA TEOLÓGICA

DESCRIPCIÓN DE LA FIESTA
QUE HICIERON LOS JÓVE-
NES TEÓLOGOS EN LA CIU-
DAD DE SALAMANCA EN
1781

POR EL

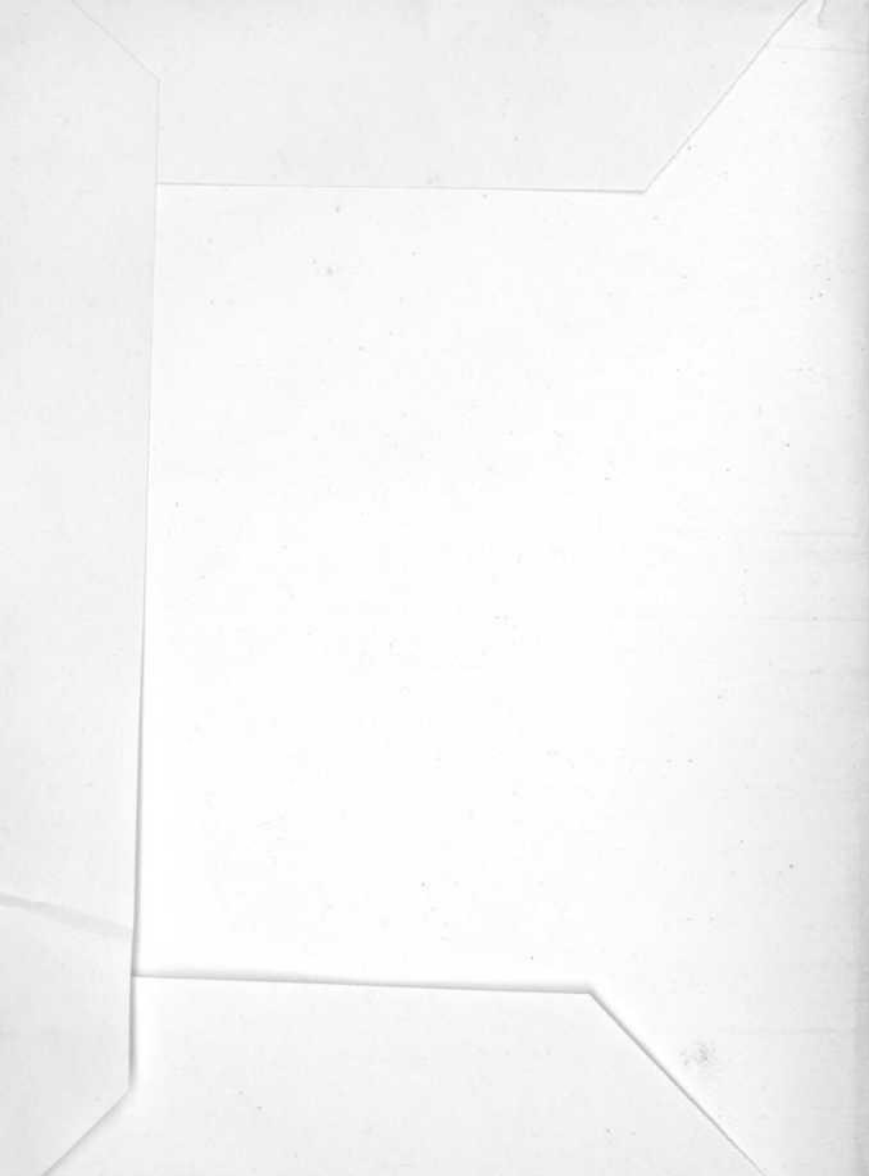
P. JOSEF FRANCISCO
DE ISLA

DE LA COMPAÑIA DE JESÚS



MUNDO
LATINO
MADRID

Salvador



DG
Con

+ 1200257

LA MOJIGANGA TEOLÓGICA

LA MOJIGANGA TEOLÓGICA

DESCRIPCIÓN DE LA FIESTA QUE HICIERON LOS JÓVENES TEÓLOGOS EN LA CIUDAD DE SALAMANCA EN 1781

POR EL

P. JOSEF FRANCISCO DE ISLA

DE LA COMPAÑIA DE JESÚS



MUNDO LATINO

COMP.^A IBEROAMERICANA DE PUBLICACIONES

PRÍNCIPE DE VERGARA, 42 Y 44

MADRID

1930

Es propiedad. Queda hecho el depósito que marca la ley.

Copyright by E. BARRIOBERO Y HERRÁN, 1930.

Imp. de Galo Sáez / Mesón de Paños, 8 / Madrid.

R. 161507

EN esta Colección, que aspira a recoger los más sabrosos frutos del ingenio humano, fuera omisión imperdonable la del agudo jesuíta, leído con tanta fruición por nuestros abuelos y olvidado con notoria injusticia por la generación presente.

Vivió desde 1703 hasta 1781, y la ancianidad no enturbió las luces de su entendimiento ni pudo hacer romas las flechas de su sátira.

Lo prueba esta obrita, que escribió en el último año de su vida, cuando ya, expulsado de España, como los de su Orden, había arrastrado su indigencia por los mares, hasta llegar a Córcega, puesto que en todas las costas de la Europa meridional corrían malos vientos para los hijos de Loyola.

Pero en Córcega tampoco encontró duradero asilo, pues descubierto por los franceses, lo sometieron a sus leyes prohibitivas.

No dejó, como todo español de mérito, de pagar a la cárcel un cuantioso tributo, ni

de sufrir la persecución de los magnates que se creyeron vejados por sus verdades.

Ello no pudo impedir que su vida fuera fecunda en obras, si no inmortales, a lo menos dignas de gran estima, por su erudición y por su agudeza.

En el presente hace una festiva descripción de la fiesta escolar a que alude su título, y a la vez en ella ofrece un modelo de la excelentísima literatura de su siglo; da a la generación presente una crónica de la vida universitaria de entonces, a la vez matizada por la alegría más ingenua y cordial y por la devoción, tan lamentablemente perdida, al estudio de las Humanidades.

¡Qué hermoso tiempo el de aquellos estudiantes capigorriones que hacían en latín y en griego sus picardías, se llamaban de tú con Cicerón y Aristófanés y, de vuelta del aula, tendían su manto acribillado a los pies de la inveterada musa popular!

Si es cierto que la vida se repite, que alguna vez tenga el buen cuerdo de devolvérselos.

E. BARRIOBERO Y HERRÁN.

DESCRIPCION DE LA MASCARA O MOJIGANGA

Día 16 de julio.

¡QUÉ caritristes que estaban este día los romanos! Amanecían todos con caras de plañideras, regando las barbas con lágrimas, en memoria de aquel famoso coscorrón que dieron los franceses a la cabeza del mundo, a orillas del río Alla. Acordábanse también que tal día como éste fueron muertos en Cramera de Toscana aquellos trescientos Fabios, honor inmortal de Roma. Por esto y por aquello cogieron tal ojeriza a todos los días siguientes a Idus, Nonas o Kalendas, que a todos, sin exceptuar siquiera uno, pusieron unas calzas coloradas, no sino negras, y fué mucho que de rabia no los dejasen en pernetas. *Quamobrem* (porque no piensen que miento) *factum est, ut dies omnes postridiè sive Iduum, sive Nonarum, sive Kalendarium cujusque mensis,*

atri dicerentur, & haberentur (1). Pero ve aquí puntualmente que, como se le volvió al mundo la cabeza, y la Roma moderna es al revés de la Roma antigua, este día infausto y triste para la Roma de antaño es *fausto* y *alegre* para la de hogaño, pues en él cabalísticamente celebra la Iglesia romana el glorioso triunfo de San *Fausto*, que la llena de gozo y regocijo.

La ciudad de Salamanca, que se gobierna por el calendario romano, como está hoy, y no como fué en tiempo de los Quirites y Curules, no lloró en este día, sino que fuese de risa, ni tuvo otra tristeza más de que fuese tan corto, siendo de dictamen que la cortedad y encogimiento en todo parece bien, menos en tales días como éste. Habíase destinado algunas semanas antes para disponer en él la célebre *Mojiganga*, de que se acordarán los que la vieron mientras el cerebro tenga jugo para conservar especies. Corrió la ejecución de este famoso festejo a cargo de casi todos los jóvenes profesores que se hallaban a la sazón en esta Universidad, que no eran pocos, porque como tenían en Sa-

(1) P. Marc., *Encom. ad hunc diem.*

lamanca el veranillo de las fiestas, no quisieron salir a sus casas en busca de otro verano más caliente, pero más frío. Apenas entendieron que los Padres de la Compañía pensaban en hacer esta función, cuando muchos se ofrecieron a porfía, y los más no esperaron a porfía, luego que se les propuso la especie, para abrazarla con singularísimo gusto.

La disposición, idea y repartimiento de papeles de la *Mojiganga* la tomaron por su cuenta los reverendos Padres jesuitas; con que es ocioso decir que hallarían arte para hermanar el chiste y la discreción con la decencia y la modestia, no siempre bien avenidas en semejantes funciones. Suele ser error vulgar que la *Mojiganga* es mojiganga, y que dejará de ser tal si se la quiere arreglar a método y disposición de figuras, en cuya confusión desordenada se quiere hacer consistir el distintivo entre mojigangas y procesiones. ¡Raro modo de discurrir! Como si no pudiera haber orden aun en el mismo desorden, y como si el *ordinate inordinata* no fuera un adagio casi de tantas canas como la lengua latina. Si la *Mojiganga* consiste en un agregado de figuras ridículas y diferentes,

todos los días de mercado hay *Mojiganga* en la plaza; y si se quiere decir que consiste en que estas figuras vayan unas tras de otras, apenas habría sarta de azotados que no fuese *mojiganga*. Consiste, pues, en un mixto de burlesco y serio, con método, disposición y orden, arreglado todo a un fin y en seguimiento de una idea discreta, chistosa y oportuna. Si se hallaron o no estas cualidades en la *Mojiganga* que dispuso la Real Escuela, lo dirá la misma idea, que fué, hablando en general, la que se sigue.

Determinóse desde luego que esta función se consagrara enteramente a San Luis Gonzaga, como protector de las escuelas de la *Compañía*, y en esta reduplicación o circunstancia refleja se había de fundar el pensamiento. Ya se dijo arriba que ser protector de las escuelas jesuíticas es como ser soberano, señor y dueño de todo cuanto se comprende en este glorioso nombre. A este aire se figuró la Escuela a su nuevo protector, y para que supiese, digámoslo así, o para que reconociese lo mucho que por este nuevo título le pertenecía, quiso manifestarle todo cuanto encerraba en sus gabinetes y escritorios, poniéndole como en un aparador las

riquezas, joyas y preseas, de que le hacía dueño el nuevo glorioso título. Así, pues, la idea concebida en cerro fué una *ostensión que de sus dotes y trofeos hizo la Escuela jesuíta a su nuevo protector, San Luis Gonzaga, para merecer su protección*. Los dotes más apreciables de la Escuela jesuíta, hablando en general, son (¿quién lo ignora?) el *ingenio*, la *piedad*, el *juicio*, la *sutileza*, el *método*, la *limpieza de estilo*, etc., y los trofeos (¿quién no lo sabe?) son los contrarios de estas dotes, de quienes triunfan en todas partes sus victoriosas armas. Estos son dotes y trofeos universales que se comprenden en cuantas facultades y ciencias enseña la Compañía; pero los particulares y específicos son estas mismas facultades, que en sus contrarios tienen también sus trofeos. Así, pues, se dispuso que la *Mojiganga* constase de cinco cuadrillas de a dos cuerpos, compuesto cada uno de diferentes parejas, y cerrando a todos el carro triunfal, de que se hablará a su tiempo. A cada cuadrilla había de preceder su tarjeta con una inscripción que fuese como el título de la cuadrilla, y, de los cuerpos, uno había de ser serio, que representase las dotes, y otro,

burlesco, en que se significasen los trofeos.

Formada así la idea en general, se procedió a la disposición y repartimiento de los papeles. Y en esta ocasión se reconoció la particular benevolencia que merecen a esta ciudad de Salamanca los Padres de la Compañía. Porque, apenas se divulgó la prevención de este festejo, y que, según la idea, necesitaba de muchos sujetos y de clases diferentes para la ejecución, cuando vinieron a ofrecer con instancia, no solamente los profesores jóvenes, cuya edad hacía menos violenta y más natural esta oferta, sino los padres y demás personas de quienes pendían otros, ofreciendo con galante bizarría a sí y a sus hijos para cuanto fuese necesario. Y, efectivamente, mostraron después, con la práctica, que no hablaron de ceremonia; porque, habiéndose compuesto la última cuadrilla de niños, por la mayor parte hijos de vecino, sus padres se esmeraron con tanto empeño en que saliesen lucidos, que no harían buena vecindad a los demás si cada cual no hubiera hecho punto de no ser excedido de otro. Los caballeros de Salamanca mantuvieron también en esta ocasión el constante empeño de obsequiar a la Compañía, que manifestaron

desde el principio de las fiestas; porque no sólo franquearon caballos, joyas, galas y cuanto precioso había en sus ilustrísimas casas a los que se lo pidieron, sino que muchos previnieron la súplica por doblar el beneficio, y los más, o todos, se hicieron agentes de la función, interesándose en su mayor lucimiento.

Repartidos los papeles y prevenidas ya todas las cosas, llegó el día tan deseado de la *Mojiganga*. Dije *tan deseado* porque es increíble la expectación en que puso a toda Salamanca este regocijo. Como eran tantos los papeles que se habían distribuido y los sujetos que habían de ejecutarlos, con el natural ardor, viveza y orgullo de la edad, andaban tan afanados para hacer sus preveniciones, sin dejar clase o condición de personas, ya domésticas, ya extrañas, de quienes no se valiesen, todo el pueblo se conmovió alegremente, esperando lograr una tarde de gran gusto. Añadíase a esto ver la diferencia de disposiciones que se hacían. Unos se afanaban por encontrar un caballo que respirase fuego y unos aparejos que hiciesen entrar en generoso calor al bruto, aun cuando él fuese de hielo, o le engriesen con

bizarra altanería, aun cuando de suyo fuese muy humilde, y otros echaban los bofes por hallar un rocín de mala muerte, sin tropezar con alguno tan malamente matado que les contentase, y hubo sujeto que desechó un rocinante con cuya piel se pudiera cribar cebada sin escrúpulo, pareciéndole que estaba muy lozano. Algunos hacían asco de las persianas por muy bastas, y otros lo hacían de los andrajos por muy finos. Encargóse uno que buscase un cinto ancho, y habiendo recorrido cuantos arrieros había en Salamanca, todos le parecieron muy estrechos, con que se acomodó con una cincha, asegurando que aún ésta le venía muy ajustada.

A las dos de la tarde del día 16 empezaron a juntarse las parejas en los capacísimos espacios por donde se extiende la obra nueva del Real Colegio. No hubo sujeto, de los que hacían papel, que no viniese escoltado con séquito numeroso de muchachos, entre cuya turba quería esconderse también alguna gente de buen pelo, y dicen que hubo personas que a toda prisa se hicieron la rasura por ver si podían pasar plaza de rapaces a la sombra de lo lampiño. La gala y bazarria de los unos, lo ridículo y disparata-

do de los otros eran dos poderosas tentaciones que pellizcaban eficazmente a todo género de genios, y todos hallaban sainete y atractivo de su gusto en tanta variedad de personajes. Los que presumían de jinetes, apenas veían asomar un joven que oprimía bizarramente la espalda de un generoso bruto, cuando se iban tras de él sin libertad, como los muchachos se van tras de los gigantes. Observábanle con escrupulosa atención todos los movimientos: el garbo en el manejo de las riendas, la rectitud del cuerpo, lo inmoble de las piernas semiarqueadas y, en fin, todas aquellas menudencias que constituyen un jinete metafísico, redondeado con todos sus ribetes, y, no hallando qué censurar, decían que los Padres también debían de tener picadero; y en parte no se engañaban, porque no hay duda que enseñan a montar a caballo. Las mujeres, que regularmente se prendan de las que se prenden bien, tuvieron mucho en qué cebar la natural curiosidad de su sexo. Veían pasar unas damas de tan hermoso aspecto, de talle tan delicado, de tan airoso garbo, tan ricamente vestidas, tan prolijamente tocañas, que las tuvieron envidia; y aun-

que las aseguraban que no eran de su sexo, no lo querían creer. Una hubo algo más curiosa, o más ingenua, con quien sucedió un lance chistoso. Era viuda y tenía un hijo, en cuyo matrimonio andaba ya pensando. Estaba hablando con él sobre este punto, cuando pasó por delante de su casa un joven de hasta dieciocho años que hacía papel de dama. Iba tan hermoso y tan bizarro, que apenas le vió la viuda, cuando le marcó para mujer de su hijo. Díjoselo a éste, y él, sonriéndose, la replicó: "Señora, que aquél es un muchacho vestido de mujer." No quería creerlo la madre, y el hijo porfiaba por persuadírsele, y, en fin, llegó a tanto la contienda, que la viuda, sin poder contenerse, se fué al muchacho y le dijo: *Señor licenciado, aunque vuesa merced perdone, dígame, por una porfía: ¿vuesa merced es mujer u hombre?* El estudiante, que era bellacuelo, la respondió prontamente: *Señora, soy un buen varón y una mala pecus, para servir a vuesa merced;* y, sin detenerse más, pasó adelante.

PRIMERA CUADRILLA

JUNTAS ya todas las parejas en el Real Colegio, entre cuatro y cinco de la tarde, empezó a ordenarse la *Mojiganga* en la forma siguiente: Iba delante a caballo un clarín, adornado con la rica librea de que usa el de la ciudad cuando va de ceremonia. Calzaba dos pequeñas alas de plata por espuelas, y otras dos daban aire al ferreruelo, con que quedó hecho un Mercurio vestido y calzado. En el brazo izquierdo llevaba una tarjeta que denotaba lo que era, con esta inscripción:

Mercurio soy, y he de hacer
A mis alas un desaire,
Pues ofreciendo el donaire
Tanto, en la tierra, que ver,
¿Para qué he de andar al aire?

Seguíase inmediatamente una trinidad de caballeros; profesores tan unos en el despejo, tan parecidos en la bizarría, tan seme-

jantes en la gala y en el airoso desenfado con que manejaban tres generosos brutos, que a no distinguirlos el color de los vestidos, dificultosamente se hallaría la distinción de las personas. Hasta los caballos se movían tan a compás, que parecían uno solo con doce pies; con que desde entonces se persuadieron más de dos que la fábula de los tres Geriones españoles bien pudo ser patraña, pero bien pudo ser verdad. Eran todos tres navarros de origen, y de nacimiento tan allá, que yo se lo dijera aquí claritamente si esto de hablar de cunas no fuera cosa de niños. Todos, el *non plus ultra* de las prendas que se estiman en su estado y circunstancias; y si admitían algún *plus*, era sólo aquel que cantó allá no sé quién:

*Plus vincit auro Caesaries suo
Flauentis Agnip: lus coma fulgurat;
Plus frontis inflamant honores,
Plus niveae recreant papillae
¡O quantus astris & radiantibus
Splendescit ardor!*

Llevaba el de en medio una airosa tarjeta que pendía con alguna elevación de una ligera caña, que se levantaba sobre el arzón

de la silla poco más de dos cuartas. En el campo azul de la tarjeta se leían con letras de oro estas palabras: "Dotes y trofeos de la Escuela jesuíta en general." Por los costados de la tarjeta colgaban dos ricas cintas, que llevaban los dos acompañados, ocupando en esto y en el manejo del caballo una mano y empuñando en la otra un espadín desenvainado, como dando a entender que corría por su cuenta la defensa de aquella tarjeta y cuadrilla. Prevención galante, pero no necesaria; porque a nadie pasó por el pensamiento hacerles resistencia, si no que fuese para no dejarlos pasar por verlos más despacio. Este mismo método se observó en todas las demás tarjetas.

Inmediatamente a ésta iban tres parejas, que representaban los dotes pertenecientes al primer cuerpo de la primera cuadrilla. Cada pareja se componía de un galán y de una dama que iban dándose las manos a guisa de desposados, en esta conformidad:

Ingenio.—Piedad.

Juicio.—Inventiva.

Método.—Limpieza de estilo.

Iba el Ingenio bizarramente adornado; y esto baste para creer que no era ingenio común, porque comúnmente suelen andar separados el ingenio y el aseo. En la cabeza, en vez de sombrero, rizaba un crespo penacho, dispuesto en figura de Aguila, como dando a entender la elevación de sus altos pensamientos. La inscripción de un curioso cartel que en forma de escudo pendía del brazo izquierdo, era ésta:

Ingenio soy, no soltero,
Pues vivo en dichoso estado
Con la Piedad bien casado.

La Piedad, en su línea, se las apostaba al Ingenio. Adornábala una rica gala de tela blanca, significando el candor de sus costumbres. El corte de la gala era según todo el rigor de la moda; pero al mismo tiempo cubría con tan escrupuloso recato la desnudez de brazos y de pechos que iba convenciendo prácticamente que se puede andar al uso sin abuso. En la majestad del semblante, en la modesta gravedad de los ojos y en el rico aparato de joyas y pedrería, manifestaba ser dama de primera clase: con que, ya se ve,

en ella lucía la piedad al doble. Colgaban del pecho en lugar de joya los dulcísimos nombres de Jesús y de María, dando a entender que en aquel pecho no se daba cuartel a otras personas o si se daba era sólo en cuanto lo permitían éstas. El lema que la distinguía decía así:

Piedad soy, del Ingenio digna esposa,
Y por dote me da la Compañía
Los nombres de Jesús y de María.

La segunda pareja se componía del **Juicio** y de la **Inventiva**. Hacía papel del Juicio un caballero profesor que fué lástima no saliese en el traje natural, para hacerle más al vivo; mas por lo mismo que tenía juicio se acomodó sin violencia a las circunstancias del tiempo. Llevaba un vestido de color modesto, pero de rica tela; que no sólo han de ser ricos los trajes de gaita y de tamboril. Seguía inmediatamente al Ingenio, como pedagogo suyo, porque ingenio sin juicio es espada sin vaina y pistola cargada de fuego, pero sin fiador. Llevaba en la mano una balanza, significando que todos los géneros que vende el ingenio sin que pasen an-

tes por el peso del juicio, son contrabando. Hasta en el mismo caballo en que caminaba se conocía ser caballo de juicio, porque iba con mucho asiento, y no es maravilla, aunque era de suyo fogoso, porque, a la verdad, llevaba mucho peso. Manifestaba el Juicio lo que era en este rótulo:

Cuanto el Ingenio alcanza,
Lo pesa todo el *Juicio* en su balanza.

Iba el Juicio desposado con la Inventiva, y en esto se conoce que no era juicio de los que se usan. Ya se sabe que todo hombrepreciado de machucho ha de estar mal con lo que se descubre de nuevo. Todo lo que no se estiló en tiempo de la hermosa Jimena Gómez es *invención* de los modernos. Hombres tan casados con sus abuelos como si fueran sus mujeres. No así el Juicio de la Compañía, que, como tan *Cortés*, anda cada día en nuevos descubrimientos. Así, pues, llevaba de la mano a la Inventiva, que era una dama de mil perfiles. Robábase las atenciones de todas las mujeres, que observaban en ella mil cosas que antes no habían visto, y así las iba enseñando algunas modas de nue-

va invención, que imitaron después ellas. Llevaba en la mano una carta y aguja de marear, en ademán de quien la iba observando, y manifestaba quién era en este ter-ceto:

Soy feliz *Inventiva*, que observando
De la fe y la razón las cinosuras,
Me aplico a descubrir nuevas alturas.

Marchaba el Método en seguimiento del Juicio; que si éste no va delante, no hay que esperar método atrás. Iba compuesto muy metódicamente, y tanto, que al vestirse, por-que el criado le alargó la peluca antes de po-nerse el espadín, le riñó agriamente, dicien-do que aquello no iba con método. Tenía en la mano un compás, dando a entender que en su Escuela no se hacían cosas des-compasadas, y que allí todo iba por sus ca-bales. Enseñaba un cartel en el brazo iz-quierdo, que decía así:

Soy el *Método*, que llevo
Las cosas muy a compás:
La raya toco, y no más.

La Limpieza de estilo, dicho se está, iba al lado del Método; que, sin él, toda pluma es fregona. Era esta señora Limpieza una dama de raro aire y atractivo. Llamábase por otro nombre Clara, y la misma cara se lo decía. El vestido que llevaba era de color de perla, porque verdaderamente lo es cualquier escrito de estilo terso y puro. Tenía en la mano derecha un tintero de plata, con una pluma de oro, que mojaba en tinta de cristal. La letra del cartel, ya se ve, como letra de la limpieza de estilo, había de ser buena en todos sentidos; y era ésta, si no me trabuco:

Soy la *Limpieza de estilo*,
Que en buena tinta mojada
Llevo pluma bien cortada.

Este era el primer cuerpo de la primera cuadrilla. Cuerpo, sin duda, galán y bien apuesto. Cuerpo en cuya comparación el de Adonis fué corcovado, el de Hilas manco, el de Ganimedes contrahecho, y cojo el de Narciso. Sólo se le notó una tacha, y fué que era cuerpo avariento, porque no contento con el alma propia, codiciaba las ajenas; y así, robaba sin temor de Dios cuantas se le ponían

delante. Yo no pude contenerme apenas le vi, y sin ser más en mi numen, volviéndome a un amigo que tenía al lado, le quise decir en prosa mi dictamen, y salió una décima sin querer.

Juntarse *Ingenio y Piedad,*
El *Juicio* con la *Inventiva,*
Y hacer que el *Método* viva
Vecino a la *Claridad,*
Si he de decir la verdad,
Siempre creí que sería
Sueño de la fantasía;
Pero hoy día claramente
Los veo que realmente
Salen muy de Compañía.

Entraba después el segundo cuerpo burlesco, y le precedía, ¿quién?, un pollino que fué en su tiempo, y que no se sabía lo que era a la sazón. Asegúrase como cosa cierta que era trigésimo sexto nieto de la burra del rey Wamba; y se le conocía muy bien la raza, porque ni comía ni bebía, ni andaba. A todos iba enseñando los colmillos; y no era por mala condición, según aseguraba el dueño. Los aparejos estaban cortados a la medida del talle. Servíale de freno una ristra de ajos; de silla, unas bragas muy añejas; de

estribos, dos, cómo se llaman, de estos pelos tiesos, gordos y puntiagudos que tienen los bueyes en la frente. Montábale uno que se decía ser timbalero y parecía timbal. La cara, entre diez y once de la noche, sembrada de lunares de requesón, que sobresalían mucho; el pelo, una madeja de cendales, espolvoreado con polvos de imprenta. Llevaba por gorro un cesto de vendimiar, y el vestido era uno de estos que suelen servir de batas a la cebada y algarrobas. Manejaba con destreza dos cachiporras de buen tomo (otros las llaman cebollas de encina), que iban a descargar en dos peroles boca abajo, que hacían el papel de timbales. Desde el hombro colgaban por la librea, en lugar de cordoncillos, seis candiles de garabato; y de ellos se desprendía, como moco, un trapo entre europeo y africano, en el cual estaba escrita con hollín esta coplilla:

Soy timbalero, no hay duda;
Y si toco bien o mal,
No importa; pues cada cual
Toca como Dios le ayuda.

Seguían al Timbal cuatro parejas de rara catadura, que se llamaban así, si es que ellas no mentían:

El Desvario.—El Desaliño.

La Impiedad.—La Temeridad.

La Rudeza.—La Estolidez.

La Extravagancia.—La Flojedad.

El Desvario remedaba a un loco célebre que anda por esta ciudad y se llama Diego. Hacíalo con tanta viveza, que la gente, creyendo ser el Diego verdadero, empezó a tenerle compasión y a gritar que sacasen de allí aquel pobre, porque le habían de atropellar los caballos. Los más advertidos o maliciosos mumuraban descubiertamente de los Padres porque hacían *Mojiganga* de lo que debían compadecerse. En fin, todos creyeron que era el mismísimo Diego, hasta que, casualmente, el tal Diego, que andaba por las calles, se encontró con la *Mojiganga*, y aparecieron de repente dos Diegos, tan semejantes, que parecían un par de huevos con dos pies. Incorporóse a la *Mojiganga* el Diego verdadero, y queriendo apartarle la gente, le confundía con el fingido. Unos echaban

mano de aquél y otros de éste, y todos iban a tientas y con remordimiento. En fin, por vía de buen gobierno, los dejaron ir juntos, hasta que el Diego en persona se cansó de ir en hilera, y se descabulló como pudo. El Diego en remedo llevaba un papel en forma de valona, y en él se leía, con letras gordas, este letrero:

Soy *Desvarío*, y tal vez
Parezco Ingenio; mas hoy
Me hacen decir lo que soy.

Al lado del *Desvarío* caminaba el *Desaliño*, que siempre andan muy inmediatos. Iba en un rocín con la albarda al revés, la cincha por freno y el freno por cincha. A él le servía de corbata una calceta; la camisa, a un mismo tiempo hacía oficio de camisa y de calzoncillos, porque llevaba los pies metidos en las mangas. Eran las medias dos cestas viejas de orinal que halló a mano al tiempo de vestirse; calzaba dos guantes por zapatos y dos zapatos por guantes. Tenía en la mano un libro abierto, y en él dos buenas tajadas de tocino gordo, a que se aplicaba con especialísimo estudio, limpián-

dose los bigotes con las hojas del libro; en él iba también una caja de tabaco abierta, con cuyo polvo sazonaba los hocicos, cuando quería relamerlos, para que estuviesen más sabrosos. Hasta en el gusto era desaliñado, porque, excitándose casualmente una disputa sobre cuál de los refrescos era el mejor, cuando le tocó hablar dijo que para él no había mejor refresco que *un vaso de agua natural, un azucarillo y un huevo*. La letra que llevaba, escrita con pringue de torreznos, era ésta:

Para el *Desaliño*, todo
Es uno: libro y cazuela;
Y así le escupe esta Escuela.

La segunda pareja se componía de la Impiedad y de la Temeridad, que, sin duda, hacen buena pareja. Iba la Impiedad vestida de gigantilla, porque, aun cuando se halla en enanos, siempre presume de vestiglo. La cara, de escupidera, como quien de todo hace burla; el gesto, entre alcorán y rabino. Afilaba la nariz a un colmillo eterno, que salía dos cuartas de la boca y lo enseñaba a todas partes. Llevaba en la mano arco y flechas

que de cuando en cuando disparaba al cielo; pero estaba el arco quebrado, y así, a poco camino se cansaban las flechas, y volvían contra quien las había disparado. Su letra era la que sigue:

Soy la *Impiedad*, que aun al cielo
Solía hacer tiro osado;
Y aquí el arco me han quebrado.

La Temeridad tiraba sueldo por inválida. El que hacía este papel representaba a un soldado de estos que se hallaron en todas las batallas posibles e imaginables. Una casaca blanca y vieja, pero muy lince, o muy Argos: quiero decir, llena de ojos y agujeros, o, hablando en términos facultativos, de ojales, de que en algún tiempo fueron botones las balas. Unos se abrieron en la célebre batalla de Canas, cuando Julio César derrotó al famoso mariscal de Bosompier, gobernando la Iglesia de Dios el Papa Alejandro XI, y murieron en ella trescientos mil húngaros que conducía Julio Ascanio, duque de Pekín y señor de las Siete Villas en el palatinado de Constantinopla. Otros los abrió a lanzadas el gran Miramamolín en

la batalla de Zaragoza, cuando Próspero Colona sitió esta plaza por mar y el rey Don Ramiro la defendía, ayudado de su suegro el príncipe de Lituania la Alta y con las fuerzas de César Capisucio. Estas y otras semejantes noticias daba el tal soldado a muchos que se las preguntaban, de los cuales casi todos las creían. Iba el tal muy de *cus-pide in albo*, con espada, daga y charpa de pistolas, pero con la cabeza rota y ensangrentada. Desafiaba a todos los soldados del Gran Turco, del Can, del Moscovita y, en fin, a todos los que estaban lejos; que con los que tenía a la vista y podían oírle profesaba estrecha amistad y buena correspondencia. Traía testimonio de valor en una cédula que decía así:

La *Temeridad* me llamo,
Y es fruto de mi guapeza
Que me rompan la cabeza.

Seguíase después una pareja que no tenía par: la Rudeza y la Estolidez. La Rudeza iba con cara de vieja, porque es muy antigua; pero muy mal amañada, porque aún no ha aprendido bien a vestirse. Quería re-

medar a la Habilidad, y no le caía en gracia ni acertaba, por más que hacía. Llevaba en la cabeza, en lugar de bacoquín, un casquete de hierro con candado para dar a entender que nada la entraba. Sobre ella, un queso de buen tomo, que son los únicos tomos que ella revuelve y entiende. Tenía por gargantilla una sarta de zoquetes, y porque en un discurso de la procesión se le cayeron dos o tres, echó mano de un corrillo de licenciados que estaban allí cerca, y tuvo la fortuna de topar con un par de ellos que suplieron bien la falta. Y aunque la Rudeza tiene pocas letras, con todo eso también tenía su letrado. Ella no sabía leerlo, pero lo leían los demás, y era del tenor siguiente:

Majadero, ¿qué preguntas
Quién soy, al ver este traje?
Soy la *Rudeza*, salvaje.

A mano derecha de la Rudeza, con alguna distancia intermedia, iba la Estolidez. Su traje era de maragata; por *caramielos*, dos platos de madera; por pendientes, ocho escudillas ensartadas; por mangas, dos costales de a carga de trigo cada uno; por *mon-*

tiera, una albarda sin tripas, y por dije o *abilorio*, un pavo natural, de vara y media de moco, colgado al cuello en forma de toisón. Entre la Estolidez y la Rudeza iba un burro que nació, a buena cuenta, siendo cónsules de Roma Marco Bruto y Cayo Asinino Galo. Animal de exquisita pasta y mansísimo de corazón, pues siendo así que, de puro haberse movido tanto en tantos años, ya apenas podía moverse, llevaba este trabajo con tanta conformidad que en toda la *Mojiganga* no se le oyó siquiera un ¡ay!, ni pedir una muleta. La Rudeza, unas veces iba midiendo su cabeza con la del burro, y cuando se juntaban las dos, no parecían sino una misma propísimamente; otras tomaba la medida a la frente del asno y después la aplicaba a la suya, y era cosa rara que siempre salía justita y cabal. La Estolidez también tenía empleo en el pollino, porque le iba peinando con un peine de marfil muy delicado. Y porque se le reían algunos, ella se vengaba de su risa saludándolos con este sepan cuantos, que no sabía muy bien a los que lo entendían, que no eran muchos:

La *Estolidez* me intitulan
Muchos, que al peinarse no
Peinan sino lo que yo.

La cuarta y última pareja de esta cuadrilla se formaba de la Extravagancia y de la Flojedad. El traje de la Extravagancia era un jigote de todos los trajes que fueron, que son y que serán. Rodete y bolsa, mangas de ángel y perdidas, tontillo y cola; y, porque era el mes de julio, guantes, manguito, brasero, dengue, bata, mantellina y chapines, que a un mismo tiempo servían de estribos, porque iba a caballo. Por más señas, que iba en un rocín, y al revés, con la cara hacia las ancas y llevando la cola por freno. Daba razón de esta postura extravagante en tres renglones breves, de letras largas y gordas, que venían a decir:

De *Extravagancia* me precio;
Que el ir mirando hacia allá,
Cualquiera tonto lo hará.

La Flojedad era una extraña figura: mucha panza, cinto flojo, calzones anchos; cada zapato, un galeón, y entrambos sobre su palabra. Llevaba la boca cubierta de telarañas,

porque estuvo ocho días sin comer, solamente por no abrirla. Colgaba de las espaldas un libro muerto y sepultado entre dos varas de polvo, y un tintero más cerrado que mano de miserable y más mohoso que doblones del mismo. Tenía en la mano izquierda una guitarra panzuda, pretendiente de violón, con las cuerdas colgando de la puentecilla. Ibalas subiendo poco a poco y con gran tiento, por no cansarse; y antes de subir una cuerda estiraba todas las de su cuerpo, des-perezándose con gran sorna y bostezando hasta más no poder, sin catar respetos humanos. La letra que llevaba era ésta, si no me engaño:

Soy la *Flojedad*, y aquí
Me riñe la Aplicación
Si anda flojo el guitarrón

Es imponderable el gusto que dió a todos esta primera cuadrilla. Muchos querían irse tras de ella, sin esperar a las demás, pare-ciéndoles que ya no tenían más qué ver; pero les detenía el no saber a qué figura ha-bían de arrimarse, porque cada una juzga-ban ser la mejor. Otros quisieran no apar-

tarse de la primera, pero sin perder las demás, y como esto no podía ser, mientras resolvían la indecisión daban tiempo a que colasen todas. En fin, entre estos otros y aquellos muchos había un mozalbete de buen porte y de ingenio afilado, que, quitándose de cuentos, dijo: "Sea lo que fuere, los que han hecho papel en el último cuerpo merecen unas coplas de justicia, y yo, valga lo que valiere, se las tengo de hacer, o he de poder poco." Dijo y, sin esperar a más, comenzó a coplear así:

¡Jesús mil veces! ¡Jesús,
 Y qué visión he tenido!
 He visto, ¡quién lo creyera!,
 Al *Desvarío* con *Juicio*.
 Vi al *Desaliño* panzudo
 Y desabrochado el cinto,
 Y en el desaliño vi
 Que estaba el mayor aliño.
 Vi a la *Impiedad*, gigantilla,
 Con su cara de vestiglo;
 Y la vi matar un pollo
 Porque chilló pío, pío.
 A la *Temeridad* vi
 Descalabrada un poquito;
 Y admiré tuviese cascós
 ni por romper ni rompídos.

Vi a la *Rudeza* y a un queso,
Que no viene a ser lo mismo;
Porque el queso sabe algo
Y el rudo no sabe un ripio.
Vi a la *Estolidez* también,
que iba peinando a un pollino,
Tan semejante a ella, que
Ni por pienso son distintos.
¿Qué era ver la *Extravagancia*
Al revés en un rocincho?
Era ver a muchos hombres
Que hacen en todo lo mismo.
Templaba la *Flojedad*
Un guitarrón infinito;
Y era el temple, ¡cosa rara!,
aun siendo en julio, muy frío.

SEGUNDA CUADRILLA

SEGUÍASE la segunda cuadrilla, cuyo primer cuerpo daba todo el lleno correspondiente a la majestad de su significado. Precedía una hermosa tarjeta, en cuyo campo blanco (símbolo de la pureza que profesa la Teología) se leía esta inscripción: *Estudio teológico*, escrita con letras azules, significando que las letras teológicas son en todo celestiales. Llevaba la tarjeta el profesor más antiguo de los que actualmente cursaban las Escuelas de la Compañía en esta Universidad. Arbitrio prudente que se tomó para que ninguno se quejase con razón; porque, como había tantos apasionados, eran muchos los que deseaban mostrar su buena ley, y pretendían con ansia algún papel sobresaliente para hacerlo más a satisfacción de su afecto. El que conducía la tarjeta iba en una hermosa mula con gualdrapa y demás aparejos decentes, pero de color modes-

to; como que no diría bien con la seria gravedad de lo que representaba cualquiera otro adorno más alegre. Su traje era de hábito largo, con manteo tendido. A su lado iban otros dos profesores, también en mulas, pero en sotana, y llevando en una mano una cinta blanca que colgaba de la tarjeta, y en otra una pluma en lugar de espada, dando a entender que el estudio teológico se defiende con razones y no con golpes. Verdad es que las plumas eran de color de fuego, porque eran doradas; y así, al verlos, empezó no sé quién a decir allá entre dientes el principio de una oda que comienza así:

*Armis instructi desupèr igneis
Ad bella prodeunt mitia.*

Otro, que por la cuenta había estudiado en Trilingue y sabía de memoria algunas coplas latinas, viendo en todos tres la gravedad del traje, la majestad del semblante y un no sé qué en que se traslucía bien la contemplación de la Divinidad, en que se empleaban, empezó a echar estos versos a Dios te la depare buena:

*Plena Deo spirant praeconia, plena beatis
 Divitijs, Coelum novile pectus habet.
 Defluit aetheris sapientia mixta caminis,
 Hi flammam praebent pectoris, illa jubar.
 Suscitatur affectus ardor; sapientia mentes
 Dirigit: hinc certas pandit in astra vias.*

No dijo más, porque ya se iban acercando las parejas de este primer cuerpo, compuestas de las cuatro Teologías y del Derecho canónico, en esta forma:

Expositiva.—Polémica.
 Escolástica.—Moral.
 Derecho canónico.

Todas cuatro venían vestidas de amazonas y con espadas ceñidas; pero éstas servían más para cortar las plumas que para otra cosa. La representación de amazonas pareció oportuna, no sólo por lo belicoso de estas facultades, sino porque las teologías verdaderas andan siempre con el pecho descubierto, sin ser indecencia, a distinción de las falsas, que comúnmente andan encubiertas, y no es por recato. Traía cada una sobre el arzón de la silla una fuente de plata, y en ella un libro de la facultad que representa-

ba, compuesta de autor jesuíta. La Expositiva llevaba un tomo del insigne P. Alapide, y en una mano un microscopio, significando que no hay menudencia en la Sagrada Escritura que no abulte mucho si se mira bien. El mote que llevaba era éste:

De uno y otro Divino Testamento
En mí está la profunda inteligencia,
Como por testamento rica herencia.

La Polémica llevaba la espada desnuda, pero colgada de la cinta. En la mano, tres rayos semejantes a los que suelen poner a Júpiter, y en la fuente, un libro del incomparable cardenal Belarmino. La espada era para herir a los herejes que se acercasen, y los rayos para fulminarlos contra los que la insultasen de lejos. Aunque, si se ha de decir la verdad, a estos *monsiures* más los hieren las hojas del libro que la de la espada, y más los atemorizan sus rasgos que cuantos rayos pueden vomitar las nubes. Todo esto lo explicaba brevemente la empresa que llevaba, y era ésta:

La *Polémica* soy, por cuyo esfuerzo
Los resplandores de la Fe son rayos;
Dígalo la herejía en sus desmayos.

Seguíanse después la Escolástica y la Moral. La Escolástica representaba una dama bizarra, airosa, muy adornada, pero modestísima. Llevaba en la fuente un libro del muchas veces *eximio* venerable Dr. P. Francisco Suárez, dorado por fuera y más dorado por dentro. Tenía en la mano un espejo tersísimo, y en los ojos una venda muy sutil, pero a medio quitar. Lo que en esto quería dar a entender lo explicaba el mote, que decía así:

Cuanto misterio oscuro la Fe enseña,
Tan claro está por mí, tan luminoso,
Que casi olvidó ya lo misterioso.

La Teología Moral era una matrona de rara circunspección, gravedad y compostura. El talle muy ajustado, las manos más blancas que la nieve, y el modo de mirar, majestuosísimo y muy pausado. Infundía tanto respeto, que los sujetos a quienes remordía la conciencia no se atrevían a levantar los ojos para verla la cara, y otros declarada-

mente huían de ella, no pudiendo sufrir tanta severidad. Entonces se conoció claramente que los herejes o tienen ojos de lechuzas o son malignos, o todo junto, pues se atreven a pintar a esta matrona como una mujer abierta, fácil, galante; en una palabra, como una dama cortesana, que a todo se acomoda. Llevaba en la fuente un libro del doctísimo jesuíta Tomás Sánchez, y en la mano, nivel, compás, regla y pauta, todo muy curioso y ajustado, y explicaba su significación este terceto:

La *Moral* Teología soy, que reglo
Todo desorden de pasión incauta,
Y es la divina Ley mi regla y pauta.

Inmediato a las Teologías iba el Derecho canónico, vestido de garnacha con bonete y borla de canonista. Seguíanle detrás dos pajes vestidos de largo, cada uno con una fuente de plata, y en cada fuente un libro canonista de autor jesuíta. En una iba el primer tomo del P. Pyrrinhg, y en otra el del P. Schmalgrueztwer, tan moderno, que se percibía aún el tufo de la imprenta. El Derecho canónico llevaba en la mano una

vara de plata, algo corva, con ademán de quien la iba enderezando, y hacia el brazo, en un escudo que parecía encomienda, se dejaba leer este letro:

*Derecho soy canónico, y me obligo
Por Escuela, que mira tan derecho,
Que todo tuerco quedará derecho.*

Comenzaba después el segundo cuerpo, que en la representación era un cuerpo sin alma, o a lo menos desalmado; pero en el modo de representarlo no cedía al más espi-rituoso. Componíase de cuatro parejas infernales, cuyos objetos, como piadosamente se puede creer, años ha que las están corriendo en el infierno, y, según noticias ciertas, las correrán aún por algún tiempo. Las parejas eran del tenor siguiente:

Luteranismo.—Calvinismo.
Jansenismo.—Quietismo.
Moral relajada.—Mahometismo.
Judaísmo.—Gentilismo.

El Luteranismo llevaba un vestido andrajoso, compuesto de pergaminos viejos y podridos, muy sucios y asquerosos. La cara de

pantera, las manos de oso, los pies de cabra, el cuerpo de cochino. Iba con los dientes en ristre, pero con las orejas gachas, siempre gruñendo y siempre hispido. Tenía un letrero que decía así:

Pantera soy feroz, monstruo sangriento
Nacido allá en los bosques del abismo:
Figura propia del *Luteranismo*.

Al lado del Luteranismo iba el Calvinismo, como amigos y compañeros que fueron en algún tiempo, aunque ahora no se sabe a punto fijo lo que son. Su cara de oso, por lo osado y por lo traidor; el traje, calzones anchos, de color de fuego, y todos acuchillados; polainas y zapatos herrados, porque tales son sus pasos. Por gorro llevaba una coraza; pero tan bien avenido con ella, que algunas veces le servía de juguete entre las manos, y la iba enseñando a todos, haciendo gala del *sambenito*. Tenía en las manos una colmena vacía, que a ratos iba mirando, pero con algún desconsuelo, porque no hallaba en qué relamerse. Manifestaba su sentimiento en esta coplita de tres pies:

El *Calvinismo* me llaman,
Oso maligno y crüel;
Pero aquí no encuentro miel.

La segunda pareja se formaba del Janse-
nismo y del Quietismo. El Jansenismo ve-
nía vestido de ermitaño: un rosarión que
antiguamente fué bosque y ahora eran cin-
cuenta y tantos mundos ensartados. Colga-
ba de él una cruz tamaña, que arrastraba
por el suelo; porque este *mesiur* todo es
cruz en las palabras, pero eso de arrimarla
al hombro le parece cosa muy pesada. Las
barbas inmensamente perpetuas, y era de
admirar que, siendo el Jansenismo tan mo-
zo, tuviese tanta barba, y más presumiendo,
como presume, de afeitado. Las mangas,
desde el codo hasta la muñeca (que era lo
que se veía), muy angostas; pero desde el
codo hasta la parte superior del hombro (que
era lo que ocultaba la capa), extremada-
mente anchas. Tenía cara de raposa y he-
chos de zorro. Sobre la cabeza estaba un
cuervo de buen tamaño, que de cuando en
cuando le arrimaba el pico hacia los ojos y
se los hacía abrir, pero luego los cerraba.
Tenía a las espaldas un cartel con letras de

buena tinta, crecidas, pero no gordas, que en sustancia venían a decir:

Búrlase del *Jansenismo*,
Raposa astuta y ladina,
Escuela, que no es gallina.

A mano derecha del Jansenismo caminaba el Quietismo; pero con tanta pausa y sorna, que parece no se movía. La cara era de cerdo, pero de cerdo contemplativo. Como iba con tanto despacio, hacía detener la *Mojiganga*; con que se tomó la providencia de que le llevasen a la rastra, moviéndole a empujones. Y era cosa rara que, yendo así, iba muy a su gusto. Tenía en la mano un pebete que aplicaba de cuando en cuando a las narices, comprendiendo la significación de esta figura en el rótulo siguiente:

Soy el *Quietismo*, y le vienen
Bellamente a este animal
Sus humos de espiritual.

Entraban después la Moral relajada y el Mahometismo. La Moral relajada era de extraña catadura. Una media naranja, o un cimborrio de carne y hueso: panza eterna,

floja y como desgajada; sobre ella, un cinto arrojado más que puesto; piernas gotosas y calzas al desgaire; zapatos en chancleta y sin más suela que las plantas de los pies, tan calludas, que para ellas lo mismo era pisar guijarros y espinas que lana y flores. De cuando en cuando volvía los ojos hacia el carro triunfal donde venía la Escuela de la Compañía, y la miraba con una cara entre vinagre y aceitunas. Otras veces miraba al Jansenismo con arroba y media de ceño, como quien se las juraba por los falsos testimonios que le levanta haciéndole amigo de la tal Escuela. Para mostrar que era relajado llevaba en las manos un tira-braguero, y hacia el codo mostraba este epitafio:

Soy la *Moral relajada*,
Y de mi relajación
Una gran potra es pensión.

El Mahometismo iba hecho un menguado, con una media luna en la cabeza y un plenilunio dentro de ella. Servíale por gorro una cosa que antiguamente fué albarda y ahora, por arte de no sé quién, se transformó en turbante. A cuantas tabernas encon-

traba en el camino las ponía cara de vinagre; y, con todo eso, llevaba debajo del tahalí una bota bien panzuda. Tenía en la mano un palo, y sobre él empinaba un zancarrón que aseguran ser reliquia de aquel asno que desquijaró Caín. Hacia el codo enseñaba un letrero arábigo, que yo no puedo entender; pero entendiólo un cautivo rescatado, que, por contentar mi curiosidad, lo tradujo así:

¡Ah del Alcorán!; que aquí
Al zancarrón mahometano
No le dejan hueso sano.

Entraba después el Judaísmo, y entraba pisando con tanto tiento y tan disimulado, que yo no hubiera reparado en él si un comisario del Santo Oficio, gran perdiguero de semejante caza, no me lo hubiera descubier-to, sacándole por el rastro. El traje era una bata verde, color que se ha levantado con ser color de esperanza; pero en la cabeza llevaba un gorro amarillo, que es color de desesperación; con que, cuando miraba la bata, levantaba los ojos al cielo y abría la boca, como quien esperaba algún rocío; y

cuando se acordaba del gorro, cerraba la boca, se ponía amarillo y se pelaba las barbas. Una de las veces que iba con la boca abierta se llegó a él por detrás un perillán de plaza y callejuela, y, dándole un tremendo papirote, lo dijo con carcajada: *Páparo, ¿esperas rocío del cielo por julio y a las cuatro de la tarde?* No llevaba basquiña, porque era varón, y con todo eso tenía una cola graduada en Amsterdam y Liorna, con que era cola autorizada. La nariz era una carrera de caballo, a lo menos un caballete, así entre potro y rocín hecho, iba corriendo por ella a cuatro pies y nunca pudo acabarla. Llevaba cosido a las espaldas un pergamino que sirvió de forro al Testamento Viejo, y en él se leía una cosa semejante:

Sólo la cola le dejan
Al *Judaísmo* infeliz,
Con un palmo de nariz.

Aquí había de entrar el *Gentilismo*; pero éste se transformó en mujer, sin saber cómo, llamándose *Idolatría*, y mientras se acomodaba las faldas dió lugar a que se introdujesen dos personajes que se decían ser dioses

de exquisita arquitectura. Uno se llamaba Pan, y otro, Syleno. El dios Pan a todos caía en gracia, menos a algunospreciados de ingeniosos, porque decían que era un zoquete. Todo pillo y toda capa rota se iba tras de él a cara descubierta, y aun algunos de buen pelo también le seguirían si no fuera por bien parecer. Generalmente hablando, ninguno hubo que no mostrase especial devoción a este diosezuelo; y, como venía con flauta y tamboril, al verle, a todos se les alegró la pajarilla. Su traje era de pastor, y, con todo, fué cosa digna de ver a los sujetos de más delicado gusto enamorarse de un zamarro. Con tener cara de sátiro, a nadie parecía mal; y, siendo tan pesado que iba jadeando el pollino en que caminaba, muchos a porfía querían cargar con él. Colgaba del pecho un pectoral o venera que se llevaba los ojos de todo el auditorio. Era un pan en figura de rueda de molino, que chupaba o embebía en sí la sustancia de tres yugadas de tierra, y en medio de él un pliego de marca con este cómo se llama:

Soy el silvestre dios *Pan*,
Sabroso dios pastoril,
Dios de flauta y tamboril.

A su lado iba Syleno, también en su pollinejo como muy hombre, o como muy dios de escalera abajo. El tal Syleno iba cargado de razón hasta el gollete; fervoroso hasta más no poder, y, como era por julio, hacía en su panza un bochorno que le abrasaba las entrañas. Para mostrar que era dios de buena cepa, iba hecho un racimo (otros maliciosos dijeron que una uva); quiero decir que caminaba entre pámpanos y hojas de parra, que parecía un moscatel. Hasta el pollino tenía sus presunciones de tal, si ya no pareció viña viviente y majuelo con cuatro pies. Tenía Syleno por estribos dos (¡válgate Dios!, siempre se me olvida el nombre), dos *aquellos* de estos con que los bueyes hacen la cortesía, que en el modo de subirse y de bajarse parecían fuelles de órgano. Llevaba en la mano un jarro, dúdase si de vino o de aguardiente, pero que no era de agua no se duda; lo que se sabe de cierto, porque se vió por experiencia, es que se llegaban al jarro unos mosquitos racionales con

capa, calzones, medias y zapatos, que parecían mismamente unos cristianos. La letra que llevaba Syleno era colorada, porque se escribió con mosto, y venía a decir, en sustancia:

Soy aquel *Syleno* a quien
La antigüedad adornó,
Tan borracha como yo.

Y no obstante esta pulla tan clara y tan caléntica, venía la señora Idolatría, muy armada de incienso y de perfume, incensando al pan y al vino, como pudiera incensarlos un desharrapado que no tuviese qué comer. Su cara de vieja podrida, pero muy afeitada, en lugar de arrugas, llena de misterios ridículos. El traje, de sacristana, pythia o sacerdotisa de Apolo; servíala de sobrepelliz una camisa que dos días antes había sido costal; por banda se acomodó la cincha que, sin querer, se había dejado caer el burro de Syleno. El incensario se componía de dos vasos de estos que se destinan para cosas privadas, pero necesarias, y las pastillas que se quemaban en él no olían a vísperas solemnes. Incensaba a los dioses por las espaldas, y de cuando en cuando aplicaba el oído ha-

cia las ancas de los pollinos, como quien escuchaba alguna respuesta. Y, para que no se dudase lo que quería decir en esto, ella misma lo explicaba en una cédula donde había las letras que se siguen, no muy limpias, pero que explican con propiedad lo que es en sí la idolatría:

Lo que aquí inspira y respira
No es numen muy celestial,
Porque me huele muy mal.

TERCERA CUADRILLA

VENÍA precedida de su tarjeta, en cuyo campo dorado aparecía, con letras de plata, esta inscripción: *Estudio filosófico*. El que llevaba la tarjeta era un galán tan bizarro, que sólo por él se pudo decir que la Filosofía es facultad de capa y espada. A su lado iban otros dos jóvenes, que, aun yendo a su lado, parecían bien, y es la mayor ponderación de su garbo y bizarría. Llevaban en una mano las cintas que desprendía el remate de la tarjeta, y en la otra mantenían un espadín desenvainado, que no sabemos a quién amenazaba. Porque si era a los que osasen insultar la tarjeta, bien pudiera ser que no había de contener el miedo del acero a los que no refrenase el amor de sus personas. Todas tres, y cada una de ellas, *Æmula syderibus radiantia sydera vincit*; y de esto no se hable más. Al pie de los caballos caminaban dos volantes con camisola, ban-

da, faldellín, sombrero y zapatillas blancas; conque, ya se ve, teniendo volantes, el movimiento de los caballos parecía movimiento de reloj bien concertado.

Entraba después el primer cuerpo, compuesto de cuatro damas tan airosas, que sólo ellas bastaban para serenar la tarde, aunque estuviera muy revuelta; porque, al verlas, el aire más impetuoso quedaría desairado. Llamábanse sus mercedes, sus señorías o excelencias (que por el traje ya no se puede conocer):

La Filosofía racional.—La Filosofía natural.
La Matemática.—La Metafísica.

La Racional llevaba un vestido de color anteadado, entretejido todo él de unas flores de cristal asaz delicadas y sutiles, que se llaman *pensamientos*. Un espejo en la frente, un farolillo o linterna en la mano izquierda y, en un escudo, este mote:

Soy la *Lógica*, luz que en fiel espejo
Hago recto al discurso más reflejo.

Al leer *soy la Lógica*, todos los muchachos gramáticos que estaban en medianos y mayores se querían ir tras de ella, y si los dejaban ir, apenas se acercaban a ella cuando echaban a correr. Uno u otro perseveraba a su lado, y éstos a breve rato empezaban a desgañitarse a puros gritos sobre si la *Mojiganga* era término *categoremático* o *syncategoremático*, y sobre si las figuras eran *signo natural* de lo que representaban o meramente *ad placitum*, por el antojo de algún padrecito que no tuviese más qué hacer. Calentábanse en la disputa, decíanse mutuamente cuatro chicoleos, y el que comenzó argumento acababa cachetina, con que daban un rato precioso a la gente de buen gusto.

La Filosofía Natural era una primavera con faldas, un jardín con rodete, una cornucopia con cotilla y miramelindo. Sobre un campo verde (éste era el color del vestido) se extendían cuantas flores nacieron en el Hybla, y algunas más. Parece que toda la Naturaleza concurrió a engalanar esta dama con cuantos dijes descubre en sus escaparates o encierra en sus gabinetes. Lo blanco de la nieve, lo terso del cristal, lo encendido del fuego, lo resplandeciente de los metales y

piedras preciosas; hasta la vibración de los astros y el calor de los planetas se dejaban ver y sentir en su vestido, tan clara y perceptiblemente como si nacieran en él. Era cosa rara los secretos que sabía esta dama; parece que la misma Naturaleza se confesaba con ella, y lo mejor es que ella, sin temor de la Inquisición, revelaba cuantos siglos sabía; y esto no como quiera, sino a todos los que se lo preguntaban, y aun a muchos sin aguardar a que se lo preguntasen. Con esto se conoció que por algo (aun prescindiendo de otros motivos) no quiere Dios que las mujeres sean confesoras. Esta iba haciendo gala de su facilidad, y aun haciendo méritos de ella, gritando a todos, sin hablar palabra:

Soy la *Física*, y son en mi desvelo
Los méritos más fieles y leales
Revelar los secretos naturales.

Seguíase la *Matemática astronómica*, en traje de gitana, como oriunda que decía ser de Egipto con raza de caldea; y no por eso era de color trigueño, sino blanco y clarísimo como el senador de Venecia más pin-

tado. El color del vestido, azul celeste, recamado de estrellas muy resplandecientes; en la mano, una esfera, una regla y un compás. Su mote era el que sigue:

Al cielo toco, sin salir del suelo;
Mi compás sigue al sol en su carrera,
Y aún es mi regla de mayor esfera.

Al lado de la Matemática venía la Metafísica, dama de raro capricho; en esta ocasión, porque quiso salir, no con las insignias correspondientes a su innata acendrada nobleza, sino con las que usa en algunas cabezas de escolásticos que gastan más cavilaciones que un celoso y más reflexiones que un Meandro, a quienes cuadra bien la definición de Buccanano: *Gens ratione furens, & mentem pasta Chimæris*. Antojósele vestirse de negro, y se salió con ello; pretendiendo, no obstante, ser el blanco de las atenciones; y si la argüían de contradicción, cortaba el argumento con la navaja de un distingo diciendo que el vestido era negro *pro explicito* y blanco *pro implicito*; fuera de que ella, con sus exquisitas sutilezas, sabía el arte de hacer lo negro blanco y lo

blanco negro, no menos que aquel Autolyco, de quien decía Ovidio:

*Alipedis de stirpe Dei versuta propago.
Qui facere asuerat, patriae non degener artis
Candida de nigris, & de candentibus atra.*

El hecho es que consiguió con la extravagancia que el vestido, con ser de luto, fuese de jácara, y para conjurar curiosidades legas, lo llevaba todo sembrado, en lugar de flores, de aquellos terminillos amenos *formalítér, materialítér, reduplicatívé, specificatívé* y otros tales, bordados con aguja sutil. Llevaba también un alambique con sus redomas; y preguntada: ¿para qué?, decía que para alambicar formalidades, abstracciones, trascendencias y entes de razón. En fin, llevaba la cara muy flaca y chupada, y en la mano una taza de leche de burra con este rótulo:

Leche de burra me receta el médico,
Por ver que soy la enjuta *Metafísica*,
Que de puro delgada pasé a tísica.

Entraba después el segundo cuerpo de los trofeos, y le precedía, como capitán de todos

ellos, una mujer de notable extravagancia, que se llamaba Inconsecuencia. En todo era hembrimacho: rueca y espadín, peluca y rodete, medio calzón y media falda, la mitad de la cara reía y la otra mitad lloraba; a un lado, una garapiñera, y a otro, un brasero; pedía chocolate helado, agua caliente garapiñada, tabaco de hoja en polvo; traía guantes y abanico, jabonábase con una mano y se llenaba de tinta con otra. Si quería sonarse, ataba un zapato; si tropezaba, sacaba el pañuelo; si caía, echaba un reto y comenzaba a llorar. Iba en un pollino en pelo por el lomo y con la albarda por la barriga. Su rótulo decía así:

Nunca pueden ser tachas de importancia
Las tachas que me pone la prudencia,
Pues todas son de poca consecuencia.

Seguíanse las parejas, todas apareadas y todas singulares, en esta conformidad:

El Paralogismo.—El Círculo vicioso.
Un Tunante.—Otro Tunante.
Demócrito.—Epicuro.
Automatismo de los brutos.—Copérnico.
Un Astrólogo.—Otro Astrólogo.

Una Idea platónica.—Otra Idea platónica.
Un Químico.—Un Alquimista.

El Paralogismo venía con un traje que dió mucho en qué pensar y que reír. Servíale de peluca una madeja muy enredada, hasta que, al pasar junto al oficio de un escribano, encontró un proceso viejo y se lo puso por peluca, diciendo que, enredado por enredado, más lo estaba aquél que la madeja. Traía por ropa talar una red de pescador, tan poco usada, que estaba cubierta de telarañas. Llevaba en la mano un aspa, y con ella pretendía hilvanar silogismos de tisú para hacerse una chupa, no reparando en la pragmática moderna. Era de ver cómo se emboaban al mirarle los muchachos que empezaron aquel año la Filosofía, y él tenía tanta complacencia en enredarlos, que apenas veía alguno, cuando se abalanzaba a él, y cogiéndole, a dos por tres le ataba de pies y manos. Decía su nombre en estos tres renglones:

El *Paralogismo*; en casa
De un abogado me hospedo,
Porque todo soy enredo.

El Círculo vicioso, otro que bien baila. El vestido de zagarrón, lleno de remiendos de diferentes colores, pero todos redondos. Al burro en que iba se le andaba la cabeza, y fuese esto o que le picase la mosca, él no acertaba a dar un paso hacia adelante, y todo era dar vueltas alrededor. El Círculo vicioso tenía por cabeza una horma de peluca; la cara, de luna llena y vuelta hacia las espaldas. De todo el abecedario no conocía más letra que la o, y todo se le iba en hacer oes de papel para cazar vencejos. Porque se le reían de que llevase la cara vuelta hacia las espaldas, él daba razón de sí con estas cuatro letras:

Soy el *Círculo vicioso*,
Y porque en serlo me esmero,
Ando siempre al retortero.

Detrás del Paralogismo iban dos sofistas en figura de tunantes. Su traje, una sotana que empezó a ser en tiempo de los godos y suevos, sirvió en París a un capellán de Pedro Lombardo, éste la dejó en herencia a un no sé quién y, después de algunos siglos, vino a parar en poder de uno de sus abuelos,

del cual, por sucesión de padres a hijos, la hubo uno de los tunantes. Y por que a él le llegaba hasta las rodillas, dijo que aquella era demasiada profanidad para un pobre, que un estudiante sin medios no necesitaba cola, y así, dió la mitad a su compañero y él se quedó con la otra mitad, con que parecían dos camisolas negras, dos paños de barba oscuros o dos corbatas de luto algo largas. Eran tan despilfarradas, que habiendo faltado los cendales del tintero a un maestro de niños, luego que vió las dos sotanas se tiró a ellas, jurando a tantos y a cuantos que aquéllos eran sus cendales. Los sombreros, muy enfermos y expuestos a dolores de costado, si no fuera por el tiempo; quiero decir que tenían muchas correspondencias. Decían unos que las cabezas de los tunantes eran cabezas de monjas, porque siempre se asomaban por celosía; otros, más bribones, se acercaban a ellos y los preguntaban: "¿A cómo valen las redecillas de Cantalapiedra?" Uno y otro llevaban un *vademécum*, y colgando de él, por tintero una hortera de buen buque. El que iba detrás del Paralogismo llevaba este mote:

Siguiendo al Paralogismo,
Aspiraba a ser *Sofista*,
Y me he quedado sopista.

El que iba más inmediato al Círculo vicioso también tenía su elogio sepulcral, que venía a decir:

Este Círculo vicioso
Es rueda de la fortuna
De los que andan a la tuna.

Seguíanse dos filósofos, Demócrito y Epicuro, ambos de notable hechura. Demócrito, con cara de tamboril, boca de chirimía, dientes de paloteado, y siempre con carcajada. Servíale una bata de camisa, calzoncillos, medias, casaca, capote y zaragüelles; por bonete llevaba un gorro de bonzo tan empinado, que se corrió la torre de la catedral de verse tamañita. Iba continuamente esparciendo salvado por el aire, y riéndose sin remordimiento de conciencia. Su boletto era el que sigue:

Atomos soplo, y me río,
En que mi opinión me avisa
Ser ella cosa de risa.

Epicuro, filósofo muy pingüe, estaba encinta y casi para parir doce pollas, quince pavos, treinta anguilas, sesenta y dos libras de solomillo, nueve pernils y medio, cinco quesos de Flandes y una cuba de vino con que se había desayunado aquella mañana. Iba rodeado de cazos, sartenes, ollas, platos y escudillas. De tratados filosóficos sólo sabía los que tocaban a las *sustancias criadas* y a las criadillas, diciendo que los demás eran accidentes que a él le mataban. Llevaba en una mano un libro de cocina, asegurando que lo que decía aquel libro sabía bien; y que fuera de él todo era ignorancia e idiotismo. En otra mano llevaba un plato de chanfaina en que metía el hocico, que era de marrano, como todo lo demás. Su cenotafio se componía de estos mismísimos términos:

No extrañes ver animal
De *Epicuro* el atributo,
Que soy filósofo en bruto.

Inmediatos a estos dos filósofos caminaban dos Astrólogos judiciares, sabandijas de la sopa, avechuchos en pernetas, panzas huecas y cabezas como panzas. Su figura, de

hombres de distinta especie: continuamente mirando al cielo por la parte de afuera, ya que tienen pocas esperanzas de verle por la de adentro, por sus embustes y patrañas. Iban haciendo con un compás mil figuras en el aire, y aunque todas ridículas, ninguna tanto como la suya. Echaban por aquella boca signos, constelaciones, parhelios, coluros, sin olvidarse del éter, todo conforme se iba ofreciendo; y era de ver la suspensión con que los estaban oyendo muchos páparos de guedejas y zapatos herrados, y algunos otros de peluca y espadín, que también lo eran, pero no lo conocían. Preguntábanles qué tal había de ser la sementera futura y ellos respondían que aguada, si no aquí, por lo menos en Flandes o en otra parte, y en eso tenían razón. Un estudiante algo más avisado preguntó al uno de los astrólogos qué invierno los esperaba; respondióle que muy frío, y el estudiante escribió luego a su casa que no le enviasen ropa, entendiendo el pronóstico al revés: y aunque lo erró el licenciado, no lo acertó el astrólogo. Su definición la explicaba adecuadamente esta jaculatoria:

De *Astrólogo judiciario*

Tengo el nombre y el oficio,
Porque a muchos vuelvo el juicio.

El otro compañero iba con un antejo de larga vista atisbando a las estrellas, y por más que las apuntaba, siempre erraba el tiro, porque estaba la caza muy alta, y este género de cazadores, aunque presumen de neblíes, siempre se quedaban en podencos. Por eso dijo bien el otro que *Spurii Caldæi (genus hominum perniciosissimum, & flagitiosissimum) in sudo Coelo sudant, ut sydera noscant: at lux non noctuis*. También este sopalanda tenía su hazmerreír además de la propia persona en este *verbi gratia*:

A todos alzo figura;
Mas, por suerte deñastrada,
La mía traigo arrastrada.

Tras de los dos Astrólogos machos (y no lo digo por mal) iban otras dos astrólogas hembras, aunque todos los astrólogos son malas sabandijas. Quiero decir que iban dos Ideas platónicas, que tales suelen ser todas las de estos sujetos. El vestido de estas madamas era en su imaginación un vestido de

idea: casaca intencional bordada de pensamientos de tisú muy finos: una joya de aprensión cuajada de piedras de fantasía, cosa rica; un faldellín intelectual con unos encajes reflexivos que fabricaron las operaciones del entendimiento, labor asaz delicada, y, sobre todo, unas camisas reales y verdaderas, dando a entender que todo se quedó en blanco. Sobre la cabeza, dos capirotes en figura de corozas, en la apariencia blancos, y en la realidad ni blancos ni negros, porque eran de aire, y éste no tiene color. Remataban en unas medias lunas, buenas para estípticos, porque eran de cabeza de carnero. Ellas iban sentadas en otras dos, cuyas puntas negras, tiesas y retorcidas se vieron más de dos veces eclipsadas en el matadero por la interposición del globo, no sé si terrestre, o qué sé yo. Iban echando líneas por el aire, y a veces también las echaban sobre sus cabezas, que venía a ser lo mismo. Una de ellas daba la explicación de su figura en estas pocas palabras:

Ideas somos de Platón, echadas
A un vacío, como hijas de Fortuna,
Y es que le daba a veces esta luna.

La otra era algo más maliciosa, y llevaba este motete, que no sé si agradó a algunos:

Como en la luna nos puso
Platón, mejor nos pusiera
De muchos en la mollera.

La pareja que se seguía era una pareja parecida a un par de huevos, uno de gallina y otro de pavo. Sólo se distinguían en que eran dos, uno más gordo que otro. El primero, un químico zambullido en un casacón, ropa de chambre, que dicen fué de Babiéca; el saco era una botica de jerga, recamado de redomas y alambiques, que parecían pesebres, porque iban llenos de hierba. Afanaba el químico por destilar la quintaesencia para tragársela, porque comer hierba en manojo lo hace cualquier animal, y los químicos son brutos de primera clase. En la cabeza llevaba por gorro una cesta (digámoslo claro) de orinal, y hacia el codo tres renglones de letra gorda, que decían así:

Vendiendo quintas esencias,
Que llegaré a ser espero
Quintaesencia de embustero.

El Alquimista también era hombre destilado, y el vestido era una quintaesencia de basura helada: dos paños de fregar por delantera; tres rodillas de cocina hacia las espaldas; por gorro, una olla de pobres con ventana rasgada; por corbata, una calceta que sirvió de polaina a Sancho Panza; piernas y brazos con mangas y medias de pelo de camello natural. Era cosa rara que siendo un sujeto tan de hortera y cucharón, dádole ha que le sobraba el oro por los harapos. Llevaba en la mano un libro de Raimundo Lulio, en otra un alambique, y estrujando las hojas del libro se había empeñado en que de ellas había de sacar barras para acuñar en la casa de la moneda. El título de este personaje era el que sigue:

*Alquimista, voy sacando
De mi cantera local
La piedra filosofal.*

Cerraban esta chusma dos figuras de traje extravagante y de nombre mucho más; una era el Automatismo de los brutos, y otra se decía Copérnico, ambos personajes filósofos de profesión. El Automatismo iba con señas

de carnicero, lleno de cuchillos bien afilados y amenazando a todo cuanto perro, gato, pollino o cualquiera otro bruto se le ponía delante, que le había de sacar el alma, *si es que la tenía*. Y añadía esta condición porque era de dictamen que todo bruto, aun el más inocuo y apacible, es un desalmado, pura máquina y no más. Es decir, que un perro viene a ser un reloj de carne y hueso que ladra, y un asno, un molino con zancas que rebuzna. Oyó esta opinión cierto licenciado algo inocente, y volviendo a la posada le mordió un perro rabioso; los compañeros querían matarle, y él se lo estorbó diciendo que el haberle mordido nacía de que aquel reloj cuadrúpedo estaba desconcertado y andaban flojos los muelles; que le llevasen a un herrero para que se los apretase dándole dos golpecitos hacia la cabeza. Reíansele los compañeros, y él, atufado, cogiendo un martillo de buen tomo, como para desengañarlos, le descargó con alguna eficacia sobre la cabeza del pobre perro, el cual, desde aquel punto, no rabió más y se desconcertaron de tal manera las ruedas de aquel reloj, que después nadie supo componerle. El letrado del Automatismo venía a decir:

Si hago máquina a los brutos,
No es poco lo que les doy
Haciéndolos lo que soy.

El incomparable Copérnico también era hombre de *miquis*. Antojábasele que andaba la tierra alrededor; y es que a él se le andaba la cabeza. Figurábase en este mundo como en una grúa, y si fuera así, presto daría patas arriba, porque no es para los copérnicos el mantenerse en pie sobre estas máquinas. Acerca de la luna, también él tenía sus menzugas de razón y crecientes de sueños o dilates; todo era matarse sobre que no estaba bien puesta, y si la pusieran como él la concebía, siempre sería luna llena, pero de viento o cosa tal. Juzgaba que las estrellas estaban en la aprensión de los ojos; y si hablaba de los suyos, no le faltaba razón; pero era aprensión simple. El sol se le figuraba como un velón de dos mechas, pintado en un campo azul, que ni alumbra, ni quema ni arde, y aunque iba sudando a chorros, y le argüían con su misma experiencia, respondía que el sudor nacía de otro principio intrínseco y más inmediato. Yo en parte se lo creí, y aun me atreveré a jurar que el principio

era flúido, como estas cualidades de la moda.
Llevaba también su pedazo de qué sé yo, y
venía a decir, si no me engaño:

Paréceme que andá el mundo
Y cuanto veo, al revés,
Y es que se me van los pies.

CUARTA CUADRILLA

ENTRABA la cuarta cuadrilla precedida de su tarjeta, y era su inscripción "Estudio de letras humanas". Esta iba en manos ¿de quién? De uno de estos jóvenes de molde en quienes hace al parecer ostentación la naturaleza de que también ella sabe ejecutar entes de propósito y muy de pensado. El talle, como suyo; el garbo, como de ningún otro, se entiende en el exceso; la disposición del cuerpo, pintiparada a la medida del garbo y del talle: el semblante, ni de plata, y así uno, que por aprovechar un versecito le cantó al oído aquel *forsam in argento nostros mirabere vultus*, en lugar de hacerle una lisonja, le dió un agravio. Los dos acompañados de las cintas eran dos, y eran muy unos, ¿en qué? No me toca a mí decirlo, discúrralo la discreción del auditorio. Sé que llevaban dos espadines desenvainados, y si era

para acreditarse de martes, lo erraron en no mudar el rostro, porque en los que le miraban podía más la apacibilidad del semblante que el ceño de las manos. Así, la gente, al ver a cada uno de ellos, se consolaba y decía a tal cual que tenía el miedo en el disparador:

*Nil est quod timeas, nil esa terroris in illo:
Delicias praefert pectore, fronte, genis.*

Componiáse el primer cuerpo de esta cuadrilla de tres bizarras parejas, formadas por seis damas de la primera distinción. Basta rá decir su nombre para creer que no las hago merced; llamábanse, pues:

Retórica.—Poesía.

Historia.—Pericia de lenguas.

Crítica.—Filología.

La Retórica, dama rozagante, iba con un vestido dorado, entretejido de flores todas de oro puro y macizo; llevaba una cadena también de oro pendiente de las manos, otra le salía de la boca, otra le cruzaba por el pecho, y en éste brillaban también varios cordoncillos del mismo metal. La casaca y basquiña

era una cárcel de tisú, sin contravenir a la pragmática, porque esta dama es exenta; quiero decir que estaba llena de cepos y de grillos bordados. Y siendo así, que me aseguraron ser ésta una doncella purísima, y que estaba resuelta a no casarse, con todo eso apenas se veían en ella más que esposas, pero de estas que atan y no ligan; estrechan y no aprietan, unen y no contraen. Decían algunos que era hechicera, y aunque sí he de decir verdad yo sentí acá un no sé qué así a manera de encanto, no me resolví a creerlo, porque sé que ha habido inquisidores muy apasionados de la Retórica. Su letra era ésta:

Soy la *Retórica*, y rindo
Prisionera la razón,
Y la rindo a discreción.

Adviértase, por que nadie se equivoque, que esta Retórica no iba adornada con rosas y claveles, ni gustaba de ramilletes o flores, que luego se marchitan, y en manoseándolas se ajan. Sus adornos eran más sólidos: oro macizo y no oropel, piedras preciosas, que brillan y no se quiebran. Eso de vidrios res-

plandecientes, piedras falsas, tembleques y otras drogas de este jaez eran drogas para ella; teníalos por dijes de niños o por chucherías de retóricos aprendices y *candidatos*. En una palabra, el ser Retórica *falerata* la oía a relincho y escaramuza.

La Poesía, que iba a su lado, en parte seguía los dictámenes de la Retórica y en parte se apartaba de ellos. Resplandecía con un ejército brillante de rubíes, topacios, esmeraldas y carbunclos puestos en ordenanza; pero no disgustaba de algunas florecillas colocadas a trechos, ni de una u otra ráfaga de oropel que se desprendía hacia los lados. Por una casualidad se vieron precisadas a trocar vestido la Retórica y la Poesía; y se notó como cosa rara que siendo ambas casi de una misma edad, de un mismo cuerpo, de un mismo talle, y si en éste había algún exceso era por parte de la Poesía, sin embargo, el vestido de la Retórica decía bien a la Poesía, y el vestido de la Poesía caía muy mal a la Retórica. El de la Poesía era todo de un color, cosa pocas veces vista en las poesías al uso, casi las más con sacos de bobos, llenos de remiendos y todos de varios colores. El color del vestido era blanco, y

ella tan escrupulosa en puntos de aseo y de limpieza, que no permitía la menor mota ni mancha: maravilla no muy usada entre poetas, cuyas coplas suelen ser tan poco limpias como las personas, que es cuanto se puede decir. Conociáse, en fin, que era poesía religiosa, y de tal religión. Apenas se dejó ver en la calle cuando corrió a ella de tropel increíble muchedumbre de gentío, especialmente mozalbetes, gente de escuela y de paseo. Todos se abalanzaban a abrazarla; pero ella mostraba ser dama de escrupulosísimo recato y de admirable majestad, y no sólo no se familiarizaba con todos, sino que armada de esquivéz, severidad y ceño, de tal manera aterraba a cuantos se la ponían delante, que aun los más atrevidos no osaban verla la cara. A uno o a otro, pero rarísimo, concedía por gran favor licencia de seguirla y ser contado entre sus servidores; y éstos quedaban tan ufanos y vanagloriosos como si la tuvieran enteramente por suya. En fin, ella, con éste su desdén dominante, hacía conocer que no es tan fácil como algunos piensan merecer los favores de la Poesía; pues siendo tantos los que aspiraban a cortejarla, eran poquísimos los que ella recibía a su cortejo. Lle-

vaba en la mano derecha una finísima pintura de Orfeo tocando su lira y atrayendo fieras, plantas, riscos y aves, con esta letra:

Lo de la lira de Orfeo
No es fábula, si aludía
A hechizos de la *Poesía*.

Entraba en la segunda pareja la Historia, dama bien apuesta, de mucho arte y de especial compostura y aseo. El vestido de color verde y muy frondoso, dando a entender que ella nada se agosta, nada se marchita. Los ojos, vivísimos y muy penetrantes, como quien alcanza a ver largas distancias, no sólo hacia lo pasado, sino tal vez hacia *lo futuro*. Blasonaba de una memoria felicísima y de admirable tenacidad, en tanto grado, que la retentiva de las especies más parecía obstinación que retentiva. Iba prevenida, por si en el discurso del paseo se ofrecía hablar de sucesos que pasaron en los primeros siglos del mundo, y los refería más como quien los estaba viendo que como quien los iba relatando. En el discurso de la relación faltaban varias ocasiones en que podría aprovecharse de muchos lugares que sabía

ya de la Sagrada Escritura, ya de Santos Padres, ya de autores profanos, ya de poetas antiguos; pero ella de estudio los omitía, como si no los supiera, diciendo que era Historia y no sermón. Uno u otro, alegre, pero muy raro, y tan oportuno, que sería cargo de conciencia el omitirle. Dejaba caer de cuando en cuando alguna sentencia o reflexión sobre lo mismo que refería; pero tan naturalmente, que parecía serie de la Historia o continuación de la cláusula. El modo de hablar era terso, puro y castizo, sin afectar elevaciones intempestivas ni buscar naturalidades importunas, escogiendo para la manifestación del pensamiento aquellas frases que le explicaban mejor, y no las que sonaban más. Llevaba en la mano derecha un ramo o arbolillo cargado de fruta y este lema:

Cual árbol de la vida
Presume hacer la *Historia*
Inmortal de los héroes la memoria.

A mano derecha de la Historia caminaba la Pericia de lenguas. Su figura, la de una señorita de notable vivacidad y despejo. Por

ciertas insignias que llevaba, alusivas al carácter de las principales naciones del orbe, y por varios vocablos que articulaba de vez en cuando, daba a entender que sabía todas las lenguas vivas, y más las europeas, y hacía revivir la latina, la griega, la hebrea, la caldea y otras orientales, mostrándose animada Babel, pero racional, con orden y sin confusión. Lo más admirable era que en traje de mujer, y preciándose de saber tantas lenguas, hablaba con mucha templanza, poco y muy mirado. Fué muy envidiada de muchas mujeres no remedadas, no sé si por la copia de lenguas o por la parsimonia en usarlas; algunas de mayor recato ocultaron la emulación dentro del pecho; pero otras que tenían menos buque, la manifestaron hacia afuera. Si entre la muchedumbre que miraba la *Mojiganga* se hallaran muchos extranjeros, franceses, alemanes, ingleses, italianos, holandeses, etc., creo que al descubrir la Pericia de lenguas, todos y cada uno la tuvieran por paisana; hasta una china que se hallara presente apostaría a que había nacido en el corazón de Pekín. A la verdad ella daba motivo a esta aprensión; porque sobre llevar en la mano un curioso cartel con todo

género de caracteres, tenía un letrado que decía así:

Soy la *Pericia de lenguas*,
Y sé hacer en cierto modo
Mi país el mundo todo.

La Crítica con la Filología entraban a formar la tercera pareja de esta cuadrilla. Era la Crítica parecida a una dama tan remirada, que casi tocaba la raya de melindrosa. En la tela del vestido, en el corte, en el adorno, en todas las menudencias se conocía haber puesto reparo; pero sus reparos en esto y en otros objetos que se presentaban a su vista eran tan justificados, que aun los que antes no los habían advertido, confesaban después que eran dignos de enmendarse y corregirse. Si la pedían su voto sobre alguna cosa, no le daba de repente ni partía de carrera; pedía tiempo, y después de una deliberación larga y madura decía su sentir, pero casi siempre con mil *conques* y cortapisas. Preguntáronla qué le parecía la *Mojiganga*, y ella respondió que en ese punto había mucho que decir, porque había de todo. No obstante, no era ésta de la raza de aquellas críticas escrupulosas que de todo hacen gestos y todo

lo ajeno las desagrada. Nada menos: esta Crítica tenía juicio (alhaja que no suelen tener todas); era bien intencionada, prenda que falta a las más. Así, pues, muchas cosas la agradaban, y aun las que reprobaba era siempre sin desprecio, y muchas veces con elogio. El color del vestido era azul; que de este color se la figuraban todas las cosas antes de examinarlas, porque todas la causaban recelos y sospechas. En una mano tenía una piedra de toque y en otra una fuente con varias piezas de diferentes metales, oro, plata, cobre, etc. Su título, el que sigue:

Aquí a la *Crítica* nadie
Metal bastardo la emboque,
Porque es la piedra del toque.

La Filología parecía también dama muy mirada, pero menos reparativa. El semblante apacible y para todos risueño; su adorno, compuesto de muchas alhajas, todas de diferente especie, pero todas ricas. La fisonomía, el ademán y el porte eran de heroína de rara capacidad y de admirables noticias, no coartadas a esta o aquella facultad, sino universales, y que se extendían a todo

género de ciencias. Ni eran noticias de baño, sino muy sólidas, bien zanjadas y tan fundamentales que cada una de ellas parecía haber hecho la principal parte de su estudio. En significación de esto llevaba en la mano un ramillete compuesto de exquisita variedad de hermosas flores, y el vestido iba todo bordado de representación de tiestos y jardines. Su letra decía así:

Filología me llamo,
Y por mi florido genio
Soy el jardín del ingenio.

Inmediatos a la Filología iban el Buen Gusto y el Gustillo, conociéndose en esto que el Buen Gusto tenía gustillo y el Gustillo tenía también buen gusto. No habrá hombre que lo tenga a quien no agrade la conversación y familiaridad de esta dama, porque sobre ser muy divertida (y no en sentido maligno), es útil y provechosa. El Buen Gusto era un galán que aunque le hicieran a toro no saldría mejor hecho; su edad, entre la juventud y la adolescencia. El vestido, según todo el rigor de la moda, y su color, ni de *aleluya* ni de *réquiem*, sino un medio de

buen gusto. No se agradaba este caballero de cualquier cosa, pero se agradaba de muchas que a los más no daban golpe, y es que hay pocos de buen gusto. Así, pues, de toda la *Mojiganga*, ninguna cosa le dió más en el galillo que el Mal Gusto, de quien se hablará después; y fué cosa admirable ver al Buen Gusto enamorado del Mal Gusto, y lo mejor es que con muchísima razón. No se puede negar que andaban siempre riñendo; pero eran pendencias de amigos: disputaban sobre sus gustos, y cada cual se quedaba con el que tenía, siendo la conclusión que sobre gustos no hay disputa. Y, en fin, cada uno en su línea era hombre de buen gusto: el del uno, más delicado que sabroso, y el del otro, más sabroso que delicado. El Buen Gusto decía esto en su cartel:

Soy el *Buen Gusto*, que presto
A los primores primor:
Soy del saber el sabor.

El Gustillo era un chichisbeo de notable donosura. Hacía este papel un niño muy agraciado, y el traje tenía también su particular sainete. Era de color azul, tela de

ondas; la ropilla muy ajustada, con botonadura de filigrana; mangas perdidas, calzón estrecho y medias en figura de cáligas, a lo antiguo; sombrero blanco con escarapela, zapatillas del mismo color con vueltas floreteadas y encendidas. La jaca en que iba también parecía jaquilla de escaparate o caballito de covachuela; lo que es, si no se moviera por sí misma, jinete y jaca se pudieran poner sin escrúpulo por figuras de Nacimiento. Llevaba el Gustillo en una bandeja de plata todo recado de excitar apetitos: salero, azucarero, pimentero, etc.; y en un escudito encarnado, en forma de corazón, se brujuleaban unas letras blancas que, como eran del tamaño de la persona (si es que tenía alguno), apenas se leían; pero se adivinaban, y venían a decir:

Gustillo soy, que a los platos
Del ingenio y la razón
Doy la salsa y la sazón.

Entraba después el segundo cuerpo de las parejas ridículas, y los nombres de ellas, que no eran pilas de bautismo, sino nombres de pilón, eran éstos, puntualísimamente:

El Mal Gusto.—El Capricho.
Un Caballero andante.—Un Ciego.
Mauregato.—Mingo Revulgo.
El Poeta de los pícaros.

El vestido del Mal Gusto era cortado por la medida de su antojo; la materia, de todas las cosas, y la forma, de ninguna. Llevaba una montera calada de somonte y con orejas arrojando la cabeza por que el calor de la estación no se la constipase. Decía que más ropa se necesitaba por verano que por invierno, porque el calor se pega más que el frío, y si no halla resistencia se penetra. Servíale de gorguera una corbata de mula. Tenía gargantilla y perendengues, y si alguno le reñía esta extravagancia, como cosa mujeril, le tapaba luego la boca respondiéndole que también el hacerse la rasura es privilegio de calzones, y, con todo eso, él había conocido algunas guardapiés que se afeitaban muy a menudo. Por casaca llevaba media pieza de paño burdo arrebujaado, y si algunos se le reían, él los despreciaba como a mentecatos, diciéndoles que, sobre abrigar más, ahorraaba de sastres y botoneros. El cinto era una pretina de caballo, y al verle,

muchos no podían contenerse sin soltar una carcajada; pero él les respondía con otra mayor y les argüía así: "¿La pretina se usa por lo que aprieta o por lo que abarca? Pues ¿quién duda que la cincha aprieta tanto y abarca más?" Servíanle de calzones, de medias y de zapatos dos pellejos de carnero, en vez de cosidos, claveteados con tachuelas, diciendo que así lograba en una pieza muchas cosas. Iba acariciando a un marrañico que era todavía criatura, llevándole en los brazos, fajado como un niño, muy lleno de lazos, higas, dijes y corales. Decíale mil ternuras, hacíale puchericos, dábale la papa, y, si gruñía, le enseñaba un papelico pintado, haciéndole el *rum-rum* para acallarle. Al ver tan extraña figura, unos se reían, otros se enfadaban, y algunas mujeres hazañeras torcían el rostro y, con ademán de *quita allá*, decían: "¡Ay, Jesús, y qué mal gusto!" Pero él a unos y a otros los despreciaba por un mismo rasero, y a todos satisfacía con un letrerón de buen cuerpo en que se contenía lo siguiente:

Dicen que soy el *Mal Gusto*,
Por el cochino fajado.
¿Qué más tiene así que asado?

El Mal Gusto daba la mano al Capricho, que comúnmente suelen darse mucho las manos estos dos personajes. Iba el Capricho vestido de luto y haciendo el duelo, por el mismo caso que la procesión era de fiesta, con un sombrero pretendiente de campana en la cocina de algún colegio mayor, si ya no quería reservarle el Colegio Real para nariz de su nueva cocina. Arrebujábase en sendas varas de bayeta, y, siendo el que hacía este papel enjuto de lados y muy liberal de zancas, parecía pendón de ánimas o rollo de Villalón en día de Viernes Santo. Llevaba la cara en aire de quien se iba confesando con la panza o comunicando algún secreto al bazo, colgando la cabeza o columpiándose como breva pasada, que se cae de madura. Gemía y lloraba como un madroño, y tanto, que no parecía sino que lo hacía adredemente. Jactábase de descendiente de Heráclito por línea recta y de varón en varón, y defendía que los *Llorentes* eran ramas de este mismo tronco, sin advertir que la casta de los Heráclitos se acabó desde que se inventaron las castañuelas, muriendo el último de esta familia el primer día que se oyó en Roma la gaita y el tamboril. Si alguno,

extrañando el traje y la figura, le pedía razón de aquella extravagancia, él le daba de codo, y así le daba respuesta, porque en el codo tenía cosido un papelón apologético, donde el que sabía leer hallaba esta satisfacción:

Si el traje no viene al caso,
Sepan que soy el *Capricho*:
Con eso todo está dicho.

No era sólo este *Capricho* el que iba en la *Mojiganga*; otro marchaba junto a él, que, aunque se llamaba Don Quijote, ya saben los eruditos que *quijote* y *capricho* son términos sinónimos, o una misma cosa con nombres diferentes. Era Don Quijote un caballero muy conocido, y eso nadie lo puede negar. Su traje, el de un caballero andante, y, así, era traje peregrino. Iba armado desde la cabeza hasta los talones, pero tan extrañamente que, si no que le acometiesen los enemigos invisibles, por los visibles yo presto caución. Servíale de yelmo una cazoleta de espumar ollas de pobres, tan porosa, que se exhalaban por ella los pelos (otros los llamaban cerdas; otros, crines) del pobre caballero. El peto y espaldar

se componían de tres o cuatro pantallas, ensartadas al desgaire, tan tiznadas, que algunos las tuvieron por hojas de sartenes, y los más se persuadieron que eran matahumos de nueva invención; pero el valeroso caballero aseguraba ser tizne más generoso, porque era la sangre de aquel fermentado negro que experimentó su saña en la cueva de Montesinos. Enristraba en la mano derecha una que él llamaba lanza, pero en realidad era un palo de pendón de cofradía vuelto al revés; y, no obstante, aseveraba ser la misma lanza que el valiente Artus de Algarbe quitó a aquel desmesurado gigante que guardaba el puente Mantible; y aunque luego la quemó, sin embargo, volvieron a unirse las cenizas por la admirable virtud de aquel prodigioso bálsamo con que, untadas las cabezas y los cuerpos de los caballeros andantes degollados, se reunían aun después de algunos años. Llevaba ocupada la mano izquierda con una rodela, por mal nombre, que el propio y natural era bacía, y tan propiamente vacía, que no paraba en ella cuerpo flúido, y sin escrúpulo podía aspirar a gorguera, sin que pareciese mucha ambición. Supónese que había de ir en un rocinante en planta o en

dibujo, y que si se movía sería por arte de encantamiento. También se debe tener por dicho que no le faltaría a los estribos su fiel escudero Sancho Panza, que, aun después de gobernador de una ínsula, no le sufría el corazón dejar un punto el lado de su querido señor Don Quijote, el más apuesto y más aguisado de todos los caballeros. Iba el tal señor Don Quijote muy embebido en la lectura de la admirable *Historia de los Doce Pares*, que llevaba abierta sobre el arzón de la silla; y daba razón de este su buen gusto y entretenimiento en la siguiente coplilla:

Si no se han acabado los *Quijotes*,
¿Por qué se han de acabar en nuestros días
Los bellos libros de caballerías?

Compañero de Don Quijote caminaba un Ciego de devoción, quiero decir de estos ciegos cadetes que sirven de voluntarios y, siendo lechuzas, tiran sueldo por topos. Era ciego que a todos saludaba por su nombre, y si le reconvenían con su ceguera, respondía que sacaba los nombres y apellidos por el olfato, y algunos también por el tacto. Llevaba un sombrero patas arriba, así como quien res-

bala y va a caer; la capa era un arca de Noé de paño, donde se salvaban todo género y especie de remiendos, sin faltar tampoco algunos animalillos; otros decían que era capa de miniatura; otros la llamaban capa de filigrana, y éstos erraban menos; que acertar a punto fijo con lo que era, no era fácil. Precedíale su Lazarillo, muchacho en brújula y montón de porquería con figura humana en realidad. Aseguraba que en toda su vida había tocado al rostro gota de agua, sino cuando se bautizó, y añadía, con necedad algo ladina, que lo había hecho adrede por que no se le borrara el carácter del bautismo. El Ciego iba pregonando: *Jácara nueva y curioso romance, maravilloso suceso que acaeció en Caramanchel, con un cautivo rescatado de las mazmorras de Tetuán; donde se da cuenta de los prodigiosos milagros que obró la Omnipotencia desde el principio hasta el fin del mundo.* Luego cantaba, como para muestra de paño, las coplillas siguientes:

Favorézcame María
Y los ángeles del cielo,
Y también me favorezca
La Virgen del Buen Suceso.

Nuestra Señora del Risco
También en mi amparo quiero,
Que es la Virgen más mejor
Que veneran nuestros reinos.

Los profetas, patriarcas
Y los mártires guerreros,
A los cuales los gentiles
Trataron como unos perros.

Vengan, vengan en mi ayuda
Los inocentes corderos
Que degolló el fiero Herodes
Con un cuchillo de acero.

Y, por que no se me olyide,
Invoco aquí luego, luego,
A la gloriosa Cecilia,
Con su órgano de enebro.

También San Pablo Ermitaño,
Con quien gran devoción tengo,
Porque le vi un día escrito
En la cartilla del rezo.

Al son de estas coplillas se arremolinaba la gente y, a guisa de un furioso torbellino, se abalanzaba hacia el Ciego, queriendo sacarle las coplas de las manos a porfía y temiendo cada cual que ya no habían de llegar para él. Y con esto se conoció que tenía razón en lo que decía el letrado que llevaba, y era éste:

Si las coplas de ciego son preciosas,
De Góngora lo digan cultos partos:
Véase quién sacó hasta aquí más cuartos.

Seguíase después el infeliz rey Mauregato, con unos zaragüelles tan anchos como su conciencia. La corona se le había convertido en turbante, y el turbante tenía figura de coraza, con que le caía bien. Lo restante del traje, afectando antigüedad: polainas, borceguíes y gorguera por yerro de cuenta, que no había de ser sino collera. No había mujer honrada que le pudiese ver; las cultas y leídas, por las noticias que habían adquirido, y las otras, por antipatía o no sé qué. Y aunque el valeroso Rodrigo de Vivar, por otro nombre el Cid Campeador, *fizo sus fazañas y proezas* muchos años después que murió este infausto príncipe, no obstante, como había resucitado en estos tiempos para asistir a la *Mojiganga*, llevaba en la mano los romances de este gran hombre, afectando mucho gusto en su lectura, por lo rancio del estilo. Y nadie piense que éste es juicio temerario, porque él mismo lo decía en un rotulón de letras medio arábigas y medio góticas, donde se leía claramente lo siguiente:

Los romances del Cid ya los entiendo;
Los que hoy se usan magüer que los alcances.
Más parecen latines que romances.

Mingo Revulgo, poeta incomparable en
aquel siglo dorado, en que llevó el primer
premio de un certamen esta copla:

Asómate a ese buraco,
Cara de prata:
Correré yo el mi caballo
A la trapa, la trapa.

tenía un bigotón eterno, pero oí decir que
puesto adredemente, y compuesto, a lo que
se rugía, de la cola del Pegaso; porque en
tiempos antiguos dicen que se estilaban bi-
gotes postizos, como ahora cabelleras. Era
hombre de gran sorna y muy machucho, y los
zapatos llanos como la palma de la mano,
sin coturnos ni cosa que lo valga; y es que
en sus días no se usaba aún la moda de pu-
livies y tacones, moda muy pernicioso, es-
pecialmente para las musas, que facilísima-
mente suelen tropezar y dar de hocicos. Iba
muy divertido en la discreta lectura de las
coplas de Caláinos, asegurando por todo el
numen del Parnaso que desde Apolo acá no

se habían escrito coplas de aquel chiste y discreción. A lo menos, decía, no se puede negar que son coplas tan hidalgas como las que más, y que por la antigüedad de su cuna merecen tener un hábito a los pechos. En prueba de esto mismo enseñaba la ejecutoria en un cartel que decía así puntualmente:

Las coplas de Caláinos, sus servicios
Alegan hoy que al son de los panderos
Las solían cantar nuestros traseros.

Junto a este Poeta ingenuo caminaba otro poeta más bellaco, que se decía por mal nombre el *Poeta de los pícaros*. Preguntado por qué se llamaba así, respondía: "Porque éste es mi oficio. Yo—añadía él—me divierto en hacer estas que se llaman *Coplas de cántaro*, y las esparzo por el lugar para que el galopín que va a la taberna se divierta en cantar coplas y no se acuerde de empinar el jarro. ¿Cuántas sisas habrá ahorrado esta coplita de mi invención? :

Alentado del alma
Y alentadillo,
Tomador de tabaco,
Dame un polvillo.

¿Pues la otra, no menos ingeniosa que significativa? :

Dicen que no me quieres.
¿Qué se me da a mí?
Tú me dices que no,
Yo te digo que sí."

Así, pues, probaba con evidencia que casi todos los poetas eran perniciosos y que sólo él era útil; y por vía de buen gobierno se había de sustentar en cada república uno de estos poetas a costa del público erario. Iba el Poeta con traje muy ridículo y en medio de una chusma de galopines, entre los cuales repartía varios papeles de coplillas de taberna y bodegón, todas diferentes y todas de diversos cantares, y mandándoles a todos que cantasen a un mismo tiempo, él echaba el compás como maestro de capilla, con que formaban una música infernal, o, buscando la comparación más acá arriba, parecían un ejército de carros chirriones cuando entran en los pueblos tupiendo los oídos. La letra del Poeta era ésta:

De los pícaros soy *Poeta*, y oído
Que no les falten coplas que cantar;
Porque, si no, ¿qué harían, sino hurtar?

Como si para huracán de las orejas no bastaran los gritos ganapanes, cerraba esta cuadrilla otra cuadrilla de sujetos rollizos con faldas, que presumían figurar el Coro de las Musas. Eran éstas, o parecían, nueve charras, destinadas para sexmeras, pero, entre tanto, empleadas en remedar a las nueve hermanas del Parnaso, así como las mozas de cocina se juntan los días de fiesta a remedar a las señoras. Estas musas cerriles, vestidas a la usanza de la tierra, iban en un carro cargado de leña para representar más al vivo el susodicho monte; y por apostárselas a las otras, que se llaman *Sorores*, sin ser monjas, no teniendo éstas más que un Pegaso, ellas llevaban pegasos a pares, porque hacían este papel un par de bueyes, pesados de pies, pero muy ligeros de testuz o de cabeza: señas todas que hacían evidencia de que no era aquélla la primera vez que los bueyes se metían a pegasos. El carretero llevaba un vestido semejante al que traían los jueces de Castilla: ferreruelo, justacor acuchillado, mangas perdidas, borceguíes bien rugosos; pero todo de tafetán negro con listas blancas. Iba tan guapo, que hasta sus mismos bueyes le desconocieron, sin embargo de tra-

tarle con tanta familiaridad; y así, entonces bajaban de cuando en cuando la cabeza para mostrar que le miraban con respeto. Pero los que más se admiraban eran los charros guedejudos: no se hartaban de verle tan garifo, diciendo con grande aseveración que en su vida habían visto hasta entonces carretero que tuviese *señoría*. Las Musas tenían también su Apolo, y era un jayán empinado, a quien servía de colete una piel entera de becerro, con una aguijada en la mano y, por lira, una zambomba. Así Apolo como las Musas eran a propósito para cultivar, no sólo el monte de Arcadia, sino cualquiera otro monte menos cultivado. De la aguijada de Apolo colgaba, a manera de estandarte, un trapo viejo de estopa, y en él se leían, escritas con hollín, estas alabanzas:

El Coro de las Musas, coro charro;
Buey el Pegaso; la carroza, carro;
Pandero era la lira,
La música era gira,
Apolo era paletto,
Su gala era un colete:
Esto, en suma, el Parnaso era algún día,
Cuando Escuelas abrió la Compañía.

Este gracioso Coro de Musas iba tocando, en lugar de liras, panderos y sonajas, y al son de estos rústicos instrumentos iba cantando unas coplillas muy propias de musas aldeanas, pero musas, y en que el numen poético de tal suerte se disfrazaba en charro, que dejaba entrever su nobleza y mostraba acomodarse a las fórmulas del pandero por dignación o por juguete, y no por falta de espíritu para más. Gustó mucho a todos este bien imitado charrismo, así por el gustillo de la idea como por la propiedad del remedo. Y, a la verdad, las tonadas, los sones, el vestido, los atavíos, la algazara y los modales todos eran de charras, que tuvo disculpa el que creyó inocentemente que se habían traído del Sayago nueve aldeanas originales, de las que en los días de fiesta se llevan la prez del baile y del pandero, para representarse a sí mismas. Las coplas que iban cantando en el discurso del paseo son las siguientes:

COPLILLAS PANDERILES

Dime, ¿qué señas tiene
San Luis Gonzaga?

Es la gala de Roma,
La flor de Italia.

Dime, ¿qué señas tiene,
Niña, tu Santo?
Tiene la ropa negra
Y el rostro blanco.

Dime, ¿qué señas tiene
Tu Santo, niña?
Modesticos los ojos,
Cara de risa.

Dime, ¿quién te enamora,
Niña, en el cuadro?
Un milagro pulido
Que hace milagros.

Con el Cristo en la mano,
Santo Teatino
Predicando va al alma,
Mas no da gritos.

Alentado del alma,
¡Qué bien pareces
Con corona de luces
Sobre la frente!

Alentado del alma,
Sube al cielo;
Que aunque allá te nos huyas,
Te seguiremos.

Es así que te quiero,
Santo bendito.
Mas ¿qué haré si no dejas
De ser tan lindo?

Santo mío, no digas
Que no me quieres;

Te lo dicen los ojos
Que has de quererme.
Dices que no me quieres,
No oyes mis voces:
Pues allá te las hayas
Con mis amores.

Cantábanse estas coplas, ya unas, ya otras, a diferentes tonos; pero el más frecuente era uno de especial gustillo, que a la sazón andaba muy repetido en Salamanca, y entonces con cada copla se repetía éste:

ESTRIBILLO

Para hacerte un vestido,
Santo de mi alma,
Te daré yo las telas
De mis entrañas.
Anda:
Te daré yo las telas
De mis entrañas.

QUINTA CUADRILLA

PRECEDÍA a la quinta cuadrilla un joven de cuerpo y edad, correspondiente a los confines de la puericia y adolescencia, noble, hermoso, agraciado, y sobre un vestido de tela finísima, adornado de ricas y bien colocadas joyas, llevaba en la mano una curiosa tarjeta, elevada en un cetro, y en ella este rótulo: *Estudio gramático*. De los dos lados de la tarjeta colgaban dos largas y preciosas cintas, que paraban en manos de otros dos jovencitos, en nobleza, edad, estatura, gracia, belleza y gala, muy parecidos al primero, cuyos costados guarnecían; y era guarnición en dos sentidos: por lo que tenía de adorno y de defensa, pues en la otra mano, que no se ocupaba con la cinta, llevaba cada uno espadín desenvainado, cuyo lustre y fulgor de empuñadura y hoja hería muy de lejos, aunque sin sacar sangre. Y para que no cesasen de vibrar rayos, si sobreviniese la

noche, llevaba cada uno al estribo otro joven-
cito, con un hacha de prevención, y en traje
de volante. Digo al estribo, porque los tres
de la tarjeta y cintas iban sobre hermosísi-
mos caballos, de moderado cuerpo, pero de
mucho lozanía y viveza; aunque ésta la mo-
deraban también como de estudio los mis-
mos brutos, por atención a las delicadas joyas
que ocupaban las sillas, y eran más adorno
que carga. Un humanista, mirando a los
tres Narcisitos, hizo intención de aplicarles
aquellos versos de Cornelio Gallo:

*Pulchrior his aderat puerilis gratia formae,
Quae, vel si desint caetera multa, placet.
Quin etiam virtus, fulvo pretiosior auro,
Perquam praeclarum plus micat ingenium.
Candida fulgebant, seu quae suffusa rubore
Vernarent propriis ora serena rosis.
Aurea caesaries, erectaque lactea cervix,
Vultibus ingenuis visa sedere magis.*

No quiso poner en romance estos elogios,
dando por razón que el aspecto de los tres
Narcisos era una traducción de los versos la-
tinos, en estilo no sólo muy legible, sino muy
perspicuo y perceptible para todos.

A esta vanguardia seguía el primer cuer-

po de la cuadrilla, compuesto de dotes inseparables del Estudio gramático en las Escuelas jesuíticas, y las personas que lo formaban eran:

Gramática.—Modestia.

Doctrina cristiana.—Cortesía.

Educación piadosa.—Urbanidad.

La Gramática iba en traje de ninfa, ricamente vestida y adornada con mucha variedad de joyas, colocadas con gran proporción para mostrar que la da el naípe para concordancias y conjugaciones. Hablaba de cuando en cuando en latín y en griego, todo muy concertado y con exactísima sintaxis, y en medio de ostentarse ninfa culta, latini-parla y grecisante, apeteciendo Escalígeros crudos y llevando Macrobios de falda, como perritos; sin embargo, todo la caía bien y la hacía bienquista con el mismo Quevedo. Si alguno quería lisonjearla con los nombres de Sibila, de Safo, de Euterpe o de Minerva, los desechaba con un desvío a manera de suerte, y daba por razón que su oficio era declinar nombres. Llevaba una bolsa de damasco al lado, como las que suelen usar los gramáticos para sus libros; en la mano de-

recha, un arte de Nebrija y dos llaves, y sobre el brazo izquierdo, un escudo curioso con esta inscripción:

Soy la *Gramática* culta,
Y deste mi arte las partes
Son las llaves de otras artes.

La Doctrina cristiana iba también de ninfa, no de los montes, ríos o mares, sino de los cielos. El vestido era de fondo azul celeste, pero bordado de varias figuras simbólicas y misteriosas y de varios colores, especialmente de blanco y encarnado. El semblante mesurado y grave, sin afectación, y al mismo tiempo con una especie de agrado tan insinuante, que aun a la gente más pobre y más ruda quitaba la cobardía y encogimiento para pretender sus favores. Si la preguntaban algo, respondía siempre la verdad pura, y no articulaba palabra que no fuese muy digna de fe. Y es cosa rara que, con hablar muy de misterio, no hablaba en secreto ni aborrecía la publicidad. Trataba mucho de revelaciones, y, no obstante, no hacía profesión de beata hazañera, ni se dedignaba de tratar con todo fiel cristiano. En la mano

llevaba un Catecismo muy bien encuadernado, y decía que aquel librito contenía más que todo el volumen de los cielos. Y para ostentar la significativa concisión de su estilo, mostraba en la otra mano, escrita en una tarjeta breve, esta inscripción:

Aunque hable cosas grandes e infinitas,
Con mucha brevedad decirlas puedo,
Porque todas se dicen en un *Credo*.

La Educación piadosa se figuraba en una ninfa de semblante bello, pero muy devoto. El vestido, decente, limpio y aseado, pero sin profanidad ni extravagancia. A los que se acercaban daba buenos consejos, como de frecuentar los Sacramentos, de huir ocasiones, de hacer gala de la piedad. Mostraba en el pecho un rosario y un librito espiritual; en la mano derecha, una varita dorada para significar lo mucho que valen sus instrucciones, y en la izquierda, una brillante estrella que servía de corona a un escudo, en cuyo campo azul se leía, en caracteres blancos, esta letra:

La piadosa Educación
Corrige con su luz bella
Del astro la inclinación,
Pues por influjo y blasón
Tiene en su mano la estrella.

La Modestia se representaba en otra ninfa de aspecto sumamente amable, de naturalísima compostura en todo y de vista tan recatada, que las niñas de los ojos parecían haber profesado de monjas rígidamente observantes del voto de clausura. El vestido era todo uniforme, de color de perla y muy ajustado, siendo la basquiña con toda propiedad guardapiés, y la casaca, guardapecho y guardahombros. Y aun, para que no faltase guardacara, llevaba en la mano un abanico, y cuando la miraban acudía con él a socorrer el sonroseo del rostro. No fué posible reconocer el color de sus ojos. Y para que nadie tachase de nimia la obstinación de los párpados, que parecían cortinas de mármol, desplegando el abanico mostraba escrita en él con letras de oro esta excusa:

La *Modestia* soy, que cuando
La vista al suelo retiro
Más derecho al cielo miro.

La Cortesía adoptó por figura suya la de una ninfa, no de aquellas silvestres y montaraces que llamaban Oreades, Hamadriades o Napeas, sino de las que se criaban con máximas y estilos de civilidad y atención en el Gineceo de Minerva. El vestido era de hermosa tela, de bello corte y muy cumplido; y no podía ser menos, porque todo es muy cumplido en esta señora. Sólo las palabras, aunque tienen algo de sermones, no suelen ser sermones cumplidos, pues de ordinario paran en saluciones. Como insignia propia llevaba un sombrero de plumaje en la mano derecha, en aire de quien va haciendo cortesías a cuantos encuentra, sin dejarse prevenir de nadie. Un ademán tan oficioso y tan atento pedía que todos le correspondiesen y alabasen, como sucedía con efecto, y más cuando leían, sobrescrita en el pecho de la ninfa, esta letra:

No pido alabanzas, no,
Por violencia y tiranía:
Pídomas por *Cortesía*.

La Urbanidad tomó también figura y traje de ninfa, muy urbana y afable, mostran-

do mucho rasgo, despejo y garbo, aunque sin ofensión de su carácter. El vestido, vistoso y de la moda, pero sin exceso ni prolijidad; en sus ojos y en su semblante se descubrían cuantos indicios de un ánimo generoso puede leer la perspicacia de los fisióno-
mistas en el sobrescrito de los sujetos; de un ánimo, digo, dispuesto a honrar y complacer a cualquier persona, siempre que lo pida la ocasión y lo permita la decencia, poniendo su estimación y honor en ceder a otros el mejor lugar. En representación de este su noble genio llevaba en la mano una pequeña y pulida tarjeta, en que estaban señalados dos ceros y dos unidades en esta forma: "10 — 01", y más abajo esta inscripción:

La *Urbanidad*, computada
Por cero, según escucho,
Vale por cuenta ajustada:
Cuando se pospone, mucho;
Cuando se antepone, nada.

El segundo grupo de esta cuadrilla se componía de personajes ridículos, muy propios para representar aquellas absurdas erratas que enmienda, corrige o ataja la Escuela

jesuíta en los que acuden a su Estudio gramático. Por eso iban detrás de sus dotes, como trofeos de su triunfo. La formación de este cuerpo era de tres parejas, llevando por cola otras tres personas, con el orden siguiente:

Solecismo.—Barbarismo.

Rustiquez.—Grosería.

Desvergüenza.—Disolución.

El Diptongo.

La Ignorancia.

Un Maestro de escuela de leer.

El Solecismo iba en un traje compuesto de piezas, cada una de por sí muy bien hecha, pero todas tan mal distribuídas y aplicadas, que aun a la más lerda sindéresis daban que notar y que reír. Unos calzones le servían de sayo, y una casaca hacía oficio de calzones; anillos en los pies y escaarpines en las manos, corbatas en las piernas y cenojiles al cuello; el sombrero, a las ancas, y en la cabeza, por casquete, una vacínica de hierro, cuyo letrero, errando la ortografía, decía: *Yerro*. Iba en un burro muy ricamente enjaezado, de cuyas orejas colgaban los estribos, y el jinete cabalgaba al revés:

vueltas las espaldas a la cabeza del asno y el rostro a las ancas, puesto el freno en el sitio de la grupa. Su lenguaje era de vizcaíno bozal, repitiendo: *la burro, el Mojiganga, Salamanca buen ciudad*, y otros términos semejantes. Y a las ancas del burro se había pegado un cartón en que estaba escrito con letras gordas este letrero, que el jinete iba mostrando a todos con el dedo:

Quien se ríe de mi encuentro
Porque me ve *Solecismo*,
Mírese bien por de dentro,
Y se reirá de sí mismo.

El Barbarismo llevaba una barba muy larga y desgredada, con un cerco de plumas de ganso en la cabeza, y en las orejas dos mocos de pavo por zarcillos. En lo demás iba vestido de indio, al uso de los que habitan el Canadá, y, para mostrarse cacique, llevaba por cetro un garrote muy tosco y nudoso, y por clámide una piel de oso presa con un colmillo de jabalí, y todo el rostro pintado de azul, verde y pajizo. Montaba sobre un burro enjaezado como suelen ir los de los curtidores. Y a quien le preguntaba quién

era respondía con aquel verso de Marcial: *Barbara pyramidum sileat miracula Memphis*. Y si le apuraban sobre que se explicase en estilo más claro, añadía: *Ego non hablo cum Romancistis, sed cum Estudiantibus Salamancæ*. De la barba colgaba un pedazo de cartón, y en él se leía este letrero:

Para buscar *Barbarismo*
No hay que ir a la Canada,
Porque más acá hay posada.

La Rustiquez iba en traje de charra sayaguesa o batueca, con abarcas en lugar de zapatos, con una toca de estopa burda y una sarta de ajos por gargantilla. Llevaba delante un pollino con cántaros de leche y sus cuernas de buen tamaño para medirla, y ella iba detrás, comiendo pan y cebolla y untándose las barbas con tocino rancio. Digo *las barbas*, porque el que hacía este papel era un sujeto bien barbado, que, aunque se había hecho la rasura aquella mañana, había dejado alto el rastrojo, y de su cosecha eran tan tiesos los cañones, que no se le podía besar sin ensangrentarse. La cara era abultada y bien maciza de carrillos; el color,

muy sano, aunque no muy lustroso, porque era entre trigueño y pardusco; y en la espalda se hacía notar un retazo de cartón con esta letra:

La *Rustiquez* no echa menos
Pulidez ni pulcritud
Si está gorda y con salud.

La Grosería se daba las manos con la Rustiquez, su hermana de leche; y ambas eran muy parecidas una a otra en el talle, en el color y en el aseo. La Rustiquez parecía más ingenua o sencilla en el porte y modo, como criada siempre en la aldea. La Grosería, como ninfa anfibia de ciudades y aldeas, tenía más traza de taimada, y mostraba mucho más desenfado. Su vestido era de papel de estraza y muy mal ajustado. Su diversión era ir curando las mataduras a un burro viejo. A cuantos la saludaban volvía las espaldas. Si alguno la estorbaba el paso, le apartaba con un empujón, tratándole de vos, sin distinción de calidades. A ratos se paraba a espulgarse y mataba la caza a letra vista con gran serenidad. A nadie hacía cortesía, pasando de largo, como que iba pensando en otra cosa, y si la hacían cargo, se

excusaba con que no había reparado ni atendido, y se remitía a un letrero que llevaba escrito en cartón sobre el brazo, y decía así:

Mis faltas son excusables,
Por no ser con reflexión:
Todo es falta de atención.

La Desvergüenza iba de gitana despilfarrada y denegrida, llamando a todos *sus galanes* y pidiendo la mano para anunciar por las rayas la buena ventura. Llevaba delante un rocín muy flaco y en pelo, y unas veces se recostaba sobre sus ancas y otras veces, con una jeringa que llevaba en la mano, amagaba a echarle una ayuda. Decía que aquel rocinante en su mocedad había sido caballo andaluz y muy castizo, hijo del Betis de segundas nupcias, pero que ahora padecía mucho de flatos y no era él ni su figura. Otras veces tocaba un silbato y con el sonsonete daba saltos y cabriolas, danzando como hombre, y decía que ella era la inventora del baile de *Retamal* para las mujeres. De cuando en cuando se inclinaba como para buscar alguna alhaja perdida en el suelo, y preguntada qué había perdido, respondía

que el rubor y el respeto a todo el género humano. En la frente ostentaba una como tarjeta de cartón, y en ella este letrero:

Temo que me hurten la cara
Los que tienen escopeta,
Por ser cara de baqueta.

La Disolución se parecía mucho en las facciones y en los gestos a la Desvergüenza; y unos decían que era su hermana, otros su madre, otros su hija. El traje era de moza de cántaro, muy desenfadada y desenvuelta. El cabello, tendido, y sobre él una gorra con mucho recado de listones. Iba sobre un rocín sin freno ni cosa equivalente. Guiñaba, ceceaba y mostraba los dedos llenos de sortijas. Preciábase de tener gran correspondencia con las farsas, y también de tener muchos amantes que la hacen fiestas, añadiendo que ella sabía el arte de hacer que todas las fiestas de sus amantes fuesen fiestas de toros. En la mano llevaba una cornucopia, hecha de un asta descomunal de Medellín, toda vestida de ramilletes de flores y en la punta una tarjeta muy curiosa, con esta letra:

La *Disolución* me llaman,
Y son muchos los que me aman;
Mas yo me voy al infierno,
Y a ellos se les da un cuerno.

El Diptongo quiso salir en esta tropa, no por contarse entre los trofeos, sino por la humorada de hacer desatinar a la Ignorancia, que iba detrás. Su figura se representó de esta manera: Iban dos pollinos pareados y unidos con una cincha, para que no se dividiesen; sobre ellos iban sentados dos sujetos, uno con bigote, vestido de charro, otro lampiño, vestido de charra. Estos se sentaron de modo que daban espalda con espalda y cabeza con cabeza, trabándose los brazos lo más que se pudo. Ambas cabezas ataba una venda, y ambas cinturas un cincho muy ancho, y sobre los hombros de uno y otro se extendía un cartel con esta letra:

Soy el *Diptongo*, y no sé,
En mi sexo de gazpacho,
Si soy hembra o si soy macho.

La Ignorancia seguía inmediatamente al Diptongo, reparando con gran curiosidad en aquella figura epicena, sin saber decir si era

masculina o femenina y hallando muchísimo misterio en que la unidad fuese binario. Representábase con cara de vieja y con traje de moza; bien que el vestido se trazó de manera que la tela pareciese muy antigua y la moda moderna. Iba entre dos burros que la servían de braceros. Hacia las espaldas colgaba un zurrón lleno de libros, y hacia el pecho una baraja de naipes por joya. De todo cuanto se la ponía delante se admiraba, arqueando las cejas y abriendo la boca, y no obstante se ofrecía a responder de repente a cuantas cuestiones la propusiesen sobre todas materias, y alababa mucho la Jactancia y la Intrepidez, como a sus hijas muy queridas. Llevaba tras de sí un séquito bien numeroso de personas en traje de hombres y de mujeres, representando varios oficios ínfimos. Uno tocaba un silbato de capador, otro una bocina de porquero, una iba pregonando leche, otra berros, y de este modo se hacían conocer y distinguir otros y otras. La Ignorancia volvía los ojos de cuando en cuando a esta su comitiva, y la miraba con majestad y agrado, alzando la mano y moviéndola, en aire de quien lleva la solfa, y con la otra mano mostraba un cartel donde estaba es-

crita con letras góticas que tenían un dedo de gordo, esta sentencia:

Soy la *Ignorancia*, y ésta es mi familia;
Pero tengo también entre los cultos
Infinitos discípulos ocultos.

El Maestro de escuela de leer iba el último de esta cuadrilla, con un vestido muy ridículo, roto, y despilfarrado, que a unos parecía de soldado inválido, y a otros de tunante aburrido. Iba sentado en una banquilla sobre un pequeño carro o carricoche, tirado de seis burros muy lanudos y mal peinados que le movían a tiros largos con sogas de esparto, correspondiendo las guarniciones en la preciosidad y el aseo. En el plano o tabla del carro, delante del maestro, iban seis o siete niños de perras (he aprendido esta frase de un vizcaíno recién destetado del vascuence que llamaba niños de ovejas a los cordeiros y niños de burras a los borriquillos); iban, digo, seis o siete perritos de tierna edad, atadas a las manos unas cartillas, en postura de niños que aprenden a deletrear. El maestro los exhortaba a leer en voz alta, y con una vejiga inflada que llevaba en la mano

atada a una correa, y ésta a una palmeta de escolines, los cascaba para que no se durmiesen. Ellos gañían y gritaban al son del zurriagazo, con una confusa greguería, y luego volvían las caras a mirar al maestro con semblante humilde y tímido, como pidiendo *parce*. Pedía les el maestro la rosca, y ellos se encogían de hombros, dando a entender que no la tenían si no que la hiciesen con el rabo. No admitía el maestro la excusa, y unas veces por esto, otras porque callaban, otras porque metían mucha bulla, siempre hallaba motivo para repetir los golpes y zurriagazos, sin lástima ni compasión alguna de aquellos inocentes discípulos. Hacía también que les tomaba la lección, y como nunca la daban bien, pues no habiendo aún aprendido a hablar, menos sabrían leer, el maestro redoblaba el castigo, ya como quien azota, ya como quien da palmas, según la calidad de las culpas. Pero al cabo, los escolines se quedaban tan bestezuelas como antes. Este papel cayó muy en gracia a los mirones, y fué de los más aplaudidos de la *Mojiganga*. El pensamiento de quien lo introdujo entre los trofeos o absurdos vencidos, no fué hacer ridículo el oficio, sino el modo de ejerci-

tarlo, muy ajeno de la enseñanza de la Compañía de Jesús. No desdeña ésta aun las escuelas de leer, por el deseo de iluminar en buena hora los crepúsculos de la razón y de imbuir la reciente capacidad de los infantiles con el tinte y resabio de la virtud y de un cultivo racional. Tiene muy presente aquella máxima: *Quod semel est imbuta recens, servavit odorem. Testa diu*, y sabe que entonces es propiamente *Testa recens*, cuando la edad se halla todavía en paraje de hacer pucheritos; pero al mismo tiempo sabe muy bien que no se ha de practicar este oficio como el de enseñar perros, ni con aquel rigor inclemente y severidad indiscreta que no se enseña más que a temer ni deja más impresiones que de terror, cuya resulta es quedar los aprendices tan animales como antes o un poco más embrutecidos. Por eso el método que practica, como reglado por la discreción y suavidad, aun a los que recibe semibrutos les restituye racionales, y es en todo opuesto al que practicaba en la *Mojiganga* el gracioso y solemne maestro de niños en su carrocín dado a perros y conducido de asnos. Este, sin embargo, daba razón de su conducta en un cartón de vara y me-

dia, que se elevaba en la testera del carro y presentaba esta apología:

Los azotes por sus yerros
A los muchachos no agravian:
Con eso leen que rabian
Y estudian como unos perros.

CARRO TRIUNFAL

CERRABA toda esta dilatada, festiva y artificiosa pompa un carro triunfal, de grandeza, arquitectura y adorno muy correspondientes a su elevado empleo. Su grandeza hacía parecer estrechas las principales calles de la ciudad, por más que ellas se ponían anchas con la vanagloria o con el gusto de dar paso a tan vistosa máquina. Su planta se trazó debajo de un paralelógramo de la especie que llaman rombo; pero en la ejecución no guardó rectitud de líneas, pues desde el medio hacia la parte anterior se fué estrechando a manera de voluta, formando un remedo de cimba o barco, con su remate agudo y elevado, como de proa. La estancia de en medio era la más capaz, y guarnecida por ambos lados de una baranda como de corredor, primorosamente labrada. En el último tramo, que hacía testera, se formaron tres gradas bien espaciosas, que

corrían toda la latitud del plano, dándose las manos con la baranda de uno y otro lado. Sobre la más alta de estas gradas se elevaba un curioso trono debajo de un rico dosel, que esparcía lustre y majestad por todo el distrito de la máquina. El adorno y gala que se añadió a esta fábrica fué como de carro triunfal prevenido para un héroe celeste. Vistiéronse de oro todos los radios de las cuatro ruedas, con harta envidia de la del sol. Las barandas, con toda su balaustrada, se matizaron de varios y finos colores, hermosamente repartidos. Las gradas subían tan de punto los fulgores y brillos, que saltaban a todo saltar, y casi se desgañitaba, de puro subido, el contralto de la luz. Todo el espacio que desde allí se extendía hasta la proa o punta anterior se llenó de varios artificiosos adornos, en especial de una serie de arcos tan airosamente formados y tan vistosamente coloridos, que eran un milagro. ¡Pero qué milagro! No menos que el de haberse formado y repetido el arco iris estando el cielo muy sereno. De estos arcos pendían muchas curiosas guirnaldas de laurel y de oliva, y sobre las barandas esparcían hermosura y fragancia muchos ramille-

tes de varias flores naturales. En todas las demás partes o piezas que daban lugar al artificio de la pintura había tirado el pincel primorosos rasgos que presentaban a la vista follaje, cogollos y otras diferentes amenidades. En lo exterior de la testera se pintó un águila real, figurando la que en el escudo de armas de la casa Gonzaga remonta hasta el cielo su nobleza. Este águila estaba en acción de volar ansiosa hacia un Jesús orlado de rayos como un sol, y debajo de ella, no a mucha distancia, se distinguía una multitud de polluelos de su misma especie, que sacaban sus cabecitas como anhelando a mirar también de hito en hito al mismo objeto luminoso, y en el espacio intermedio se leía, de abajo arriba, este epígrafe, en letras de oro: *Sub umbra alarum tuarum* PROTEGE nos.

Tiraban este carro triunfal seis hermosísimos caballos de color tordo, tan iguales en la corpulencia y tan uniformes en el pelo, que algunos dudaron si era uno solo que, por deslumbramiento de la vista, se representaba en seis lugares, y se restregaron los párpados por si algún humor o mala situación multiplicaba los objetos. En las señas nati-

vas de todo el cuerpo, en la postura, en los ojos y en todo el movimiento mostraban viveza, brío y fuego espirituoso. Pero con este natural sabían juntar, como de estudio, el reporte, la docilidad, la mansedumbre que eran menester para marchar con el debido reposo entre la turba y bullicio incesante de las calles y plazas. No se habrá visto el fuego tan contenido y reportado, y todo peripatético diría que moraba en cada uno de estos brutos como en su esfera elemental. La marcha era con tanta majestad y sosiego como si la llevaran pensada. Los frenos no servían más que de adorno, ni los cocheros tenían más oficio que el de testigos, pues no parecía sino que los caballos se habían informado de antemano de lo que habían de ejecutar, y lo llevaban de memoria. Iban todos seis en traje de pegasos, guarnecidos los costados con alas muy airoas, bellamente dispuestas y matizadas de vistosos colores; pero las admitieron no más que por el bien parecer, que por lo demás, si ellos no llevaran propósito firme de no volar, les bastaban sus propios espíritus para marchar con carro y todo por esos aires. La preciosidad y lucimiento de guar-

niciones y jaeces era cuanto puede caber en la más pomposa gala de un caballo. Hasta los cascos de todos seis iban plateados, como si hubieran de pisar por la Eclíptica y no por las calles de Salamanca. Con la misma inspección salieron los cocheros en traje de faetones, con vestidos de color pajizo muy propios y lustrosos, añadiendo el adorno de lazos de varias cintas y de otras curiosidades de gran gusto. Pero lo que picaba más la atención eran unos soles con rayos de oro que brillaban sobre sus cabezas, para que nada se echase de menos del carácter y señas de Faetón, sino la temeridad y el precipicio.

Todo el aparato de este carro triunfal tenía digno empleo, porque en el trono, que se había elevado sobre las gradas, debajo del dosel se colocó San Luis Gonzaga, representado en un jovencito de aspecto agraciado y muy modesto, con traje de jesuíta en el color y en las medias, aunque en lo demás, de tela muy rica, guarnecida de labores y joyas de gran precio. A los pies del Santo se mostraba la Escuela jesuíta, sentada en la segunda grada, cuyo papel hacía un gallardo joven vestido de dama, o de ninfa, con la más exquisita gala, en cuya preciosísima tela,

sobre el gustillo de la moda, se admiraba cuanta riqueza y variedad de joyas es compatible con la proporción y el buen gusto. Y sobre todo brillaba un Jesús primorosamente bordado, que esmaltaba su pecho dentro de un cerco de rayos flamantes que le servía de orla. Con esto juntaba un cierto aire y denuedo de amazona, que se hacía notar como índice de un ánimo guerrero y pugnaz contra las porfiadas enemigas huestes del error, conociéndose que recibía nuevo vigor y aliento del Protector celeste que la presidía. A sus dos costados, y en la misma grada, iban sentados, en figura de ángeles, dos niños hermosos, con sus alas y borceguíes de singular curiosidad y lustre, y en lo demás adornados con tan copioso fulgor de pedrería como si las piedras se hubieran convertido en estrellas para que el traje fuese más propiamente del cielo. En la tercera o ínfima grada tomaron asiento cinco músicos de instrumentos, que fueron dos violines, un violón y dos óboes. Todos iban también de gala; pero ésta se mostraba mucho más en la música de los instrumentos, que, tocados con airosa destreza por todo el paseo, sobreponían su dulzura sonora al bu-

llicio confuso de la gente. La escolta o cortejo de este carro triunfal se componía de ocho bizarros jóvenes, los cuatro en traje de ninfas y los otros cuatro de galanes, todos ricamente vestidos y exquisitamente adornados, y todos en caballos, que descubrían más su natural hermosura y lozanía entre el precioso ornato que los bordaba. Representaban estos ocho sujetos otros tantos blasones o prerrogativas, cuyos nombres se dirán después, de la gran casa y linaje inclito y soberano de los Gonzaga. Y por eso hacían gala de ir cortejando y sirviendo al Héroe celestial que tanto ilustró esta elevadísima familia. No podía ser más lucida y noble la Guardia de Corps. Y para mostrar con cuánto cuidado escoltaban la triunfal carroza iban los ocho como en acción de sostenerla, tirando de ocho largas y lustrosas cintas que pendían de la carroza misma. Los dos angelitos que iban en las gradas al pie del trono haciendo buenos lados a la Escuela jesuíta tenían unas voces como unos ángeles, y especialmente el uno de ellos sabía cantar con singular destreza, gala y melodía; y para que aprovechase esta habilidad con nuevo sainete de la fiesta, se pre-

vinieron tres letras poéticas, dirigidas a San Luiz Gonzaga, muy al caso de la protección que celebraba su amada Escuela, y los angelicales rui señores las fueron cantando, bien acompañados de los instrumentos músicos del carro triunfal, a diferentes tonos, de invención y gusto excelentes, por todo el discurso del paseo. Las letras se trasladan aquí, porque lo merecen.

LETRA A SAN LUIS GONZAGA SOBRE LA
PROTECCIÓN DE SU ESCUELA JESUÍTA.

Amante jardinero
Que en tempranos albores,
Cuando halaga las flores
Rocío lisonjero
Cual lucero,
A impulsos del amor que te desvela
Hacia el jardín madrugas de tu Escuela:
Si eres angel humano,
Si eres joven del cielo,
Asegure tu anhelo
Influjo soberano
Cuando ufano
A tu jardín le das por atributos
Flores que, sin ajarse, lleven frutos.
Sea el calor activo,
Blasón del amor tuyo,

Quien pretenda hacer suyo
De tu Escuela el cultivo;
Cierzo esquivo
No penetre el recinto de su estancia;
Céfiro blando adule su fragancia.

Con tan feliz cultura,
Tu Escuela envidia sea
De Flora y de Amaltea,
Que acrediten más pura
Su hermosura,
Suspensas al mirar discursos bellos,
Ondeando en sus hombros por cabellos.

Merezca tus caricias
Vergel, donde conserva
Más divina Minerva
Su jardín de delicias,
Y en propicias
Avenidas fecunde tu influencia
El árbol de la vida y de la ciencia.

Sea el invierno extraño
De tus verdes pensiles;
De otoños y de abriles
Se forme todo el año;
Noble engaño
De la vista, ya el sauce, ya el aliso,
Semblante le darán de paraíso.

No de su suelo culto
Mortifique lo ameno
De la sierpe el veneno,
De la fiera el insulto;
No el inculto
Espino escandalice su olorosa

Mansión, que al cielo es quinta deliciosa.

De tu amor fiel testigo

Tanto pimpollo tierno,

Deba verdor eterno

De tu nombre al abrigo:

No enemigo

Furor de adusto signo en rabia ardiente

Le marchite su pompa floreciente.

No ya planeta errante

Presuma ser su estrella,

A quien sepulta y sella

Su ocaso lo brillante;

Mas constante

Lucimiento, en desdenes de luz vaga,

Deba a la estrella fija de Gonzaga.

Protector generoso,

Pues a tu escuela debes

La eterna luz que bebes,

Amante luminoso,

Vuelva hermoso

A mirarla risueño tu semblante,

Donde aviva y no quema lo flamante.

OTRA AL MISMO ASUNTO.

En hora dichosa vengas,

Divino Luis, a ser hoy

Luciente espejo y escudo

Por modelo y protector.

En hora buena se ostente

Tu amorosa protección,

Mostrando de sus finezas
La lisura en tu candor.
En hora feliz tu Escuela
Con duplicado arrebol
Celebre el perpetuo día
Que en tu luz le amaneció.
Aunque tu Escuela no sabe
Temer nocturna invasión,
Pues en un Jesús ostenta
Por divisa todo el sol,
Será escudo de su escudo
La rueda de tu esplendor,
Y del Jesús que la esmalta
Tú serás guardia de corps.
Sabrá estudiar en tus luces
Mucho exquisito primor,
Toda ciencia, que a ser ciencia
En tus aulas aprendió.
Tu Escuela, vanagloriosa
De tu amante dignación,
Te presenta el oro fino
De que ella misma es crisol.
Burla de mentida Palas,
Fabulosa inspiración,
Porque aun en traje de numen
La desagrada el error.
Cuantos dardos, cuantos tiros,
Cuanta flecha y cuanto arpón
Fulmine el arco a sus muros,
Serán juguete al valor.
Guarda deste paraíso,
Por querubín, te hace Dios,

Formando espada de fuego
De la llama de tu amor.
Vuelen plumas juveniles
Al aire de tu favor,
Siendo la más ardua cumbre
De sus vuelos diversión.

OTRA A LO MISMO.

Astro Gonzaga
De fuego que halaga,
Cuya pureza de terso cristal
Presta a las flores
Bellos candores,
Rayos al alba, y al sol claridad.
Tú, que algún día
Bebiste a María
Dulces influjos de amor inmortal,
Pronta y segura
Vida y dulzura
Deba a tu influjo del mundo el afán.
Blanca azucena,
Fragante y amena,
Hoy te apellida jardín celestial;
Bien que te dora
Divina aurora
De rayos finos el fondo galán.
De juveniles
Hermosos abriles,
Por hilos de oro tejida tu edad,
Rica es la tela

De que tu Escuela
Saca hoy un corte de gala triunfal.
Tu Escuela amada,
Por ti cultivada
Con los primores del arte de amar;
Noble modelo
Para su vuelo
Tiene en las alas de tu águila real.
De sus polluelos
Agudos desvelos,
Rayos flamantes al sol beberán,
Pues tu real ave
Dicta süave
Altas lecciones de amor perspicaz.
Sella glorioso
Su pecho animoso
Propio carácter de eterna verdad,
Siendo diamante
Fino y constante,
Donde el abismo quebranta lo audaz.
Mira que notes
Trofeos y dotes
Que hoy te presenta su afecto leal;
Que estas riquezas
Todas son piezas
De un mayorazgo de ingenio y piedad.
Calle la fama
Que al aire derrama
Tardos alientos de rudo metal,
Y al cielo cante
Tu honor triunfante
Culto el acento de trompa vivaz.

PASEO DE LA MASCARA

DISPUESTA así toda esta numerosa, festiva y triunfal pompa, salió por la puerta de la obra nueva del Colegio Real, entre las tres y las cuatro de la tarde, y encaminándose, con el orden expresado, por la calle de San Benito, plazuela de San Isidro, calle de Libreros y calle Nueva, entró en la plazuela que está delante del palacio episcopal. Allí pasó muestra en presencia del ilustrísimo señor obispo, que la miraba desde su balcón, y quedó tan gustoso que se dignó honrarla de nuevo con su visita y presencia en la plazuela de San Adrián, a lo último de la tarde. Ufana y más alegre con la bendición episcopal, volvió la máscara por entre la catedral y Universidad, subiendo por la calle que guía desde allí a la Rúa, por donde se fué extendiendo hasta que llegó el carro triunfal a los términos de la plazuela de San Isidro. Aquí hizo alto, mientras que

en un tablado que estaba prevenido se representó el diálogo y se ejecutó la danza de que después se hará mención. Continuó la marcha por la calle de la Rúa, de donde pasó a la plaza Mayor, y habiendo atravesado su espaciosa esfera, bajó después a la plazuela de San Julián, por cuyo ámbito se fué ostentando la *Mojiganga* con vigoroso movimiento para que la viesen muy a gusto desde su casa las señoras de Sancti-Spiritus. Estas nobilísimas señoras habían explicado sus vivos deseos de favorecer la festiva pompa con la atención y curiosidad de su vista, y no era fácil que hubiese libertad para rehusarlas este obsequio, y más cuando los primeros que entraban en la contextura de la máscara se habían de aprovechar tan bien en el advertido y delicado gusto de sus señorías. De la plazuela de San Julián volvió otra vez la comitiva a la plaza Mayor, donde hizo alto el tiempo necesario para que el numerosísimo pueblo que la esperaba con tablado dispuesto para el diálogo y la danza lograse uno y otro festejos y el de la música de instrumentos y voces que resonaba desde el trono del Santo.

Cumplida esta inexcusable estación, des-

filó la máscara, y, pasando por delante de la Lonja del Corregidor, entró por la espaciosa calle que conduce a la plazuela de San Adrián. En esta plazuela, y en sus balcones, la estaba esperando ansiosamente toda la primaria nobleza de señoras, títulos y caballeros de Salamanca, fuera de otra muchísima gente ganada de todos estados, que apenas dejaba sitio para el vulgo. Arribó a este paraje la máscara, y doblándose en torno del tablado que se había prevenido en el centro de la plazuela, dió lugar a que se repitiesen el diálogo, la danza y, muy de propósito, la acorde música de los instrumentos y la melodía sonora de los ángeles, que daban al carro triunfal regalías de cielo. El diálogo que se ha citado era un coloquio entre dos personajes que se llamaban Buen Gusto y Mal Gusto, cuyas insignias y figuras quedan ya expresadas arriba, cuando se pintó cada uno en su tropa o cuerpo correspondiente. Estos disputaban entre sí sobre cuál de los dos tenía más bien templado el paladar y mejores antojos o elecciones, haciendo siempre sus alegatos el Mal Gusto en estilo burlesco. El intento de quien trazó el diálogo fué dar ocasión a que la máscara

hiciese alto en algunos parajes y pudiesen contemplarla más que de paso los curiosos, y, juntamente, dar más variedad de sainetes a la *Mojiganga* para más colmado regocijo del pueblo. Con esta mira se procuró de industrializar que la poesía no fuese muy delicada, ni el chiste muy fino; pues, siendo principalmente en gracia del vulgo, convenía proporcionar los conceptos y voces a su alcance, y alcance pronto, sin pedir socorro a la reflexión.

Para representar estos papeles se previnieron tablados firmes y muy capaces, elevados del suelo como una vara o vara y media, en tres parajes, que fueron la plaza Mayor, la plazuela de San Isidro y la plazuela de San Adrián; y en cada uno de ellos se puso guardia de soldados para que el concurso de la gente no los hiciese inaccesibles. Al llegar, pues, la máscara a estos parajes, se iba formando en repetidos círculos en torno del tablado, dejando una entrada capaz para que pudiese acercarse el carro triunfal con su comitiva. Luego, el Buen Gusto y el Mal Gusto, destacándose de sus cuerpos, subían al tablado y representaban su diálogo, en cuya función la gracia singular del

que hacía el Mal Gusto se llevaba el aplauso y aclamación del auditorio todo entero; porque, sobre ser sujeto de su cosecha muy gracioso, aprovechaba todos los chistes del papel con una voz tan clara, sonora y corpulenta que, aun desde el centro de la plaza Mayor, se hacía oír por todo el ámbito distintamente. Y fué cosa rara el dominio que adquirió sobre sus oyentes, pues habiendo en la representación un paso en que mandaba a todos levantar el dedo, le obedecían sin libertad aun las personas forasteras y de distinción, que no entendían en qué estaba la gracia y chiste de aquel paso. A lo último del diálogo, el Buen Gusto, como por última prueba de que lo era, citaba al tablado a los ocho sujetos, cuatro damas y cuatro galanes, que, como se ha dicho, escoltaban al carro triunfal y representaban otros tantos blasones y prerrogativas de la casa Gonzaga. Estos, apeándose de sus caballos, subían prontamente al tablado, uno a uno, y decían sus nombres con el orden con que se los iba preguntando el Buen Gusto, al tiempo de subir. Las damas eran la Piedad, la Nobleza, la Grandeza, la Magnificencia; los galanes, el Poder, el Mérito, el Valor, el Honor.

Ejecutaban luego todos ocho, sobre el tablado mismo, al son de la música del carro triunfal, una danza de singular primor, con tanta destreza y con despejo tan airoso, que admiraba a los mirones más inteligentes, mientras que a otros embelesaba la lindeza y amenidad de las personas y lo precioso y lucido de las galas. Concluído el baile, se retiraban estos ocho sujetos al sitio y ministerio de antes. Y el Mal Gusto, que entre tanto se había puesto a dormir, preguntado qué le había parecido de aquellos primores, decía que no los juzgaba dignos de su atención, y para desquitarse hacía señal al carro de las Musas o charras, las cuales correspondían al instante con la algazara rústica de sus tonadas y panderos. El Buen Gusto, como no pudiendo sufrir tan grosera música, hacía señal de marchar, y al punto empezaba a desfilar la máscara, y, guardando el mismo orden que había traído, proseguía su jornada o paseo. Para los que no lograron hallarse presentes a estos sainetes se pone aquí el diálogo, que es lo único que se puede trasladar al papel sin desfigurarse, advirtiéndole que el Mal Gusto llevaba siempre en brazos el marranillo con mantillas y fajas.

DIALOGO

entre el Buen Gusto y el Mal Gusto, que se representó en la Mojiganga.

- M. G. ¡Ah del buen gusto!
- B. G. ¿Quién llama?
- Porque yo ese nombre tengo.
- M. G. No sea bachiller; que yo
No llamo sino a mí mismo.
- B. G. Pues ¿tú no eres el Mal Gusto,
Que, chabacano y grosero,
Todo lo ensucias?
- M. G. Hablando
Con el debido respeto,
Miente y remiente y tresmiente
Y tataramiente el necio.
- B. G. A lo menos, no te saben
Otro nombre los discretos.
- M. G. Sepan los discretos todos
Que son unos majaderos,
Que si me llaman Mal Gusto
El desdén y el sobrecejo,
El dengue, el melindre y otros
Avechuchos de este genio,

- Alego yo a mi favor
El voto de todo el pueblo.
- B. G. No es posible en Salamanca.
- M. G. ¿No? Pues los dos apostemos
A tener buena elección,
Y luego a votos iremos.
- B. G. Pues ¿qué quieres apostar?
- M. G. Va un pernil y va un cordero
Y una cántara de vino
En Tejares.
- B. G. ¡Bueno es eso
Para mi paladar culto!
Si apostaras un refresco
De dulces, de agua de fresas,
De chocolate bien hecho
Con polvos de soconusco,
En una sala, y congreso.
De gente culta, eso vaya;
Pero ¿a Tejares?
- M. G. Apelo
A los jueces que nos oyen.
De Tejares, caballeros,
De Tejares va la honra.
Toda mi tema está en esto,
Que una merienda en Tejares
Vale más que cien refrescos
De confites y agua fría.
Digan si tengo buen pleito
Aquí que nadie nos oye;
Aquí de los míos, recio:
¡Viva la honra de Tejares!;
Todos levanten el dedo.

- B. G. Por cierto en la apuesta misma
 Tu mal gusto has descubierta,
 Y así, en otras elecciones
 No dudo del vencimiento.
- M. G. Démonos, pues, de las astas,
 Señor culto, y empecemos
 Primero por los antojos
 Del paladar. Diga presto,
 ¿Qué se le antoja?
- B. G. A mí almíbar.
- M. G. A mí, pringue de torreznos.
- B. G. A mí, unos huevos hilados,
 Sutiles como cabellos.
- M. G. A mí, unas migas manchegas,
 Y de cebolla y de huevos
 Con tocino, una tortilla
 Tan grande como un sombrero.
- B. G. Yo gusto de coliflores
 De Ceilán.
- M. G. Pues yo, de berros.
- B. G. Yo, de pechugas del Fénix.
- M. G. Yo, de arroz y gallo muerto.
- B. G. Yo apetezco tamarindos.
- M. G. Yo, solomos apetezco.
- B. G. Yo, lenguas de ruisseñores.
- M. G. Yo callos y pies de puerco.
- B. G. Yo, guindas del paraíso.
- M. G. Yo, pepinos y pimientos
 en escabeche, y encima
 Aguardiente o vino nuevo.
 Digo, caballeros, ¿quién
 De los dos va más derecho?

- Vamos a otros gustos. Dime,
Si se ofrece un galanteo,
¿De qué dama gustarás?
B. G. De una ninfa toda cielo.
M. G. Yo me atengo a una mondonga
Que no gasta cumplimientos,
Y si me huele a morcillas,
Eso es otro tanto incienso.
¿Tú por qué tiempo naciste?
B. G. Por abril, el mes más bello
Que tiene la primavera.
M. G. Pues yo nací por antruejo;
Que hasta en el nacer hay gustos,
Unos malos, y otros buenos.
Mi madre murió de ahita,
Y me destetaron luego
Con salpicón y gazpacho
Y con requesón deshècho
En caldo de olla podrida,
Y adquirí desde aquel tiempo
Cierta gustillo en la lengua
Para entender en pucheros.
B. G. ¡Grosero has de ser en todo!
Yo por buen gusto no entiendo
Este gusto material
Que en los sentidos tenemos.
Buen gusto es un discreto
Paladar de entendimiento,
Que en las ideas distingue
El no sé qué de lo bueno.
El buen gusto es una cierta
Gracia de los pensamientos,

Sainete de la razón,
Saborete del ingenio,
Azúcar de los discursos,
Canela de los conceptos,
Sin cuya salsa siempre es
Enfadoso aun lo discreto.
En este sentido sólo
Ser el buen gusto pretendo.
Pues yo llevo que el buen gusto
No consiste en nada de eso.
Buen gusto es un discretivo
Paladar de cocineros,
Que en las cazuelas distingue
Un no sé qué de los cielos
Que hace que tras la comida
Se chupe un hombre los dedos.
Buen gusto es un cierto olfato
De los bebedores diestros,
Que aun por de fuera gradúa
Los méritos de un pellejo;
El que hace a cualquiera vino
Las pruebas en un momento
Diciendo si es de La Nava,
De Cañizal, de Alaejos,
Si nació en Sierra de Gata,
Si es natural del Acebo,
Si viene de buena cepa,
Quién son sus padres y abuelos,
Si es moro, si es bautizado,
Si es vino mozo, si es viejo,
Dando la fe del bautismo
Cómo quien la está leyendo.

M. G.

El buen gusto es una cierta
Gracia de los pasteleros,
Que da al guiso un no sé qué,
Un sainetillo travieso,
Un olor que hace cosquillas
En las narices de un muerto;
Olorcillo en que uno siente
Cierta atractivo hechicero,
Que, aunque tenga romadizo,
Le hace oler más que un podenco.
Este sí que es el buen gusto,
Y no esotros embelecocos
De sainetes discursivos,
Que dan tormento a los sesos.

B. G. Ya que palabras no bastan
Para sacarte de terco,
Puede ser te desengañe
La vista de los objetos:
Repara bien la armonía
De este solemne festejo,
Con que la Escuela Jesuíta
Hace ostensión a su nuevo
Protector, San Luis Gonzaga,
De las dotes y trofeos
Que la adornan y hacen digna
De un protector tan excelso.
Mira cuán en su lugar
Va lo jocosos y lo serio,
La proporción de los trajes,
Lo simbólico y discreto
De las divisas y motes,
Hallando en todo el contexto

Mucha diversión la vista,
 Mucho pasto el pensamiento.
 Este, pues, festín movable,
 Lucido, ingenioso, ameno,
 Todo es obra del buen gusto;
 Este soy, de éste me precio.
 M. G. Eso, poca fuerza me hace.
 Dime, en todo este paseo,
 ¿Hay solomos? ¿Hay mondongos?
 ¿Hay pasteles? ¿Hay buñuelos
 o cosa tal?

B. G. Eso no.
 M. G. Pues, amigo, según eso,
 No hay cosa que lleve el gato.
 Y, aun atendiendo al aseo
 De esta *Mojiganga*, yo
 Le he dado el ser, pues es cierto
 Que si no fuera por mí,
 Lo demás no vale un cuerno.
 Lo mejor que hay en la danza,
 De más gustillo y talento,
 Es esta joya, este (1) dije,
 Este narcisito bello,
 Cuya gracia y donosura
 Convida a darle mil besos.
 Ven acá, miramelindo,
 Graciosísimo muñeco,
 Si muerto pareces bien,
 Vivo, ¿por qué has de ser menos?
 Ven acá, mi alma, mi vida,

(1) Mostrando al marrano fajado.

Mi corazón, mis ojuelos;
Ven acá, perlita mía,
Que te haré yo más requiebros
Que un galán bobo a su dama
Y una madre a su chicuelo.
¡Qué carita tan de pascua!
¡Qué doradito el cabello!
¡Que boquita tan donosa!
¡Qué hociquito tan bien hecho,
Que está ofreciendo una higa
A la aurora y al lucero!
Rosa y nieve es tu semblante,
Y es ámbar puro tu aliento;
Tu orina es agua rosada,
Y es cada gota un destello
Del alba, y es todo algalia
La goma de tu trasero.
¡Miren qué gruñir tan dulce!
¡Y qué chillidos tan tiernos!
¡Qué quiebros de rui señor!
¡Qué gorjeos de jilguero!
A vista de esto, no dudo
Que confesarás tu yerro,
Y dirás que habiendo hallado
Mi elección tan digno empleo,
Quien me llamare Mal Gusto
No tiene el gusto bien puesto.
¡Rara manía es la tuya!
Sirva de último argumento
A mi favor una muestra
De los blasones excelsos
Que a la gran casa Gonzaga

B. G.

Visten de esplendor eterno.
 Estos, que en lucida tropa
 Hacen hoy digno cortejo
 Al joven héroe jesuíta
 Cuyo generoso vuelo
 Remontó su ínclita cuna
 Más allá del firmamento,
 Estos, por dirección mía,
 Como escuadrón de luceros,
 Escoltan su triunfal carro,
 Para más honor, vistiendo
 Preciosas, lucientes galas,
 Por que vea el mundo necio
 Que aun los humanos blasones,
 Cuando tributan obsequios
 A la santidad, ostentan
 Más brillantes lucimientos.
 Salgan, pues, a hacer alarde
 De su gala y su despejo.

(Las damas y los galanes, que acompañan el carro triunfal, van subiendo al tablado uno a uno, respondiendo al Buen Gusto con su nombre al tiempo de subir.)

B. G. ¿Quién eres, hermosa ninfa?
 PIEDAD. La Piedad, por cuyo medio
 Sabe la casa Gonzaga
 Emparentar con el cielo.

B. G. ¿Quién eres, gallardo joven?
 PODER. Soy el Poder, cuyo imperio,
 De Gonzaga en los dominios,
 Fundó presunción de reinos.

- B. G. ¿Quién eres, deidad brillante?
NOBLEZA. Soy la *Nobleza*, que elevo
 El solar de los Gonzagas
 Del sol al auge supremo.
- B. G. ¿Quién eres, bizarro Adonis?
MÉRITO. El *Mérito* soy, compendio
 de proezas y virtudes,
 Que en los Gonzagas me extiendo.
- B. G. ¿Quién eres, beldad augusta?
GRANDEZA. La *Grandeza* soy, que tengo
 Sitio, por ser de Gonzaga,
 En el banco de los cetros.
- B. G. ¿Quién eres, joven airoso?
VALOR. El *Valor*, por cuyo esfuerzo
 Sabén los héroes Gonzagas
 Tener a Marte a su sueldo.
- B. G. ¿Y tú, deidad ostentosa?
MAGNIFIC. La *Magnificencia*, esmero
 De los príncipes Gonzagas,
 Por serlo de ánimos regios.
- B. G. ¿Y tú, en fin, glorioso joven?
HONOR. Soy el *Honor*, que aun al eco
 Sólo del nombre Gonzaga,
 Inspiro al orbe respeto.
- M. G. Eso va largo; y yo todo
 Me estoy cayendo de sueño.
 Ya se me ha rasgado un palmo
 La boca a puros bostezos.
- B. G. Formad, pues, airosos lazos,
 Para que se observe en ellos
 Cuán bien se enlazan las glorias
 De los Gonzagas, tejiendo

Un tisú de eterno lustre
 Al Gonzaga hermoso, al bello
 Protector Luis, aun las mismas
 Que él honró con su desprecio.

(Dansen en el tablado los cuatro galanes y cuatro damas al son de los violines del carro triunfal (entre tanto el Mal Gusto está en postura de dormido), y acabando el baile, se retiran a su puesto, y prosigue el diálogo.)

B. G. ¿No te convenció esta hermosa
 Demostración?

M. G. ¿Qué ha sido eso?
 Yo no he entendido palabra,
 Porque me he estado durmiendo.

B. G. ¿Ni la música ni el baile
 Te despertó?

M. G. No, por cierto.
 Mas, si por ahí me la llevas,
 Aquí tengo yo panderos
 Y tonadas como Dios
 Las crió. Vaya a lo diestro,
 Musas mías, un tonillo
 tal, que cante de misterio.

(Cantan y tocan las charras del carro de las Musas.)

B. G. Vamos de aquí que ya no hay
 Paciencia para oír esto.

(Desfila la máscara y prosigue el paseo.)

Todos estos sainetes se ejecutaron con especial primor en la plazuela de San Adrián, en atención a la calidad del auditorio, que dió allí mismo singulares muestras de la satisfacción y del gusto con que había oído y contemplado todas las partes del festín. Era ya lo último de la tarde y el confín de la noche, y antes que se acabasen los crepúsculos desfiló la máscara, y dando la vuelta por la plaza dirigió la marcha por la calle del Prior y calle de San Benito al Colegio Real de la Compañía de Jesús. Aquí paró, y, deshecha la formación de sus cuerpos, todos los sujetos que la componían entraron al refresco abundante con que los aguardaban los Padres del Colegio, por muestra de su gratitud a tan laborioso y lucido obsequio. Y, a la verdad, este festín salió tan lucido y tan felizmente ejecutado, que pagó bien en lucimiento y en aplausos el trabajo y afán que había costado el disponer y encuadernar tantos y tan varios papeles. No tuvo tiempo la máscara para pasear todos los barrios y calles de la ciudad, ni todas eran capaces de dar entrada a su aparato; pero, no obstante, toda la ciudad la vió y la logró, sin excepción de calles ni de barrios, porque toda acu-

dió a los parajes donde se ejecutó el paseo, con sus estaciones. Más se puede decir que la ciudad se paseó en la máscara que no la máscara en la ciudad, pues era tanto el séquito y acompañamiento de gente que se movía al paso de la pompa, que no parecía sino que la ciudad toda, como hechizada de la curiosidad y del gusto, se había hecho trofeo movable y voluntario de este alegre triunfo. En el tejido armonioso de toda la máscara hubo muchísimo que reparar y nada que enmendar. La hermosura, la bizarría, la gala, el aseo, la magnificencia de los papeles serios, no permitían que la atención y la vista se divirtiesen, y, con todo eso, eran de suma diversión. Por otra parte, la propiedad de las figuras burlescas, con trajes y ademanes tan placenteros, llamaba hacia sí todo el golpe de la curiosidad y observación, con el golpe que ella misma daba. Muchos eran los papeles jocosos, mas ninguno era papel de bobo, pues todos fueron muy reparados y advertidos. Y no faltó advertencia para lo demás, porque las divisas, las letras o epígrafes, el diálogo, la danza, la música de instrumentos y voces, todo, en fin, se notó y aplaudió como un *todo* de discreción, de

gracia, de festividad, de primor. Muchos elogios se dijeron en prosa y en verso con el calor de la función. Y sólo he podido quedarme con los conceptos de dos mirones que se preciaban de curiosos y tenían su emulación entre sí, en punto de versos. El uno puso su pensamiento en esta

D É C I M A :

Aunque hay mucho que notar,
La nota aquí no es censura,
Y es ridícula figura
Quien halla qué censurar.
Aquí no tienen lugar
Cavilaciones ingratas;
Sólo hay impresiones gratas
De un cuaderno de papeles
Con caracteres tan fieles,
Que no admiten fe de erratas.

El otro, al oír esto, dijo que eso de décimas era su comidilla, y diciendo y haciendo, dió a luz su concepto en esta otra

D É C I M A :

Va en este acompañamiento
Sin disimulo el primor,

Sin disfraz el buen humor,
Sin máscara el lucimiento.
Lo demás es un portento
Del buen gusto y discreción,
Pues con tan rara sazón
La *Mojiganga* se guisa,
Que, siendo una pura risa,
Es todo una admiración.

Lo que se alzó, y no sin razón, con lo mejor de los aplausos, fué el carro triunfal, que por su contenido, por su forma, por su adorno, por su aparato y por su tren majestuoso iba brindando al oído, a la vista, al entendimiento, mil delicias, mil curiosidades, mil primores. Uno amagó a compararle con el carro del sol, aplicándole la pinturilla de Ovidio: *Aureus axit erat, temo aureus, aurea summæ—Curvatura rotæ, et-cétera*. Pero otro le atajó con desprecio, diciendo que el carro de Febo era carreta o chirrión, cotejado con esta bella máquina; que a las canciones latinas de Ovidio se había de responder con aquel refrán castellano: *Lo que había de cantar el carro canta la carreta*; que este carro tenía visos de mejor luz, así por su propio lustre y esplendor como por ser carroza de otro sol mucho más

sublime y celestial; que el decantado Febo aún no había tenido valor para sustentar un tiro de seis caballos, o porque su carro no merecía tanto, o por no gastar en cebada su joyería de piropos crisólitos; que su Piroente, su Eoo, su Etonte y su Flegonte parecían cuatro villanos rocinantes, comparados con uno solo de los seis generosísimos caballos del señor don Vicente Zapata Calatayud, y se convertirían, de astríferos, en astrosos.

Dije *del señor don Vicente Zapata Calatayud*, y quedó trémula la pluma con el respeto y reverencia que se debe a tan ínclito nombre. Este gran caballero, que, no contento con los esplendores de su elevada cuna (es la de los señores condes del Real, en el reino de Valencia), ni con la brillantez de sus innatas nobilísimas prendas, se fabricó otra más propia nobleza con su valor y heroicos hechos personales, que, alistado en la sagrada, religiosa, invicta, esclarecida, caballerosa milicia de San Juan, supo llenar las medidas al nombre de *Vicente* con las menugas de berberiscas y otomanas luchas, lu-ciendo a costa de sus eclipses; que Baylío, comendador de Alfama y capitán antes de

las galeras de Malta, tiene gloriosos testimonios de su valor y mérito en la defensa del nombre cristiano; este gran caballero, vuelvo a decir, se hallaba en Salamanca al tiempo de las fiestas, con su sobrina mi señora la marquesa de Coquilla. Y como el tocar a fiestas de santos, y santos jesuítas, es tocarle en lo vivo de su piedad, y a su nobilísimo genio es tocarle a finezas y a demostraciones garbosas, se dió por entendido para ejecutarlas con toda magnificencia y esplendor. Y así, por las noches, al sonar el repique de las campanas del Colegio Real, hacía vestir y coronar su palacio con iluminaciones de nueva invención y de singular gusto, las cuales se prevenían en tanta copia que sobraba número para extender luminosas filas por la dilatada calle de Zamora, donde está el palacio de Coquilla. En ellas lucía no sólo la llama, sino el ingenio, describiendo ingeniosos tercetos, muy del asunto de las fiestas, que servían de iluminar entendimientos. Hacía también iluminar el aire con nuevos y curiosos artificios de fuego. Y luego que supo la idea de la máscara ofreció para el carro triunfal el tiro hermoso de seis caballos que servían al coche de su se-

ñoría, y son los que arriba quedan delineados. Y, para demostración de fineza, tomó a su cuidado adornar caballos y cocheros a toda costa. A los cocheros mandó hacer libreas nuevas, con insignias, divisas y adornos simbólicos que no podían servir más que para esta función. A los caballos mandó platear los cascos de pies y manos; y no es menester decir más, pues quien desestimaba tanto la plata que la ponía a los pies de los caballos, claro está que no perdonaría gasto alguno para sacarlos en lo restante con los más ricos y lustrosos arreos. Con efecto, el equipaje espléndido de caballos y aurigas, fué de lo más vistoso de la máscara, y confesaré siempre la gratitud que el bizarrísimo garbo del señor don Vicente tuvo gran parte en lo ostentoso de este festivo triunfo.

En suma, el intento de recrear el pueblo y llenarle de mucho inocente regocijo, en gloria del nuevo protector San Luis Gonzaga, se logró este día con felicidad y abundancia. Y fué opinión común de los que conservaron serenidad para reflexiones que jamás el pueblo de Salamanca se había visto más alegre ni más sensiblemente poseído y arrebatado de gozo. Dígase, pues, que

tuvo razón el que compuso, con este motivo, el siguiente elogio:

CANCIÓN LÍRICA

¿Qué signos disfrazados
 Desprende el cielo en máscara brillante,
 Que entran disimulados
 En la pompa triunfal? Mas si el semblante
 Muestra el astro Gonzaga a nuestro suelo,
 Aquí va a cara descubierta el cielo.

Mucho joven bizarro
 Va desplegando gala y gentileza,
 Mientras que al triunfal carro,
 Como galeón de celestial riqueza,
 Disfrazándose en traje de bridones,
 Mueven tres pares de cueros o aquilones.

Seis brutos generosos,
 Cuyo pecho es volcán, llama es su aliento,
 Protestan con airosos
 Ademanes que son hijos del viento
 Por los violentos ímpetus del alma,
 Y, por lo dócil, hijos de la calma.

En vistosas figuras,
 De la máscara el cuerpo repartido,
 A gracias y hermosuras
 Entero el corazón, pero partido,
 Se lleva; y en dulcísimos destrozos
 La admiración va dividiendo a trozos.

Desatado en torrentes
 Inunda el alborozo a Salamanca,

Creciendo sus corrientes,
Aun cuando en todo corazón se estanca;
Plazas, calles, balcones, a porfía,
Nadando están en golfos de alegría.

De triunfo tan augusto
Dure inmortal la brillantez, la gloria,
Eternizando el gusto
En lámina obstinada la memoria,
Y el clarín de la fama, vagabundo,
Su honor intine al ámbito del mundo.

DIA 17 DE JULIO, ULTIMO DE LAS
FIESTAS

NO vienen a pelo ni al caso los fastos de la Roma gentílica que celebraba este día el solemne triunfo que, de vuelta de España, consiguió el procónsul C. Domicio Calvino. Un triunfo que, en el apellido de su héroe, trae sobreescrita la vejez, no merece conmemoración en un día en que coronó los suyos de alegrías y de aplausos la juventud triunfante. Apellido que se deriva de aquellos páramos del cerebro donde no nacen sino apodos y pueden pasar por montes de Gelboé, esterilizados con la imprecación de David, es apellido desdoblado de toda amenidad, y tiene un sonido de tristeza que no hace música con regocijos juveniles. De esa opinión era el autor de aquel añejo dístico:

*Triste pecus mutilum, tristis sine gramine campus.
Et sine fronde frutex, & sine crine caput.*

Y no lo desmintió Petronio, cuando contempló caído en los cabellos todo lo hermoso y alegre de la primavera del hombre:

*Quod solum formae decus est, cecidere capilli;
Vernantesque comas tristis abegit hyems.*

Quédense ambos dísticos en latín por respeto a las calvas; que, aunque no sean de aspecto florido y risueño, suelen ser bruñidas coberteras de sesos venerables y rizar, en lugar de cabellos, consejos y documentos canos.

Más oportuna circunstancia nos ofrece la Roma cristiana, que celebra el triunfo de San Generoso y Santa Generosa el día 17 de julio. Con eso se hallaba ya este día en posesión de ver lucir a lo santo y a lo celeste la nobleza y generosidad nativa, y pudo mirar sin extrañeza, aunque no sin novedad y admiración, los festivos obsequios de un Gonzaga generosísimo y santísimo, y en ellos bien empleada la gallardía y lucimiento de unos jóvenes a todas luces generosos; jóvenes que miran la generosidad como paisana, porque la miran como natural del reino de Navarra, y aun por eso, noblemente

apasionados por ella, la meten en su corazón y en sus venas. Nadie ignora que el reino de Navarra compensa bien lo conçiso de su extensión y cantidad con lo intenso de sus cualidades eminentes, y lo sucinto de sus términos con lo difuso de sus glorias. En la breve esfera de su terreno se ciñen glorias de ámbito inmenso, o no se ciñen, sino salen a hacerse lugar en todo el orbe y a dilatarse por todos los espacios de la fama. Y de cierto, no hay carrera que guíe al templo del honor, sea mística, literaria, marcial, política o de otra línea, que no esté esmaltada de las huellas de sus naturales y enriquecida de sus trofeos. Por eso se me figuran dirigidos a la pequeñez del reino de Navarra aquellos versos de Manilo (1):

*Me contemme tuas quasi parvo in corpore vires.
 Quod valet, immensum est. Sic auri pondera parvi
 Exuperant pretio numerosos aeris acervos.
 Sic Adamas, punctum lapidis, pretiosior auro est.
 Parvula sic totum pervisit pupula Coelum.
 Sic animi sedes, tenui sub corde locata,
 Per totum augusto regnat de limite corpus.
 Materiae ne quaere modum; sed perspice vires,
 Quas ratio, non pondus habet.*

(1) Manil. Astronom. Lib. 4.

Cuyo sentido, para las curiosidades romancistas, se explica en este

MADRIGAL :

No tu incauto desprecio,
Cual geómetra infiel, tomar presuma
Por tu cuerpo a tus fuerzas la medida.
Inmensidad de precio,
Grandeza desmedida,
Dilatación sin términos en suma,
Quilates mil cifrando en peso leve,
Sabe el valor ceñir a bulto breve.
Así, de oro abreviado la fineza
Puede más, que del bronce la grandeza,
Venciendo generosa
De otros metales turba numerosa.
Así al oro el diamante
Vence, y no es más que un átomo brillante.
Así, de nuestra vista orbe sucinto
Desde un breve recinto,
A un rápido desvelo,
Domina todo el ámbito del cielo.
Así, todo el vigor del alma esconde
Trono conciso el corazón, de donde
Vital se esparce influjo soberano
Por toda la región del cuerpo humano,
No es medida segura
Del cuerpo la estatura,
Cuando robusta, libre, dominante,
La razón muestra fuerzas de gigante.

En suma, se puede decir sin adulación, dejando su derecho salvo a otras naciones, que Navarra parece el domicilio de la piedad, el país del ingenio, la patria del valor y el suelo nativo de la generosidad. Y estas prendas se anticipan a florecer hermosamente en la juventud de sus naturales, siendo comúnmente los jóvenes navarros dóciles a lo bueno, advertidos, agudos, espirituosos, intrépidos, ágiles, garbosos y de una grande propensión genial a cultivarse en todas las habilidades que pueden servir de adorno y gala a una edad florida. Así, fuera de la cultura literaria, suelen esmaltarse en la destreza de voz y de manos para la música, en la de pies para la danza de artificio y primor, y en otras semejantes, sin excluir el arte de burlar serenamente los ciegos ímpetus de un toro irritado. Esta habilidad se halla tal vez aun en los jóvenes de distinción por su nobleza, o ya sea por humor juvenil y por el gusto de divertirse y divertir a otros con aplauso en ocasiones oportunas, en que, sin resabio de profesión servil, parezca bien una prueba de valor y destreza, o ya porque todo ejercicio decente que pide corazón, presencia de ánimo, agi-

lidad y presteza es muy del genio de la nación navarra, o ya también por prevención para ciertos encuentros improvisos, en que la irracional cólera de un bruto suele precisar aun a los más nobles y puntosos a indemnizarse con la fuga; y esto de huir, aunque sea por excusar debates con una fiera, no dice bien con el humor de los navarros. A lo menos el arte de torear a pie puede servir en lances en que no hay otro medio de evitar un riesgo; con que tienen las utilidades del saber nadar, o las del saber cochar y herrar un caballo, de que se precian muchos nobles, quitando a estas artes lo mecánico con el motivo y modo de ejercitarlas.

De este carácter y cultivo que dejo expresado eran los jóvenes navarros cursantes en la Universidad de Salamanca que se hallaban en ella a tiempo de las fiestas jesuíticas. Y viendo tan bella ocasión de lucir sus prendas y habilidades, con aceptación no menos grata de tejas arriba que de tejas abajo, con lisonja del cielo y con aplauso de la tierra, y también de hacer oportuno obsequio a la Compañía de Jesús, acreedora siempre a las finezas de esta nación gloriosa y siempre bien

pagada, sin soltar por eso la inestimable prenda de un Javier; con ocasión tan bella, digo, conspiró la juventud académica de la nación navarra a dar a las fiestas lucimiento, gracia y sainete de mil modos, echando el resto de su bizarría, ingenio y destreza. Como el tal resto era precioso y mucho, parecía mucho aventurar; pero todo salió bienaventurado. Procesoión, músicas, danzas, representaciones, máscara, lances fueron en que estos gallardos jóvenes sacaron a público tablero su garbo, su destreza y su gala; pero salieron tan felizmente gananciosos, que dieron de barato a los mirones un placer que no se paga con dinero. De estas funciones, en que tuvieron por compañeros a otros jóvenes igualmente garbosos, de otros países, ya se ha hecho mención. Ahora resta referir la más festiva y aplaudida de todas, que se reservó para este día último, y cuya idea y ejecución, en lo principal, fué únicamente de estudiantes navarros, aunque para vestirla de varias festivas circunstancias, concurren también estudiantes de la ínclita nación de Vizcaya. Esta función fué una corrida de toros con nombre de novillos, o una corrida de novillos consultados ya para toros,

ideada con circunstancias de especial novedad para Salamanca, pues había de tener para la vista toda diversión de comedia con papeles de damas y de galanes, con danzas primorosas y con disfraces de botón gordo.

Inventaron y resolvieron la especie los estudiante navarros por sí solos, y antes de dar noticia a los Padres jesuítas del Colegio Real ya tenían pedida la plaza Mayor, con la formalidad de enviar diputados que la pidieran a la ciudad en nombre de la nación, y ya la nueva idea se había esparcido por el pueblo, consentidos todos en tener un gran día, y esperándole con ansiosa impaciencia. Los jesuítas, luego que entendieron todo esto, dudaron si debían embarazar la ejecución. Advertían, por una parte, que la ufanía juvenil no siempre se mueve con beneplácito de la cordura, y que suele tener su colusión con la temeridad, haciendo la vista gorda a los peligros cuanto delgada para las invenciones de bizarrear. Por otra parte, se ofrecía no poca dureza en desandar lo andado, dejando como desairado o deslucido el empeño obsequioso de tan nobles y bizarros jóvenes, y al mismo tiempo sensiblemente dolorida y lastimada la expectación

de toda la ciudad. Para resolverse en esta duda se informaron con prolija exacción de lo que podía fiarse a la destreza de los actores en este festín tauricómico, y hallaron que, realmente, se podía fiar no menos que a los más diestros de esta profesión, siendo fiadoras muchas experiencias en que la felicidad de las suertes se había reconocido deudora, no a la ciega casualidad de la suerte, sino visiblemente al arte y al valor. Supieron de cierto que entre los estudiantes navarros se hallaba a la sazón en Salamanca competente número de sujetos que en varias ocasiones, así en Castilla como en Navarra, habían sabido jugar con la fiereza de lunados brutos, no sólo sin mengua del lucimiento, sino con singular dominio, y, lo que parecía más inmediato y decisivo, que habían acreditado ya su destreza en otras funciones semejantes en todo a lo que ahora se ideaba. Con esto quedaba el peligro en términos de remoto, a que también condujo la circunstancia de ser de novillos la fiesta, o de toros que no hubiesen todavía olvidado la bravura ingenua y fiereza lisa de novillos, sin haberse metido a marrajos ni haber aprendido aquella maligna madurez

que tiene más torcidas las intenciones que las astas. Por esos motivos pareció que, sin queja de la prudencia, se podía condescender con la bizarría de tan generosos jóvenes y con el apetito y ansia del vulgo y no vulgo, no siendo impropios estos medios de regocijar al pueblo para el intento de dejarle más impresa la memoria grata de las fiestas, y con ella la de los nuevos Santos. Mas lo que no pareció justo fué el permitir a los estudiantes que buscasen a expensas propias los novillos, como lo tenía resuelto su bizarría. En esto no tuvieron que deliberar los jesuítas, ni para agradecer ni para no aceptar, pues en tal asunto bastaba a los autores el ademán, o amago tan resuelto, para torear a la mezquindad, quedando airoso y sacando el caballo limpio el pundonor; y, por otra parte, tenía también derecho el Colegio Real a salir con aire de este empeño y a que sus novillos no quedasen en esta ocasión mucho más corridos por no salir a plaza ni probar suerte alguna. Así dió providencia el Colegio para que a su costa se aprontasen doce bravísimos novillos, todos de cuatro años o cerca, y todos condenados a muerte, por ser punto de honra en la plaza de Sa-

lamanca no admitir inferior número de estas fieras ni consentir que alguna de ellas pise su arena sin castigar con sentencia de muerte su soberbia y orgullo.

Llegó, pues, el jueves 17 de julio, destinado para la fiesta. Jueves, digo, para que lo oiga Júpiter, padrino de los jueves, según el libro de días bautizados que se guarda entre los mamotretos del etnicismo. Para que lo oiga Júpiter, vuelvo a decir, y ceda la protección de este día a otro Protector más celeste, a San Luis Gonzaga, y también para que, degradando de los honores del Zodíaco, aquel mentido toro que le sirvió de máscara y disfraz en el robo de Europa, ponga en su lugar los toros que este día robaron toda la atención de Salamanca, pues todos realmente fueron tan lucidos, que se pudiera formar de los doce un Zodíaco entero, con sus doce signos, si en los cielos de antaño hubiera fábulas hogaño, y, finalmente, para que degrade de copero suyo al garzón de Ida y, mirando con más castos ojos la juventud que amenizó la plaza, pida de refresco, por su mano, usando del cumplimiento de Nason:

*Nectar, & ambrosiam, latices, epulasque Deorum,
Det mihi formosa grata Juventa manu.*

Por la mañana se ejecutó el encierro con feliz presteza y a vista del inmenso concurso de gente, que atestiguó haber visto volar por la calle de Zamora un impetuoso torbellino de fieras, y después, a guisa de remolino, girar en círculo por la plaza hasta encerrarse en el toril. Llenáronse todos de sobresalto y de pavor, pero pavor y sobresalto delicioso, diciendo con el otro poeta: *Nostra est timor iste voluptas*. Desde luego, se conoció lo que después, al pasar muestra cada toro, repitió la voz pública y uniforme del pueblo, que en la plaza de Salamanca no había entrado ganado más bravo, más colérico ni más feroz. Y es muchísima ponderación, pues no hay plaza en España (en otros países, dicho se está) donde se vea la bravura y ferocidad de los toros más en su punto, o más en sus puntas. Cada novillo parecía un Etna movible o volátil, y, según decía un astrólogo, con el vaho de su respiración se adelantaron este año las caniculares en Salamanca por algunos días. Otro,preciado de fabulista, comparó estos novi-

llos a aquellos toros encantados que guardaban en Colcos el vellocino de oro, y les aplicó la descripción de Ovidio (1):

*Pectora sic intus clausas volventia flammæ,
Aeripedes Tauri, rabidaeque vaporibus iræ
Ardent: utque solent pleni resonare camini
Aut ubi terrena silices fornace soluti
Concipiunt ignem liquidarum aspergine aquarum;
Ecce adamantæis Vulcanum naribus efflant
Gutturaque usta sonant.*

Y luego, para que lo entendiesen los circunstantes, explicó el sentido de la inscripción con llaneza poética en estos versos castellanos:

La de fieras colérica bandada,
Nube de monjivelos desatada,
Prontos en frente y uñas sus aceros,
Hela, hela cuál viene echando fieros.
Arden los toros, y por boca y ojos
Queman con el vapor de sus enojos:
Tanto vulcano arrojan sus narices,
Que puede asar capones y perdices:
Cada pecho es un horno
Que todo el aire llena de bochorno,

(1) Lib. 7. Metamorph.

Y a vista de la muerte, más se aviva,
Cual suele con el agua la cal viva.
Revuélcense en el buche ondas de llama,
Y a los gznates un volcán inflama.

Para muestra de paño, o para estrenar la arena, como es uso y costumbre, se corrieron por la mañana cuatro novillos, a discreción del pueblo, o no, sino a discreción de los bisoños que en estas ocasiones quieren aprender a torear, fiados en la bulla y muchedumbre de gente que ocupa el plano de la plaza, como si el toro no supiera pescarlos a río revuelto, o como si hubiera de estar más accesible y más afable con el cortejo y séquito de tanto vulgo. Con efecto, suelen los toros, en estos lances, dejar bien qué rascar a los que muestran prurito y comezón de lucir. Y en la ocasión presente, los cuatro novillos se ostentaron tan imperturbables y feroces, que hubieran llenado la plaza de escarmientos si los santos no los tuvieran de su mano. Especialmente dos de color blanco fueron con toda propiedad monjuelos vivientes, mostrando nieve por de fuera, cuando encendían volcanes por de dentro. Para matarlos fué necesario recurrir

a las fuerzas y ardidés auxiliares de los dogos, pues de otra suerte no murieran o no se apagarán en todo el año. No obstante, parece que, en obsequio de los santos, traían propósito de no pecar mucho; y así se abstuvieron de golpes mortales, contentándose con amagos, con sustos, con jirones de capas y con rasguños veniales que se curaron con telarañas. De esto hubo abundancia, con chasco de unos y risa de otros, y con diversión gustosísima de todo el teatro, que celebró los ligeros aceros de los entremetidos y la singular inocuidad de los novillos, junta con tanta bizarría y bravura. Esto aumentó la expectación de la tarde, y entre tanto se retiró la gente a comer, excepto un poeta, que, no teniendo puchero ni cuartos para acudir a la pastelería, por ocupar el tiempo se entretuvo en componer y cantar al son de una guitarra las siguientes

COPLAS DE GAITA GALLEGA

Los toros mozos en sus travesuras,
Como lunáticos hacen locuras,
Y como entre ellos no hay toro maestro,
Echan montantes a diestro y siniestro.

A un aguador, que metido a danzante
Quiso bailar el agua delante,
Súpole un toro tocar la corneta,
Y le hizo dar una breve volteta.

Fué bueno el lance de un zapaterillo
Que el cordobán le ha zurrado un novillo:
Hízole el miedo caer de cogote,
Y le sacó provisión de cerote.

Ibase un sastre en su capa metido,
Porque llevaba el calzón descosido;
Vino a traición una aguja encorvada,
Y al descosido le dió una puntada.

Un estudiante de vana cabeza
Dice al novillo no sé qué agudeza;
Y él, con tener el ingenio de bruto,
Plántale un fuerte argumento cornuto.

Quiso mostrar bizarrías un guapo,
Y hecho jirones huyó a todo trapo;
El era mozo de señas y nota,
Pero el pobrete paró en caparrota.

Salen los dogos y tíranse al blanco,
Y él, que de sienes a fe no era manco,
Supo arrojar la canalla perruna
Desde sus cuernos a los de la luna.

Mueren, en fin, y no en fuerza de suerte;
Que no eran toros de tan mala muerte.
A los santicos un fiel sacrificio
Quiéren hacer, y se mueren de oficio.

Por la tarde se dispusieron los estudiantes
navarros para salir a ejecutar su función.

Para eso trazaron, unidos con los esudiantes vizcaínos, una máscara, o mojíganga numerosa y festiva en que, fuera de los que iban vestidos de damas, de galanes y de volantes, había otros varios disfraces de gran propiedad en lo ridículo: todo sin más designio que el de conciliar la atención y la risa (que esta vez, sin degenerar en irrisión, paró en aplauso) con lo nuevo y lo irregular de las figuras y los trajes. Uno iba en figura del famosísimo Don Quijote de la Mancha, haciendo tan ridícula la profesión de caballero andante, que parece que le había vestido y armado caballero el mismo Cervantes por su mano. Otro, que hacía el papel de Sancho Panza, mostraba en su traje y ademán todo el humor entremesado que gasta en su historia aquel graciosísimo escudero. Otro representaba la gran princesa, honor de las charras y envidia de los nigromantes, Doña Dulcinea del Toboso, y la representaba en hábito de viuda, sin más razón que el despropósito, que en estos asuntos es la mayor oportunidad. Otro iba haciendo el papel de un astrólogo estrafalario, con insignias y atavíos correspondientes, y dando a entender con su figura lo risible de las

que levantan los astrólogos, y al mismo fin llevaba un compás con que iba tomando medidas, en lugar de esfera, a una pintura de periferia humana, hemisferio cíclope o semiglobo monóculo, que, removiéndolo por ser pintado, hacía reír como vivo; con este aspecto parecía caminar como extático, y, no obstante, presumía ir muy sobre sí, porque iba sobre un burro lerdo. Otro hacía oficio de organista, sirviéndole de órgano una celosía en que iban atados muchos gatos, cuyos pies y manos servían de teclas, y éstas las tocaba el organista con unos palillos armados de alfileres; con esto, al herir de las teclas, se daban por entendidos los gatos, maullando lastimeramente y remedando mal la música del órgano, aunque la remedaban muy al vivo; la música era tan apacible para el gusto como disonante para el oído, y el eco de ella era el sonido de las carcajadas. Otro remedaba en el vestido, en el gesto y en los ademanes a un loco llamado Diego, muy conocido en Salamanca, pero muy inocuo, y por eso libre y obvio por las calles; y fué con tal propiedad el remedo, que en la opinión de muchísimos, o de los más, pasó por identidad la imitación, y has-

ta el mismo loco original, encontrando en la calle de la Rúa ésta su figura, se sorprendió de verse bilocado; y aunque amagó a tirar una piedra a su fantasma, lo suspendió, por no herirse a sí propio. Otro, de cuerpo muy pequeño, epítome de hombre y abreviatura de persona, quería representar a Ganimedes, y a lo menos le simbolizaba bien en el que llevaba traje de volante y también en su poco bulto, que pudiera volar, como el original, en las uñas de un águila o, como pigmeo, en las de una grulla. Sólo no se parecía a Ganimedes en que echaba a Júpiter malparciendo, y daba en rostro a la ligereza de su águila con la sorna de un burro, en que iba caballero. Este mismo era como escudero de los toreadores, y así llevaba en las manos una fuente de plata con mucho número de banderillas muy pintadas, que habían de tremolarse en el toreo. Por último (para omitir otras figuras), cerraba la máscara un carro triunfal, el mismo que había servido en la *Mojiganga* del día antecedente, sin que la circunstancia de haberse visto ya otra vez rebajase parte alguna del gusto y novedad con que se admiró su arquitectura y su adorno, como también el orgullo hermoso y dó-

cil de los caballos. En la balconada de sus bordes iban los músicos, disfrazando las caras, pero no la armonía y destreza. En las primeras gradas iban muy de galanes ocho estudiantes, que habían de danzar en el tablado de la plaza, y en las gradas últimas, otros tres muy de damas, que habían de torear en el estrado, para que desde luego se barajasen las suertes y se dislocasen los oficios, como lo lleva el genio caprichoso de una *Mojiganga*. Con este festivo y gracioso tren fué marchando la comitiva juvenil desde el sitio de la Universidad hasta la plaza, derramando alegrías pródigamente por las calles, hasta salpicar las ventanas más altas, aunque no pudo lograr mucho auditorio en su tránsito, porque ya entonces estaba sincopada al ámbito de la plaza toda la población de la ciudad, excepto las pocas personas que o no habían hallado sitio o habían cedido a algún otro embarazo insuperable. Pareció a algunos esta marcha como la primera jornada de la comedia táurica o toreo cómico que se iba a representar en la plaza. Otros decían que no era sino el entremés, que se anticipaba a la comedia, contra el uso. Otros, que no era sino la loa, y no

decían mal, pues fué una pura loa el principio, el medio y el fin de la función. Otro, que se reía a carcajada suelta, con ser de genio austenio y de complexión muy adusta, quiso componer estas dos últimas opiniones, y al entrar por la calle de la Rúa la *Mojiganga* la saludó con esta

DÉCIMA:

Sin aguardar a después,
Vuestra gracia y gentileza
Nos ofrece en una pieza
La loa y el entremés.
Risueños os damos, pues,
Alabanzas verdaderas;
Que a las musas más austeras,
La *Mojiganga* precisa
A miraros muy de risa
Y alabaros muy de veras.

Continuó la marcha hasta llegar a la entrada de la plaza que mira a la Lonja del Corregidor. Allí hizo alto mientras volvían dos enviados que, vestidos de volantes, con espada y rodela, se adelantaron a pedir licencia a la ciudad, representada en sus capitulares, que ocupaban ya su balcón destinado

para estos espectáculos, con su corregidor, el señor intendente. Todo lo restante del dilatado ámbito de la plaza estaba ya muy de antemano hecho una piña de gente de todas esferas. No se sabe cómo pudo la plaza abrazar este día tanto número de personas no teniendo brazos de mar. Al apetito de ver fiestas de toros, que en el pueblo de Salamanca siempre es hambre, por más abundancia que logre, se juntaban ahora las ganas y la expectación extraordinaria que había excitado la curiosidad por el carácter de los toreadores, por el disfraz de damas con su estrado y todo y por los sainetes que se habían de añadir al toreo. En fuerza de eso, aun las personas que, o por fastidio o por humor o por dictamen no suelen ver fiestas de toros ordinarias, esta vez se dieron por obligadas a interrumpir su estilo, so pena de pasar por genios de mal gusto sin excusa. Así concurrió tan desusado tropel de gente, que formó del recinto de la plaza un océano con tantos estrechos como asientos. No hubo relajación alguna aquel día, porque estuvieron muy ajustados todos los mirones, y nadie vivió a sus anchuras. Todos estuvieron muy alegres, pero ninguno

holgado; y se puede decir con verdad que los novillos, sin hacer mal a nadie ni aun ponerle en peligro, pusieron a todos en grandísimo aprieto.

Obtenida la licencia de la ciudad para que entrase la máscara, volvieron con ella los dos volantes, corriendo o rodando, pues al atravesar la plaza, dieron muchas vueltas valencianas con singular ligereza y primor, publicando a saltos su placer y mostrando que venía la licencia como rodada. Hecho este cumplido, entró la máscara con todo su aparato festivo muy bien ordenado y, precedida de clarín y cajas, éstas también de mojiganga, dió media vuelta a la plaza por el lado izquierdo, dando con la variedad bella y graciosa de sus figuras un espectáculo sumamente agradable a todo el concurso, hasta que, formando un semicírculo, se acercó a un tablado que estaba prevenido en medio de la plaza. Allí paró el carro triunfal, y los músicos desde él, encarando con el balcón de la ciudad, tocaron una armoniosa ópera que fuera bien oída aunque durara mucho más, no obstante la impaciencia con que la gente esperaba los novillos. Luego se levantaron en pie las damas y galanes que ocupaban el

carro, y haciendo a la ciudad una profunda reverencia, se retiraron las damas al estrado, que estaba dispuesto al pie del tablado céntrico, con alfombras y almohadas de felpa, y los galanes al tablado mismo. Aquí ejecutaron inmediatamente estos ocho galanes una de las más primorosas danzas de la moda al son de los violines que desde el carro triunfal tocaban entre tanto los músicos. La melodía de los instrumentos fué muy de oír; todo lo demás, muy de ver y admirar. La gala en los vestidos, la gentileza de los talles, el despejo airoso de los brazos, la ligereza inquieta, pero reglada, de los pies, la singular, uniforme, prontísima destreza de los compases, de los lazos, de las vueltas, de los saltos, y, en fin, el especial gustillo de la danza en su artificio y contextura, todo fué un conjunto de atractivos vehementes para el gusto y la admiración de aquel concurso innumerable. Prueba real de su eficacia, que mientras duró este sarao, y duró largo rato, hizo dormir la ansiosa expectación de los toros, llamando hacia sí todo el desvelo de las almas. Y muchos decían que aunque no hubiera otro espectáculo, sólo por éste se podía dar por bien empleado el gas-

to y trabajo de buscar asientos y de acudir a tan público teatro. La aprobación universal se explicó en una resonante confusión de vítores. Hubo sus porfías y debates sobre cuál de los ocho galanes danzaba más primorosamente, y un licenciado, queriendo componer la diferencia de opiniones en su balcón, propuso su voto en esta copla:

No es fácil entre los ocho
Dar a alguno la ventaja,
Pues cualquiera que se nombre,
Ese es otro que bien baila.

Y luego, él mismo, mostrando de hito en hito a la danza, aplaudió a todos los ocho con esta décima, que, para de repente, pudo pasar:

DÉCIMA

En el pecho la fineza,
En la frente la cordura,
En los pies la travesura
Y en todo la gentileza,
Ajuar de vuestra nobleza,
Gallardos jóvenes, es,
Y la destreza cortés,
A vuestro obsequio aspirando,

Entonces más se honra, cuando
La ponéis a vuestros pies.

Concluído el baile y retirado el carro triunfal, ocuparon el tablado todos los de la *Mojiganga* que no habían de torear, prevenidos de varas largas para su defensa, porque el tablado, por su poca altura, podía ser asaltado de los toros con facilidad. Quedáronse en la arena los destinados para ejecutar el toreo, que fueron ochó, todos navarros; tres en traje de damas, que ocuparon las almohadas de su estrado, con prevenciones de banderillas presentadas por Ganímedes en su fuente de plata, y cinco en traje de galanes o de volantes, prevenidos unos de capas, otros de banderillas, para el ejercicio de las suertes. Debióse a la ciudad la galantería de mandar que no se tocase ni a salir el toro y a desjarretarle, hasta que la primera dama hiciese señal con el pañuelo, y así se ejecutó puntualmente. Hecha, pues, la señal, salió el primer novillo como una furia, o como un ejército de furias en orden de batalla, con su cuerno derecho y cuerno izquierdo, inspirando pavor aun a los más altos balcones. Recibióronle con destreza in-

trépida, distribuídos a distancias, tres de los toreadores, que, burlándole con repetidas suertes, le fueron encaminando al estrado, para hacer esa lisonja a las damas, las cuales, al llegar el toro, levantándose de las almohadas con serenidad de Amazonas, le sortearon airoosamente, haciéndole pasar por medio del estrado y honrándole cada una con su banderilla. Salió el toro con estos adornos tan ufano y glorioso, que ya no se trocara por el que *En campos de zafiro pace estrellas*, y como iba más vano que una pelota llena de viento, daba saltos por toda la plaza, no ya de furor, sino de placer. Prosiguieron los demás toreadores llenándole de banderillas y jugueteando con su bravura, hasta que debió a la primera dama el último favor de decretar con el pañuelo su muerte. Intimósele el áspero grito del clarín, y se la dieron a estocadas los mismos toreadores, y él mismo, según la prisa que se dió a expirar, parece que se ayudó a morir, como quien desde que supo el imperio hermoso del pañuelo, se mataba porque le matasen cuanto antes, teniendo ya por grosería el vivir. ¿Quién dirá que no tenía razón el animal?

El segundo novillo salió con no menor fiereza al palenque, y divirtió el teatro con lances de no menor delicia que el primero. Sólo se mostró algo más bruto en no querer acercarse al estrado a recibir favores en figura de banderillas, lo que no se pudo atribuir a encogimiento o cortedad, porque el tal novillo tenía un gentil desembarazo y se desenvolvía bravamente. Pero las damas, impacientes de tener en ocio su briosa destreza, salieron del estrado a buscarle, y a puros desdenes le dejaron por dos títulos corrido, tremolando el despique entre los semicírculos de su frente indócil, como quien lo pone entre paréntesis, a pesar del impetuoso renglón de su carrera. Murió también este novillo alegremente, como el primero y los demás, al imperio blanco del pañuelo, dejando heredada la plaza en abundante regocijo. Luego que el clarín tocaba a desjarrete, desde los tablados que circundan la plaza apresuraban la muerte al toro grandes cuchilladas de alfanjes, como se estila en otras corridas. Advirtieron esto los navarros, y, sintiendo herido su pundonor con aquellos golpes auxiliares, por más que los aprobaba la costumbre, suplicaron al señor intendente

que los mandase prohibir, fiando al valor y destreza de ellos solos toda la acción de dar muerte pronta, cuando llegase el tiempo, a cuantas fieras apareciesen en el circo. Condescendió el señor intendente, haciendo luego publicar bandos con rigurosa pena, para que nadie osase herir los toros en esta ocasión, fuera de los que toreaban en la plaza. Y éstos desempeñaron bien la confianza de su valentía, pues al toro inmediato, una de las damas, empuñando el acero, a la primera estocada le dejó a sus pies tan sin vida como el toro de piedra que está en la puente de Salamanca. Y luego dirán que *manos blancas no ofenden*. No es la primera vez que las damas matan de veras, aun cuando parece que juegan y se entretienen, y, si no, *con ese recado al toro*. Más avisado parecía el novillo siguiente, que mostraba temer en las damas no sólo los aceros, sino los melindres, pues encontrándose con otra dama, y abatiéndose ésta prontamente al suelo con afectada timidez, el novillo, con un ligero salto, pasó a la otra parte, como quien salta un peligroso barranco, haciendo escrúpulo de tocar ni aun un cabello de su cabeza, y sin volver la cara se fué a pretender banderillas

de otras manos, bizarreando con ellas hasta que mereció rendir la vida al golpe de acero varonil. A este tiempo se soltó de la celosía uno de los gatos que componían el órgano de la *Mojiganga*, y viéndole uno de los más valientes toreadores, corrió tras él gritando: ¡Ah, toro! ¡Ah, toro! Alcanzóle, y clavándole una banderilla echó a huir, como para refugiarse con presteza en algún tablado, volviendo la cara a ver si le iba a los alcan- ces aquel imaginario novillo. Cayó muy en gracia este lance, por lo repentino y casual y por la prontitud con que aprovechó la ocasión el buen humor y graciosidad del navarro, y así, fué aplaudido de todo el teatro como un sainete de gran susto, aunque ofrecía, si no gato por liebre, gato por novillo. No fué de menor diversión la figura de Diego el loco, que entre tanto se paseaba por la plaza representando a su prototipo con tal propiedad, que muchos desde los balcones gritaban a los de la máscara que pusiesen en salvo aquel pobrecillo dementado y no le permitie- sen estar expuesto al furor de los toros. Y porque otros se reían, sabiendo que no era Diego, sino su figura,*hubo sus apuestas sobre si era original o copia, resultando de la

porfía que hubiese muchos cómplices del remedo, por quedarse cada cual con su tema.

Mientras se corría el quinto novillo, conciliando nuevas atenciones el ardimiento de la fiera y el primor de las suertes, salieron de la plaza dos volantes en dos pollinos, como alhajas de mojíganga; y poco después, cuando el toro acababa de morir víctima de un estoque, volvieron a entrar con garrafones de bebida compuesta y con abundancia de bizcochos. Suspendióse la corrida por un rato, dando lugar a que refrescasen todos los de la máscara, como se ejecutó, sirviendo primero el refresco a las tres damas en su estrado, con ceremoniosa urbanidad. Al mismo tiempo refrescaron también los señores capitulares de la ciudad, y usaron la generosa galantería de enviar recado de convite a la primera dama y a los otros principales actores del festín, para que subiesen a refrescar a su balcón. Subieron dos, que recibieron el favor, y dieron las gracias en nombre suyo y de los demás, por tan honorífica demostración.

Al refresco se siguió la Zuiza con el sexto novillo, para cuya facción salieron doce de los más robustos de la máscara, los cuales, ar-

mándose de varas largas y formándose en una línea muy unida, presentaron sus aceeros al toro. Este era tan bizarro, que pudiera pasar por las picas de Flandes y por las de todos los cantones esguizaros. Y, sin embargo, no pudo pasar por las de los navarros; antes ellas pasaron por él, abriéndose camino por todo su cuerpo, porque el toro, viéndose rebatido por dos veces del escuadrón impenetrable, a la tercera se arrojó tan furiosamente al despique de sus picaduras, que concurriendo su ímpetu ciego con el contrario impulso de tan valientes manos, le sobró para caer muerto mucho número de profundas heridas. Así salió la Zuiza con todo lucimiento y aplauso, y no se duda que si los suizos la vieran, tendrían envidia a sus representantes. El novillo séptimo y último (de los doce que se habían corrido, cuatro por la mañana y otro que se abandonó al pueblo por la tarde, por modo de postre de la fiesta) corrió principalmente por cuenta de dos de las damas, que el teatro nombraba La dama blanca y La dama zurda, la una por el color del vestido y la otra por ambidextra. Con la dama blanca se mostró el toro tan cortés, que pare-

ció tímido y cobarde, siendo así que tenía alma de Vesubio y espíritu de huracán, y se hallaba irritado con repetidas burlas y banderillas de otros toreadores. Buscóle con denuedo la dama, desafióle, insultóle tremolando al aire la mantilla, para exasperarle con más visos de femenino desprecio. Pero el toro persistió constante en su determinación de ser esta vez cortesano o cuerdo; o porque viendo a la dama sin armas juzgó desaire de las suyas el jugarlas con enemigo desarmado, o porque se figuró en confuso que este juego de damas sería para él a *ganapierde*, o porque no quiso envidar su resto contra una blanca ni exponerse al chasco de quedar *in albis* con alguna burla pesada. El hecho es que el toro se fué retirando sin querer embestir por más que se le repitieron las instancias, hasta que la dama, habiendo ya cumplido con su valor, desistió de su empeño. No sucedió lo mismo con la dama zurda, que empuñando un estoque salió a probar sus filos con el toro. Porque el bruto, creyendo acaso que la dama, por zurda, no haría cosa a derechas, o persuadido a que era más que hembra la que venía con tanto aire de amazona, la acometió ciego y furioso,

como una saeta disparada del arco de la muerte. Pero al primer golpe del acero le volvió la muerte a su aljaba, dejando su vida por trofeo de una valiente mano, que, aunque zurda, no era siniestra, sino muy diestra.

Muertos con tan rara facilidad y destreza los siete novillos, entre las aclamaciones resonantes de todo el teatro, salió otra vez el carro triunfal a la plaza, y, formándose de nuevo la *Mojiganga* como había venido, fué desandando el semicírculo que había hecho a su entrada, ahora con paso más lento y con más pausas, porque, hecha su acción de cortesía al nobilísimo Ayuntamiento de la ciudad con su corregidor, el señor intendente, fué después haciendo acatamiento a todos los balcones de comunidades y personas de especial distinción, parando un poco enfrente de cada uno y acompañando los besamanos con la música del carro triunfal. Y como en estas ocasiones la señal de acepción, correspondencia y gusto suele ser el desplegar al viento pañuelos blancos, fueron infinitos los que salieron por todos los balcones a publicar con lengua de plata la aprobación universal. Parecían los lienzos más que las

personas; y no es posible que fuesen todos finos, porque en los telares de Cambrai y Holanda no cabe labrar tanta tela. No fuí yo solo el que extrañó esta multitud, pues otros muchísimos dijeron que aquella tarde habían salido lienzos bastantes a limpiar el sudor a todo el ejército de Jerjes. Sólo un poeta que había logrado asiento de mogo-llón en un tablado, en lugar de pañuelo, porque no lo tenía o no estaba limpio, sacó un soneto con que saludó a la *Mojiganga* cuando iba saliendo de la plaza. Y porque entonces no se oyó bien con tanta bulla, se pone aquí con beneplácito de su autor.

SONETO

Cuanta el circo asustó, fiera arrogante,
Mostró las medias lunas de su frente,
Para vuestros aplausos en creciente,
Si para sus orgullos en menguante.

De la muerte no es hórrido el semblante
Por manos blancas (dijo reverente),
Hoy venza lo cortés a lo valiente;
Que el viva es de quien muere a lo galante.

Así, un asombro extraño, pero hermoso,
Hoy se ha visto lucir en la palestra,
Iluminada toda a vuestros brillos;

Que al mortal golpe del acero airoso,
La acción, gallardos jóvenes, fué vuestra,
Pero la suerte fué de los novillos.

Finalizóse este alegre certamen de acatamientos y de aplausos; y para que fuesen más sonados, debió la máscara a la señora ciudad la demostración, nunca vista en tales circunstancias, de mandar que se tocase la campana de su reloj y al señor intendente la de mandar que la fuesen acompañando y festejando el tambor y pífano de los soldados. Con este sonoro cortejo, mientras se corría tumultuariamente el novillo que se había relajado al brazo del vulgo, volvió la máscara por la calle de la Rúa a la plazuela de San Isidro. Allí, desbaratando toda su contextura, los sujetos de ella, con los mismos disfraces y galas, formaron una alegrísima danza vizcaína, y en lo restante de la tarde la fueron repitiendo por las calles y parajes más públicos de la ciudad, seguidos de infinita gente de todas esferas, que no se hartaba de renovar los vítores y aclamaciones. Con este gracioso festejo cortejaron más de propósito delante de sus casas a varios caballeros principales a quienes

debieron particular favor y fineza las funciones de este día y del antecedente. Y, al cabo, cerrada ya la noche, pararon en el Colegio Real de la Compañía, donde los aguardaban los reverendos Padres jesuítas con un precioso y abundantísimo refresco, que realizaron con las más joviales y afectuosas expresiones de agradecimiento y de aplauso. Y no se acabaron esta noche las demostraciones de gratitud, porque después, los mismos reverendos Padres jesuítas dieron en su casa de campo a todos los jóvenes que habían hecho papel o tenido parte en la celebridad de las fiestas, un día de recreación y regalo, que valió por muchos en la abundancia, variedad y sazón de comestibles exquisitos y en la festividad y buen humor, que dió también recreo abundoso a los ánimos. El señor intendente, ya por su innata generosidad, ya porque siendo hermano de la Compañía se considera parte formal en sus buenos sucesos, se dió también por obligado a significar su agradecimiento a los estudiantes, autores y actores del festín de la plaza, y así, al día siguiente, fué su señoría en persona a dar la enhorabuena y las gracias a los principales en sus posadas, rogán-

dolos que las comunicasen en su nombre a todos los demás y asegurando que él mismo iría a dárselas también si supiera dónde vivían.

Con esta célebre función de novillos se dió fin a las fiestas de los nuevos santos jesuítas; pero, no a la memoria y elogios de su magnificencia y gusto singular, pues cuantos lograron asistir a ellas las alaban y alabarán sin fin. Cada día de los once que duraron las fiestas merecía ser el último, porque no dejaba qué desear; y, no obstante, al ver la nueva celebridad del día siguiente, decía el gusto público sería lástima que esto faltase. La gran máscara del día penúltimo parecía haber apurado todos los fondos al regocijo universal. Y, sin embargo, esta función última de la corrida de novillos o halló nuevos fondos al gusto y alegría o, poniendo en deliciosa prensa las almas, las hizo dar de sí mucho mayor copia de estos afectos o desatarse todas en ellos. Con efecto, dió Salamanca en este día tan extraordinarias muestras de contento, como si se alegrara de represa y hubiera tenido el placer en grillos por largo tiempo sin empleo. Mereciólo bien la función, porque todo en ella

fué admirable, todo gustoso, todo plausible: la desusada bizarría y bravura de los novillos, la rara intrepidez y destreza de los toreadores en el ejercicio de las suertes, su singular valentía y primor en matar los toros, la mayor parte cara a cara, y a estocada limpia, y todos sin pedir socorro a dogos ni a manos extrañas; la novedad y la inventiva en el modo y en las circunstancias, con tantos sainetes nunca vistos en Salamanca para funciones de este género, y, sobre todo, la maravillosa felicidad con que se llevó al cabo la corrida, sin un tropiezo, ni un golpe, ni un rasguño ni un tocar al pelo de la ropa de los toreadores, aunque ni éstos pudieron estar más intrépidos ni los novillos más iracundos y feroces. Algunas veces parecía del todo inevitable el encuentro y golpe de la fiera, y con todo eso salía intacto el torador, cargado de compases anticipadas, con una suerte que era propiamente ventura. Los tales novillos bien podían ser moros, por las insignias de sus frentes, es decir, por las lunas, y por el ceño, que hacía oficio de turbante, pero es cierto que ninguno de ellos dejó de portarse como servidor de los santos, mostrándose

inocuo, reverente, obsequioso, como un cristiano.

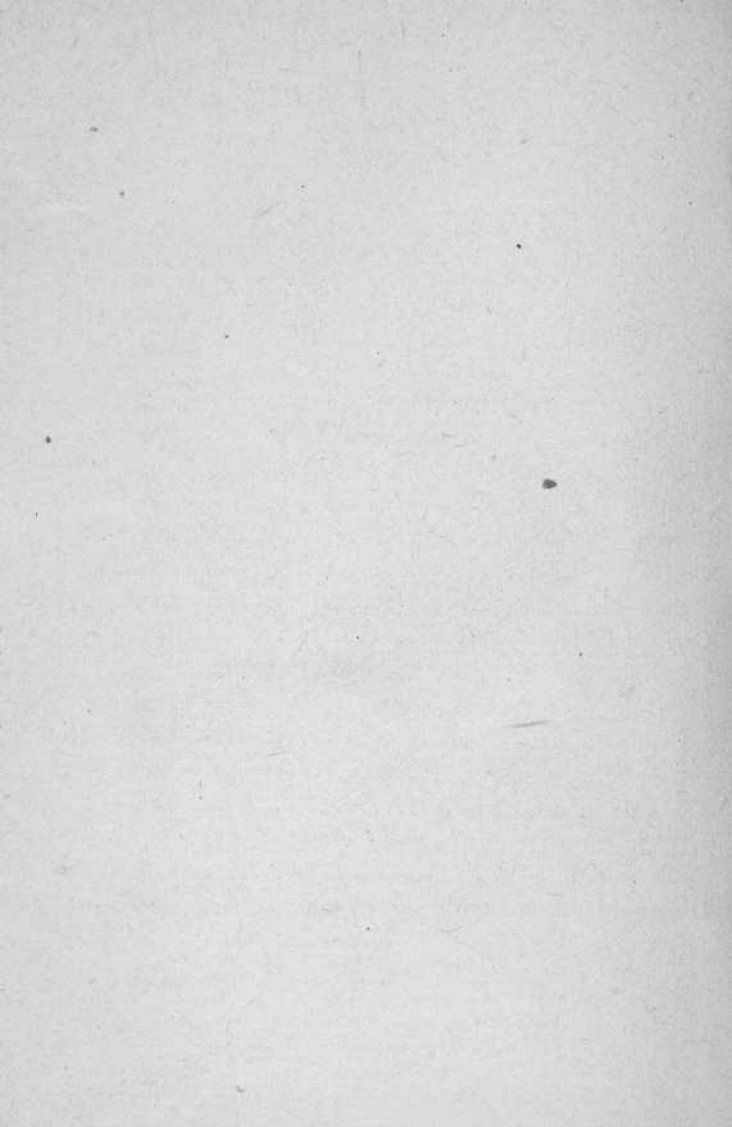
Contar los elogios que se dieron a esta última función, y por despedida a todo el conjunto de las fiestas, es cuento de cuentos, esto es, millón de millones. Quédense en la arca del silencio, pues ya basta y sobra de relación. Los que la leyeren, no me negarán que estoy ya cansado, si es que no dicen que he deslucido la juventud triunfante de los dos santicos jesuítas con morosidad y pesadez de viejo. Descansemos, pues, todos; y no se hable más palabra sobre el punto.



I N D I C E

	PÁGS.

EL P. JOSEF FRANCISCO DE ISLA.....	7
Descripción de la máscara o <i>Mojiganga</i>	9
Primera cuadrilla.....	19
Segunda cuadrilla.....	40
Tercera cuadrilla.....	57
Cuarta cuadrilla.....	77
Quinta cuadrilla.....	107
Carro triunfal.....	127
Letra a San Luis Gonzaga sobre la protec- ción de su Escuela jesuíta.....	134
Otra al mismo asunto.....	136
Otra a lo mismo.....	138
Paseo de la máscara.....	140
Diálogo entre el Buen Gusto y el Mal Gusto, que se representó en la <i>Mojiganga</i>	146
Día 17 de julio, último de las fiestas.....	166







Precio: 3 pesetas

P. JOSEF
FRANCISCO
DE ISLA



LA
MOJIGANGA
TEOLÓGICA

